

UN MES EN LA ESCUELA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Venid a mí todos... y aprended de mí, porque soy manso y humilde de Corazón. (*Jesús de Teresa*)
Cuando el corazón le di / Puse en mí este letrero: / Que muero porque no muero. (*Teresa de Jesús*)

Prólogo

Pensar como Cristo Jesús, sentir como Cristo Jesús, amar como Cristo Jesús, obrar como Cristo Jesús, conversar como Cristo Jesús, hablar como Cristo Jesús, conformar, en una palabra, toda nuestra vida con la de Cristo, revestirnos de Cristo Jesús, he aquí el único negocio y ocupación esencial, primera de todo cristiano. Porque cristiano quiere decir *alter Christus*, otro Cristo, y nadie puede salvarse si no fuere hallado conforme con la imagen de Cristo. Mas para conformarnos con la vida de Cristo Jesús es ante todo menester estudiarla, saberla, meditarla y no solo en su corteza exterior, sino entrando en los sentimientos, afectos, deseos, intenciones de Cristo Jesús, para hacerlo todo en unión perfecta con Él.

Coadyuvar a este fin altísimo y perfectísimo es lo que nos proponemos al convidar a los fieles a pasar o asistir a lo menos un mes a la escuela del Sagrado Corazón de Jesús. No sabemos si será en nosotros temeridad pretensión tan divina; pero el amor y confianza que la bondad de Jesús nos inspira y el deseo de engolosinar a las almas con un bien el más necesario, nos hace atrevidos. El buen Jesús, pues, nos perdone el intentar descubrir a los fieles las investigables riquezas de su infinito amor según las luces que nos dé. ¡Oh! penetrar en el *Sancta Sanctorum* de su Corazón adorable reconocemos es una temeridad; pero, repetimos, el mismo Señor Jesús con su bondad y sus palabras nos convida a ello. Pues, ¿cómo, por ejemplo, aprenderemos su mansedumbre y humildad; cómo en cada acción nos pondremos delante a Cristo para imitarle si no conocemos los sentimientos de su corazón al practicarlos? Porque Cristo vivió, comió, durmió, habló, calló, anduvo, se cansó, descansó, sudó y tuvo hambre, sed, pobreza, etc., etc., trabajó, en una palabra, padeció y murió por nosotros, por nuestra salud.

¿Por qué, pues, no nos hemos de hacer o representar a Jesús práctico, real, digámoslo así, y no teórico o ideal, que es causa de que no le amemos e imitemos en todas las cosas como debemos?

Porque cuando yo digo Cristo Jesús me represento a un niño agraciado, o a un joven gallardo o de edad madura, con todas las gracias y encantos que la Divinidad podía derramar en un alma y cuerpo humanos; pero también al mismo tiempo me lo represento sujeto a todas nuestras miserias, excepto el pecado, por mi amor; porque es nuestro hermano, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre y hueso de nuestros huesos. Este es, pues, mi Jesús, Dios y Hombre verdadero, vivo, personal, que se dejó ver en la tierra y vivió, conversó con nosotros, hombres, por treinta y tres años, ya que por nuestra salud siendo Verbo Eterno del Padre descendió del cielo, se encarnó, padeció, murió, resucitó, subió a los cielos y se quedó entre nosotros hasta la

consumación de los siglos para ser nuestro compañero, consuelo y alimento en el Santísimo Sacramento del altar.

A hacer conocer, pues, más y más a Jesucristo, es en lo que consiste la vida eterna, nuestra única felicidad en el tiempo y en la eternidad, se dirige este librito. A mostrarnos su vida real, práctica, imitable; a enseñarnos y movernos a hacerlo todo por Jesús y con Jesús, se ordena nuestro humilde trabajo. ¡Oh! ¡Qué feliz será el alma que aprenda cada día esta lección y la practique! ¡Qué pensamiento tan regalado! ¡Yo viviré hoy, comeré, dormiré, hablaré, callaré, trabajaré, padeceré, lo haré todo, lo sufriré todo en unión de Jesús, en unión de aquella divina intención y con aquellos sentimientos con que lo hizo Jesús, lo padeció Jesús, y desea que yo lo haga, o lo padezca!... Quién tal haga, y todos lo debemos hacer, vivirá aquí en la tierra una vida del cielo, se transformará en Jesús y podrá decir con el Apóstol: Vivo yo, mas no yo, que Cristo vive en mí. Aquí por gracia, que es prenda de la futura gloria que se nos espera y promete si imitamos a Jesús, "En aquella vida de arriba / Que es la vida verdadera", como cantaba la enamorada de Cristo Jesús, nuestra santa madre Teresa de Jesús.

Roma, octava del Corazón de Jesús, 8 de junio de 1894

Advertencias importantísimas

Disposiciones que exige la devoción al Corazón de Jesús: Horror al pecado, fe viva, deseo ardiente de amar a Jesucristo, recogimiento interior, espíritu de mortificación, humildad, generosidad: en una palabra, sacrificio.

Obstáculos para la devoción al Corazón de Jesús, son: la tibieza, el amor propio, cualquiera pasión no mortificada, un secreto orgullo.

Medios para adquirir esta devoción: la oración, la frecuente Comunión, la asistencia a la santa Misa, las visitas al Santísimo Sacramento, una tierna devoción a María, un día de retiro al mes, los ejercicios cada año.

Frutos de esta devoción: Conocimiento y amor de Jesucristo íntimo, la dulzura o mansedumbre, la libertad de espíritu, el amor a la cruz, la caridad con los pobres, celo y delicadeza por los intereses de Jesús.

Para mejor comprender y animar a la práctica de esta provechosísima devoción copiamos lo que tenemos escrito en el Tesoro de la juventud al tratar de la misma, que es lo siguiente:

Bienes excelentísimos de esta devoción

1º. Es entre todas las devociones la más *excelente*, ya sea que se le considere en su objeto material, que no es otro que el Corazón del Hijo de Dios hecho hombre, manantial perenne de donde brotó la sangre que ha salvado al mundo; ya en su objeto formal que es el amor de este Divino Salvador para con los hombres, principio y fuente

de todas las maravillas y prodigios de la gracia, así en el orden natural como en el sobrenatural 2º. La más *poderosa* para mover nuestros corazones, puesto caso que nos pone delante de los ojos el corazón de un Dios abrasado de amor a los hombres. 3º. La más *sólida*, en cuanto que entraña en sí misma por entero toda la religión cristiana, que consiste en el amor mutuo entre Dios y los hombres por medio de Jesucristo su Hijo. 4º. La más *útil*, dado que nos une íntimamente con el modelo acabado de todas las virtudes, y fuente de todas las gracias. 5º. La más *consoladora*, porque no hay pena, ni trabajo, ni congoja, por insignificante o pesada que sea, que libre nuestra pobre alma y amargue los días de nuestro destierro y vida, que primero no haya amargado, acibarrado y desgarrado el corazón de nuestro amantísimo Jesús, abriéndonos por su medio las puertas del cielo. 6º. Es, finalmente, la más *saludable* para la sociedad, puesto que según las revelaciones que tuvo santa Gertrudis, precisamente cuatro siglos antes que las hechas en el mismo sentido a la beata Margarita María de Alacoque, solo en el conocimiento y amor del Corazón de Jesús encontrará la sociedad presente, enervada y moribunda, el vigor y lozanía cristianas de que carece.

Promesas vinculadas a esta devoción

Oigamos a la que mereció recibir de boca del mismo Salvador el glorioso título de *discípula muy regalada* de su Corazón, y el encargo no menos glorioso de propagar el culto de este corazón adorable.

"¡Quién me diera, dice la beata Margarita María de Alacoque, poder publicar cuanto sé de esta amable devoción al Corazón de Jesús, y descubrir a todos los mortales los tesoros de gracia que Jesucristo tiene determinado comunicar a cuantos la practiquen!

1. "*Los fieles todos* obtendrán por medio de esta dulce devoción la paz para sus familias, solaz y descanso en sus trabajos, las bendiciones del cielo en todas sus empresas, y por último, el consuelo necesario en las miserias de esta vida".

2. "*Las personas Religiosas* conseguirán tal cúmulo de gracias mediante esta devoción, que no será necesario otro medio para volver al fervor primitivo y a la observancia regular más exacta aun en las comunidades menos fervorosas, ni para levantar a la cumbre de la perfección a las que viven en la mayor regularidad".

3. "*Los sacerdotes y varones apostólicos* darán con el secreto de mover los corazones más empedernidos y trabajarán con próspero suceso, siempre que estén penetrados de una devoción verdadera al Divino Corazón".

4. "*A los propagadores de esta devoción* tiene reservados el Señor tesoros inefables de gracias, prometiéndoles que sus ministerios, además de la santificación propia, producirán frutos superiores a toda ponderación".

5. "*El Señor ha prometido que bendicirá* de una manera especial las casas en que la imagen de su Corazón sea expuesta y venerada. "Quiero - dijo el Señor-, que la imagen de mi corazón se halle por doquiera; porque ansío ser adorado de todos los hombres".

6. "*Todos los cristianos* hallarán en este Corazón Divino un lugar de descanso durante esta peregrinación, y principalmente en la hora de la muerte. ¡Qué dulce es morir después de haber tenido una constante y tierna devoción al corazón de aquel que nos ha de juzgar!"

7. *LA PROMESA DE LAS PROMESAS*. Dijo nuestro amable Salvador en un exceso incomprendible de amor: "Yo te prometo en el exceso de misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso concederá a todos aquellos que comulguen nueve primeros viernes de meses sin interrupción, la gracia de la penitencia final; que no morirán en mi desgracia, ni sin recibir los Sacramentos, siéndoles mi corazón seguro asilo en aquella hora postrera".

Práctica de esta devoción

1. *Recibir los bienes que manan, como de su fuente, del Corazón de Jesús*; meditar sus lecciones y ejemplos; ofrecer al Señor sus oraciones y virtudes, con las obras satisfactorias y meritorias; unirnos a Él con frecuencia en la Sagrada Eucaristía; visitarle a menudo; dejar en sus manos el cuidado de todos nuestros negocios y quereres; arrojarnos sin recelo en los brazos de su inmensa caridad y providencia infinita.

2. *Dar al Corazón de Jesús la gloria que Él espera* de nuestra fiel correspondencia, ofreciéndole todas y cada una de las obras del día, imitando sus virtudes, su mansedumbre y humildad sobre todo; interesándonos por lo que Él se interesa, poniendo en práctica el consejo del Apóstol: "Tened en vuestro corazón los mismos sentimientos que Jesucristo tuvo en el suyo". Extender y propagar el culto de este Corazón Divino por medio de libros, estampas, medallas, etc.; en una palabra, llevar a cabo por cuantos medios sabe inspirar un celo que nunca dice *basta*, aquel deseo del Salvador: *Fuego vine a traer a la tierra, ¿y qué otra cosa quiero sino que arda?*

3. Unirnos al Corazón de Jesús en compañía de todas las personas que le están especialmente consagradas; propagar las Asociaciones que tienen por fin su honor y gloria, y con preferencia el *Apostolado de la Oración*. Procurar que entre todas las parroquias y comunidades religiosas, y cuantos llevan escrito en su frente y corazón el glorioso renombre de cristianos, en esta piadosa y esforzada *Alianza del Corazón de Jesús*, que tiene por único blanco el triunfo completo de los intereses de este Corazón Divino, dando a las obras, aun a las de suyo más indiferentes, el valor y mérito de obras apostólicas, y formando de toda nuestra vida el holocausto perpetuo de la devoción al Corazón de Jesús.

4. Además tributar particulares obsequios a este corazón amantísimo:

1º. Todos los viernes de mes, en que recordamos de un modo especial las amarguras de la pasión de este corazón agonizante, abierto con una lanza por amor nuestro.

2º. Cada primer viernes de mes, por ser día escogido por Dios especialmente para ser honrado y desagraviado por sus fieles devotos.

3º. El día del Corazón de Jesús, día señalado por Jesucristo y establecido por la Iglesia para ser honrado de un modo especial con la fiesta de este Sagrado Corazón.

4º. El día último y primero del año, para dar y pedir gracias especiales a este Corazón Divino, fuente de toda gracia.

5º. Los días de carnaval, pues ya que en dichos días recibe ultrajes especiales, le hemos de ofrecer también sus devotos obsequios especiales para desaguarle y consolarle.

6º. El Mes de Junio, consagrándolo entero a tan deífico corazón.

Para todos los días

Expuesto Jesús Sacramentado, se empieza así:

Por la señal, etc.

Viva Jesús. Muera el pecado. Sea por siempre alabado el Corazón de Jesús Sacramentado.

Récese la estación mayor, y luego, la siguiente

Oración. Yo te adoro, Corazón Sacratísimo de mi Jesús, y te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y me pesa de haberte ofendido, porque eres bondad infinita y me amas con inmenso amor. En ti, Corazón Sacratísimo, están reunidas todas las maravillas de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; todas las virtudes y dones esparcidos por todas las criaturas; todos los tesoros de la sabiduría, bondad, ternura y ciencia de Dios. Tú eres el huerto cerrado, el horno de fuego, el arca de Dios, la vara florida, el maná del cielo, la fuente de todas las gracias y consuelos, las delicias de la Beatísima Trinidad. De tu corazón amantísimo, oh Jesús mío, recibieron el celo los Apóstoles, la sabiduría los Doctores, la pureza las Vírgenes, la fortaleza los Mártires, la paciencia los Confesores, la victoria los tentados, el valor los débiles, la alegría los Ángeles, el terror los demonios, la gloria el mismo Dios. Bienaventurado el que te ama, te honra y te sirve, porque tiene escrito su nombre en tu Divino Corazón.

¡Oh Corazón Santísimo de Jesús! da lumbre a mi entendimiento y afectos ardorosos a mi corazón para que aprenda en esta tu Escuela la virtud del sacrificio, y sobre todo tu mansedumbre, humildad e inmensa caridad, y que conozca y haga en todas las cosas tu santísima voluntad. ¡Oh Corazón Inmaculado de María! ¡Santos, Ángeles y justos del cielo y tierra! prestadme vuestros encantos amorosos para honrar y desaguar debidamente al Dios de mi corazón y al corazón de mi Dios. Amén.

Hágase la meditación correspondiente al día.

Oración final

Gracias infinitas te doy, Jesús mío de mi alma, porque te has dignado admitirme en este día a la escuela de tu adorable corazón, y por haberme enseñado con tu ejemplo a

amar y servir a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas mostrándome prácticamente la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio. Yo te prometo con la ayuda de tu gracia practicar con las obras lo que tú me enseñas con la palabra y el ejemplo, y presentarme mañana al volver a tu divina escuela, escuela del corazón, escuela de amor, muchos actos de vencimiento, de amor, de sacrificio... amándote por los que no te aman, adorándote por los que no te adoran, y glorificándote por los que te agravian. ¡Oh Corazón misericordiosísimo de Jesús! Convertid a todos los pecadores, dad perseverancia a todos los justos, libertad a todas las almas del purgatorio, para que no formemos todos los hombres más que un solo corazón y una sola alma que os adore, os ame, os reverencie, os sirva y os glorifique como vos queréis y merecéis en el tiempo y por toda la eternidad. Amén.

Récese o cántese la coronilla de desagravios y alabanzas al Corazón de Jesús, y Corazón Santo

DIA DE PREPARACIÓN

Se empieza con la oración para todos los días.

Invitación del Corazón de Jesús a todos los corazones

Composición de lugar. Representate a Jesús, que mostrándote su Corazón abrasado te dice: Venid a mí, aprended todos de mí.

Petición. Dame un corazón dócil, Jesús mío, para oír tu voz y practicar tus enseñanzas.

Punto primero. No hay imágenes ni más bellas, ni más interesantes, ni más encantadoras en todos los Libros Sagrados que las dos que nos ofrece el Nuevo Testamento. La primera es la de Jesucristo, que nos dice lleno de amor, de dignación, de compasión y de ternura: Venid a mí todos los que andáis trabajados y yo os consolaré, os confortaré; venid a mí todos y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso, paz para vuestras almas. Venid todos, y aprended de mí a ser felices... Dieciocho siglos va repitiendo de continuo al corazón de todos los mortales el buen Jesús esta invitación amorosa: Venid todos a mí, aprended todos de mí... Y ¿quién hay que no haya oído resonar, no una, sino muchas veces, esta voz amiga, voz de Padre y de Dios en su corazón? Venid a mí, dice, vosotros especialmente que padecéis, que trabajáis, que andáis cargados con el peso de la tribulación; venid a mi corazón, que hallaréis compasión para todas vuestras miserias, remedio para todos vuestros males, fortaleza para vuestros desmayos, victoria para vuestras tentaciones, felicidad y paz y gozo en el Espíritu Santo en ese miserable destierro para vuestros corazones. Venid a mi corazón herido y abierto por vuestro amor, y hallarán descanso vuestras almas combatidas con tantas contradicciones y por tantos enemigos. Todos debéis venir a mí, dice Jesús, y cuanto más miserables más derecho tenéis a ser recibidos, a ser escuchados, a ser remediados; porque yo soy el padre de los pobres, y os he llamado para socorremos; pero venid con confianza de

hallar remedio a todos vuestros males, porque yo soy la fuente de todo bien; venid con presteza, porque mi corazón lo ansía, y deseo más haceros bien que vosotros recibirlo. Venid, pues, corazones de los cristianos, y vayamos, vayamos al Corazón de Jesús todos, todos. Ni uno solo rehúse tan divina invitación, porque contristaría a tan noble y divino corazón, al corazón del rey de cielos y tierra. Vayamos los pecadores al Corazón de Jesús para hallar el perdón: vayan las almas justas para santificarse más. Vayan los niños y almas inocentes para conservar su pureza. Vayamos, en fin, todos al Corazón de Jesús: grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, porque a todos nos llama el buen Jesús con infinito amor. Y tú, corazón amantísimo de Jesús, recíbenos a todos, pues a todos nos has llamado. Súfrenos a todos, porque a todos nos has redimido, y haznos dignos de escuchar tus lecciones y aprender tu doctrina e imitar tus virtudes, y de vivir y morir abrasados en tu amor. Amén.

Punto segundo. La segunda imagen encantadora sobre toda ponderación nos la da el discípulo amado del Corazón de Jesús, el Evangelista san Juan, cuando nos presenta al dulcísimo Jesús en pie a las puertas de nuestro corazón y llamando. "Yo estoy de pie a la puerta, y llamo". Si viésemos al hermosísimo Jesús parado ante una persona, de día y de noche, sufriendo los ardores del sol en verano y los rigores del frío en invierno, y la lluvia, y el viento, y el relente y la escarcha, y le preguntásemos: ¿Qué hacéis aquí parado tantas horas día y noche, oh buen Jesús?... ¿No es verdad que nos sorprendería ver tal cuadro? ¿Pues cuánto más nos sorprendería si Jesús nos respondiese: Me preguntas qué hago, alma cristiana? Pues estoy aquí llamando a la puerta de este corazón y esperando que me abra, para entrar en él, y hacerlo rico y feliz con todas las riquezas y dones del divino amor... Y ¿cuánto tiempo que estáis llamando y esperando?

-A este corazón ha más de un año, a este otro más de veinte, a este más de cincuenta... - ¿Y no os abren? ¿Y no os cansáis de esperar? ¿Y no os marcháis al ver tanta descortesía e ingratitud? - No, dice Jesús. Espero y vuelvo a esperar, porque mi amor es eterno. En caridad perpetua te amé. - ¡Oh mi adorado Jesús! verdaderamente nos amáis hasta el fin, hasta el exceso del amor. No parece, Señor mío, sino que aquí se han trocado los papeles, esto es, que vos sois hombre, y el hombre es Dios, y que no podéis ser feliz sin su amor. ¡Oh Dios mío! solo nuestra ingratitud y desvío parece exceder a vuestro amor, pues a pesar de veros tan enamorado de nosotros no os amamos, no correspondemos a vuestro amor. A lo menos, pues, amor mío, concededme que yo os ame, que os abra siempre las puertas de mi corazón, que corresponda fielmente a vuestras invitaciones, y que mi corazón y mi amor sean siempre vuestros en vida, y en muerte y por toda la eternidad. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús mío! también el mundo, el demonio y mi concupiscencia me gritan: Ven a mí, ven y te coronaremos de rosas y serás feliz, siendo rico, poderoso, vano y falso. Mas ¡ay! Señor, son padres de la mentira los que esto me ofrecen, y sé que sus ofertas son mentira son tormento y desgracia. Demasiado lo sé por experiencia, porque cuantas veces he seguido la voz del mundo, del demonio, del pecado, otras tantas veces ha huido la paz de mi corazón. Mas vos sois, Jesús mío, Dios de verdad, Dios de mi corazón, y al venir a vos, al descansar en vos, he hallado siempre paz, gozo, reposo perfecto del alma, completa felicidad. Súfreme, pues, Jesús mío, ya que me

llamaste, ahora que vengo a ti. No me deseches aunque te lleve un corazón herido por el mundo y por el pecado, porque ya está desengañado de sí, y confieso que solo tú tienes paz para este corazón, que es tuyo porque lo criaste, que es tuyo porque lo redimiste, tuyo porque lo santificaste. Sea, pues, tuyo eternamente por amor: aquí por lumbre de fe y allá por lumbre de gloria, que me sacie enteramente. Tú solo tienes palabras de vida eterna, Jesús mío de mi corazón. Tú solo tienes obras de virtud, de gracia y de gloria. Guarda, pues, lo que es tuyo, y salva a tu siervo, que redimiste con tu preciosa sangre. Amén.

Jaculatoria. Yo siempre os amaré, y vos siempre me amaréis. Espero, oh Jesús mío, amaros siempre y por toda la eternidad. Amén.

Práctica. Traer examen particular este mes de no resistir a las invitaciones del Corazón de Jesús.

EJEMPLO

Santa Gertrudis fue devotísima del Divino Corazón de Jesús. Cada día le honraba recitando una fervorosa oración. Buscó cómo tener siempre unido su corazón al corazón amoroso de Jesús, y un día orando delante de una imagen de Jesús Crucificado vio salir de la llaga del costado un rayo de vivísima luz, que penetró en su interior y le vació de todo afecto terreno. Vio una vez este Sagrado Corazón oprimido de indecible angustia, y en otra ocasión, rogando la librase de las distracciones que le impedían orar con devoción, súbitamente fue consolada. Se le apareció Jesús, mostrándole su Corazón le dijo: "He ahí mi Corazón, la delicia de la Santísima Trinidad; yo te lo presento en sustitución de lo que te falta". Este Corazón dulcísimo era el objeto de su amor, de sus pensamientos y de sus palabras, hasta llegar a hablar de él con los santos favorecida un día con la aparición de san Juan Evangelista, le preguntó: ¿Por qué habiendo reposado sobre el pecho del Salvador en la última noche de la cena no había escrito nada para nuestro aprovechamiento de lo que sentía este Corazón Divino? A lo que respondió el santo con estas memorables palabras: "Yo fui encargado de manifestar a la Iglesia naciente la palabra del Verbo encarnado de Dios Padre, pero la suavidad de los movimientos de aquel corazón deífico se reservó para los últimos tiempos, a fin de enardecer la caridad tan sensiblemente resfriada entre los cristianos". Estos tiempos son los nuestros sin duda. Encendamos nuestro corazón en amor con la devoción al Corazón de Jesús.

Oración final.

DIA PRIMERO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en el primer instante de su unión hipostática con el Verbo Eterno.

Composición de lugar. Pondera el asombro del alma de Cristo al verse unida al Verbo conociéndole y amándolo como comprensor.

Petición. Jesús mío, dadme a sentir, pensar, amar y obrar en todas las cosas como vos queréis de mí.

Punto primero. Pondera, alma mía, lo que sentiría el alma de Cristo al informar su cuerpo y su corazón en el primer instante de ser criada y unida al Verbo. ¡Qué sentimientos de adoración, asombro, gratitud, anonadamiento al verse elevada a la más grande dignidad y unión con la Divina Esencia!

Un momento antes no era nada esa alma, y un momento después lo es todo.

Hay unión con Dios por naturaleza, por gracia, por gloria, por hipóstasis.

Esta es la más excelente, porque compenetra todo el ser de la criatura racional, el ser humano, y lo hace digno de la adoración debida a Dios, de latría. ¡De la nada al ser, y del ser a ser otro Dios! ¿Quién podrá comprenderlo? ¡Cómo amaría Cristo a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente, con todas sus fuerzas! ¡Y desde el primer instante! ¡Oh! es el único corazón, pues es el corazón de Dios, que cumple con toda perfección tan máximo mandamiento. Considéralo en silencio. Nada había en Cristo que retardase las avenidas de este infinito amor. Nada había en Dios, que le pusiese término, pues lo creó expresamente para unirlo a la persona de su Hijo hipostáticamente. Dios mío, exclamó Jesús en este primer instante, me has dado este cuerpo, este corazón, esta alma para que te ame, te adore, te sirva, te desagravie. Tu voluntad está en medio de mi corazón. *Deus meus, volui:* Dios mío, quiero lo que Tú quieres, como Tú lo quieres, porque Tú lo quieres. ¡Oh alma mía! más es para admirar y ponderar en silencio este instante precioso, el primero y el único que ha habido en el mundo en que un corazón ha amado a Dios cuanto merece ser amado. Bendito seáis, Dios mío, oh Padre Eterno, porque desde este instante ya tenéis un corazón en quien complaceros plenamente... bendito seas. Dadme que imite al corazón de Cristo amándoos con todo mi corazón, con todas mis fuerzas hasta el último instante de mi vida. Amén.

Punto segundo. Y tú, corazón mío, ¿cómo has cumplido y cumples este máximo mandamiento de amar a Dios con todas tus fuerzas?

A semejanza de Cristo Jesús, desde el primer instante que tuviste uso de razón ¿te convertiste a Dios con un acto de amor? Desde el instante que le conociste ¿le amaste, le adoraste, le diste gracias como debías? Éste era tu deber máximo... Y si no lo cumpliste, y robaste a Dios las primicias del amor de tu corazón, pecaste mortalmente. A lo menos cuando reflexionaste sobre tu fea conducta ¿te encomendaste, te dirigiste a Dios? Dime ¿cuántos actos de amor a Dios has hecho?, ¿cuántos haces?, ¿cuántos piensas hacer? Sábetete que para esto has sido criado, para esto tienes un corazón, para eso te ha honrado Dios con su amistad y prevenido con tantos beneficios, y rodeado de tantas gracias y adornado de tantos dones. ¿Qué has hecho, pues, para probar a Dios tu amor? ¿Qué has hecho por Cristo tu Redentor? ¿Qué haces por Cristo? ¿Qué piensas hacer? Reflexiónalo seriamente... Propón y enmiéndate. Ama a Dios con todo tu corazón. Ama a Jesús sobre todas las cosas. Si no le amaste antes como debías, procura con todo ahínco amarle y reparar el tiempo perdido en el desamor de tu Dios y principal bienhechor. ¡Oh Corazón de mi Jesús! o amarte o morir por tu amor, porque la vida sin tu amor es peor que mil muertes pesadas.

Afectos. ¡Dios mío, Jesús mío, amor mío! o amarte o morir, o mejor amarte para no morir eternamente, pues la vida sin tu amor es más bien una muerte pesada, porque donde estás tú, oh mi Jesús, allí está el cielo, y donde tú no moras allí está la muerte y el infierno. ¡Oh Dios eterno de infinita majestad, hermosura y belleza! ¿Qué es el hombre para que así tú le ames y le mandes que te ame, y que si no te ama le amenazas con eterna miseria, con la más grande miseria? ¿Por ventura puede escogitarse ni haber miseria mayor que el no amarte? ¡Ah! ¡Sí, Dios mío, bien único mío, amor infinito mío! Otra miseria mayor hay que el no amarte, y esta es el no poderte amar. De esta me libraste con tu infinita misericordia y clemencia, y esta es la mayor prueba de tu amor hacia mí. ¡Oh Dios de bondad! ¿Qué sería de mí ahora, en este momento, si me hubieses quitado la vida en el primer instante que debía amarte y no te amé? Penaría, rabiaría, me desesperaría y te aborrecería: no te amaría ni ya jamás, jamás, jamás, como los réprobos, te podría amar...

Gracias infinitas te doy por tan infinita misericordia. Castigadme con toda clase de penas menos con esta de no amaros de no poderos amar. Prestadme, corazón de Jesús mío, los ardores de vuestro amor para reparar las quiebras en vuestro amor. Que jamás diga, Jesús mío, como los réprobos: Yo soy aquel infeliz que ya no puedo amar a Dios; sino que eternamente repita en la mansión del amor: Os amo, Jesús mio, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. Amén.

Jaculatoria. Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, ¡Cuán tarde os conocí!, ¡cuán tarde os amé!

Práctica. A ejemplo de la seráfica virgen mi madre, santa Teresa de Jesús, no dejaré pasar día sin hacer por lo menos cincuenta actos de amor de Dios.

EJEMPLO

Asistiendo un día santa Matilde al Santo Sacrificio de la misa, y oyendo leer en el Evangelio la triple interrogación que hizo Jesús a san Pedro para probar si correspondía a su amor, sintió encendido su corazón en deseos vehementísimos de amor al Salvador, y fue súbitamente arrebatada en éxtasis, pareciéndole ver a Jesús que le decía: "De la misma manera te pregunto a ti, y respóndeme según la verdad de tu conciencia: ¿Hay alguna cosa en el mundo que tú ames, y que si en tu mano estuviese la dejarías por amor a mí?" A lo que contestó la santa: "Vos sabéis, Señor, que si todo el mundo fuese mío, yo lo abandonaré de buen grado por vuestro amor". Habiendo el Señor aceptado como si en realidad se lo hubiese ofrecido, preguntole de nuevo: "¿Soportarías por amor mío cualquier trabajo que la obediencia te impusiese?" y contestó: "Sí, amado Señor, con vuestra gracia soportaré todo trabajo por vuestro amor". Por fin, le preguntó si estaba pronta a buscar y amar el padecer por su amor, a lo que contestó inmediatamente: "Estoy dispuesta y preparada a sufrirlo todo por vos con ánimo varonil". Entonces el Señor le aseguró había aceptado sus fervientes deseos como si hubiesen sido puestos por obra.

¿Qué responderíamos nosotros si el buen Jesús nos interrogase de esta manera? ¿En qué podemos demostrarle nuestro amor?

Oración final.

DÍA SEGUNDO

Se empieza con la oración para todos los días

Afectos del Corazón de Jesús en el seno de su Madre la Virgen María

Composición de lugar. Contempla al Corazón de Jesús como libre entre los muertos en el seno de su Madre.

Petición. Dame, Jesús mío, amar el ser ignorado de los hombres y conocido solo por ti.

Punto primero. Después que María, siempre Virgen Inmaculada, respondió a las palabras del Ángel: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra", se realizó una de las maravillas mayores según el profeta Jeremías que se han visto en este mundo, esto es, el que una mujer circuyese a un varón, lo llevara en sus entrañas. Porque Cristo Jesús, desde el primer instante de su concepción en el seno de María por obra del Espíritu Santo, no es niño como los otros, sino varón perfecto por su conocimiento cabal, aunque encerrado en el seno de su Madre. Él que conoce todas las cosas y vive en los cielos y da vida a los Ángeles, aparece como muerto. Él que anda sobre las alas de los vientos, y da movimiento a todas las cosas, está inmóvil. Él que es la palabra de Dios, está mudo. Él que conoce y ama a Dios sobre todos los corazones, parece está inactivo. Él que ha venido a salvar a los hombres, se encierra lo primero de todo en una cárcel oscura y estrecha, y allí vive los nueve primeros nueve meses sin hacer nada al exterior, sin ser visto ni conocido de los hombres... ¡Oh mi Jesús! dame libertad para preguntarte: ¿Qué haces que nada al parecer haces por lograr el fin de tu Encarnación? ¿Qué siente y qué dice, qué ama tu corazón adorable, que parece muerto?... ¡Ay alma cristiana! ¡Cuán poco conoces los designios de Dios! Tú crees que si no te agitas y no te revuelves y metes ruido nada haces por Dios, y es un grandísimo error. Mucho hace quien bien las cosas hace; todo lo hace bien el que cumple la voluntad de Dios. Yo vine al mundo para hacer la voluntad de mi Padre celestial, y esta era que estuviese encerrado nueve meses en el seno de mi madre, sujeto como los otros niños a las miserias de los hijos de Adán... y esto hago. Pero ¿cómo no tuviste horror al útero de la Virgen?... Porque vine a dar libertad al hombre que la había perdido pecando; por eso quise hacer como primer acto de la vida racional (después de haberme ofrecido a hacer en todo la voluntad de mi Padre) el sacrificio de mi libertad, y aparecí primero encerrado nueve meses en el seno de María Mas ¿no sabes, alma cristiana, que donde se hace la voluntad de Dios hay una vida toda celestial y divina? El seno de mi madre Yo lo consagré en mi primer oratorio; y allí suspiraba por ti, oraba por ti, amaba por ti, adoraba por ti, me ofrecía como víctima a mi Padre Eterno por ti y por todos los hombres; y María, mi madre, mi dulcísima madre, presentaba mis oraciones y ofrendas al cielo. Por ti suspiraba, amaba, adoraba, oraba, me sacrificaba a mi Padre celestial, en una palabra, hacía su voluntad santísima en el seno de mi Madre: ¿por ventura podía desear ni hacer cosa más perfecta mi corazón? ¡Oh! aprende esta lección, alma cristiana, que te será de paz y de vida eterna. Aprende aquí en la tierra a hacer la voluntad de Dios, como se hace y tú la has de hacer en el cielo, y serás feliz y harás lo mejor y más perfecto que puedes hacer, aunque aparezca a los ojos del mundo que nada haces.

Punto segundo. Y tú, alma mía, ¿cómo entiendes la virtud? ¿Cómo amas o practicas el sacrificio? ¿Cómo cumples la voluntad de Dios?... Examínate en estos puntos esenciales, y según te veas en ellos aprovechada, estarás aprovechada en la virtud... Desengáñate, si no conformas tu voluntad con la de Dios en todas las cosas, si no sientes tu corazón, y ama y desea lo que sentía, amaba y deseaba el Corazón de Jesús, nunca serás santa ni aprovecharás en la sólida virtud. Todo tu cuidado, tu único afán en todas las cosas debe ser el conocer la voluntad de Dios y practicarla. Si no conoces la voluntad de Dios, no puedes hacer cosa que le agrade; si conoces la voluntad de Dios y no la practicas, aún serás más culpable, y por más que te afanes y te canses y sudas y trabajes y te mortifiques y te mates, nada te servirá para la vida eterna. Andarás, correrás por el camino de la vida, darás grandes saltos, pero fuera del verdadero camino, y así cuanto más andares y te cansares más lejos te hallarás de Jesús, que es el camino, verdad y vida de las almas. Resuelve, pues, en tu corazón no buscar, ni amar, ni abrazar las cosas o dejarlas porque te gusten o disgusten, porque sean grandes o pequeñas, porque sean gloriosas o innobles, sino tan solo porque es voluntad de Dios. ¿Es voluntad de Dios? Basta para el alma que le ama. No desea saber nada más... Mira al Corazón de Jesús. ¿Es voluntad de Dios que esté encerrado en el seno de María por nueve meses? Pues no tiene horror, a pesar de ser omnipotente, inmenso e infinito, de encerrarse allí y vivir oculto. ¿Es voluntad de Dios? Pues basta, porque solo Dios basta, y a quien a Dios tiene, nada le falta.

Afectos. ¡Oh Jesús mío de mi corazón! ¡Cuán necesitados estamos de tus santos y divinos ejemplos para corregir nuestros errores! Nosotros creemos que solo en el ruido y en la gloria, en las grandes acciones y ruidosos hechos está el verdadero servicio de Dios y el celar de su honra. Nosotros creemos que solo agitándonos y discurriendo de un lugar a otro sin parar podremos santificarnos; mas mirando su vida santísima comprendemos a primera vista y desde el primer instante que no es esto verdad, porque solo en hacer la voluntad de vuestro Padre celestial, conformándonos con el divino modelo de tu corazón, le podremos complacer. Como hombres sin fe o de poca fe miramos solo a lo exterior, a lo que aparece a los ojos, y no miramos al cielo para conocer tu voluntad santísima y cumplirla. Por esto somos desgraciados; por esto nuestra vida se pasa en la esterilidad, en el hastío o en el pecado. No miramos por cortedad de vista en nuestras acciones y empresas a aquel norte divino que tú, nuestro Dios y maestro, nos enseñaste, y por eso erramos a cada paso. Tú pudiste decir, oh Jesús mío, Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre celestial... ¿Por qué nosotros no podemos decirlo también? ¡Ay dolor! Jesús de mi alma, porque no elevamos los ojos al cielo para conocer y hacer lo que te agrada: por eso somos infelices. Pues por esto yo propongo en adelante, Jesús mío, en obsequio de vuestro Sagrado Corazón, no buscar en todas las cosas sino hacer tu voluntad santísima en el tiempo y por toda la eternidad.

Por esto os cantaré con mi madre santa Teresa de Jesús:

Jaculatoria. Vuestra soy para vos nació. ¿Qué queréis, Señor, de mí?

Práctica. Meditar por un cuarto de hora para conocer la verdad de Jesús, amar su bondad, y practicar su voluntad.

EJEMPLO

Se lee en la vida de santa Margarita Alacoque que estando un día en oración delante del Santísimo Sacramento, Jesucristo le mostró su Sacratísimo Corazón en un trono de llamas, ostentando como trofeos de su generoso amor la cruz y la corona de espinas y díjole: "He ahí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en recompensa no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitud, irreverencias y sacrilegios, y es menospreciado y olvidado en este sacramento de amor. Pero lo que me es todavía más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me lastiman" Luego le dijo que el primer viernes después de la octava del Corpus se le dedicase una fiesta particular para honrar su adorable corazón, y para que las almas amantes expiaran de algún modo las injurias y desprecios que continuamente recibe en el Santísimo Sacramento, y prometió abundantísimas gracias a los que le rindiesen este honor. Hagámonos dignos de estas saludables promesas siendo verdaderos devotos del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Oración final.

DIA TERCERO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en el Nacimiento en la cueva de Belén

Composición de lugar. Ver la cueva pobre y destartalada y a Jesús tiritando de frío en el pesebre, envuelto en pobres pañales, con María y José.

Petición. Jesús mío, dame a sentir y amar lo que tu corazón siente y ama en este paso.

Punto primero. Nace Jesús a media noche en suma pobreza, en una cueva destartalada en el rigor del invierno, para salvar a los hombres, porque los hombres no le dieron albergue en un rinconcito del mesón y es envuelto entre pobres pañales y reclinado en un pesebre sobre pajas, sin otra compañía que María y José, y el buey y el jumento y la pobre asnilla. Así como en la encarnación el Corazón de Jesús suspira, así en el establo llora, vagidos da. Suspiros, vagidos, lágrimas; he ahí los testimonios que anuncian que el Hijo de Dios se ha hecho hombre y habita entre nosotros. Su palacio una cueva, su cama unas pajas, su trono un pesebre, sus guardias la mula y el buey, sus allegados María y José, sus compañeros inseparables la pobreza, la humillación, el sacrificio ¡Oh alma mía! No busques jamás a tu Jesús con otra compañía, ni pidas otras señales para hallarlo sino la pobreza, la humillación y el sacrificio.

¡Oh buen Jesús! Os veo niño, pobrecito y humillado, y grandemente mortificado por mi amor en la cueva de Belén; permitidme os pregunte con toda sencillez y humildad: ¿Qué siente vuestro corazón en este paso? Venís a salvar a los hombres, mas los hombres ¿dónde están? ¿Venís para ser su compañero, su guía, y su maestro? ¿Por qué no os reciben en su casa a lo menos? Lagrimitas más bellas que perlas corren por vuestras mejillas, agua de amores... ¿Por qué lloráis, Bien mío? ¿Tenéis frío? ¿Por qué tiritáis? ¿Por qué padecéis, dais vagidos? ¿No sois Hijo de Dios omnipotente, criador de

cielos y tierra? ¿Qué tienen, pues, que ver con vos las lágrimas, la cueva, el pesebre, los vagidos, la mortificación, las pajas?...

-¡Oh alma cristiana! Porque soy Hijo de Dios que vengo a salvar el mundo, por esto empiezo a padecer por el mundo, a despreciar lo que el mundo ama y amar y abrazar lo que el mundo aborrece, huye y desprecia, porque va errado el mundo y vengo a enseñarle el camino de la virtud, el camino verdadero y único del cielo.

Dadme permiso, Jesús mío, para entrar en vuestro corazón y sentir lo que él siente y amar lo que él ama para salvarme. - Pues mi corazón siente, hija mía, que todo lo que el mundo ama es vanidad, y no merece sino desprecio: mi corazón siente que en la pobreza, en la humillación, en el sacrificio está el verdadero tesoro del cielo, la suprema felicidad en la tierra. Porque si cosa mejor hubiera habido, yo la hubiese hallado y la hubiese escogido para mí y para todos mis escogidos; mas no la hay y por eso si quieres conocerme, si quieres hallarme, búscame siempre en compañía de la pobreza, de la humildad, del sacrificio. Yo soy Jesús, salvador del mundo, abrazado con infinito amor con la cruz, pobre, humilde, mortificado... He ahí los amores de preferencia de mi Corazón. Ámalos tú y serás feliz.

Punto segundo. ¿Cómo has aprendido esta lección, alma mía? ¿Crees como el Corazón de Jesús, y amas como él creyó y amó? Su Sabiduría es infinita y no puede errar, y si tú no eres humilde, sencilla, pobre y mortificada, no te reconocerá por discípula suya, y no entrarás en su compañía en la región del amor eterno. Mírale a Jesús desde este su primer oratorio público, que es la cátedra del pesebre, predicar estas virtudes, y cómo los primeros oyentes son los sencillos pastores, luego los creyentes magos, y por fin, toda la multitud de los fieles. Así como el seno de María fue el primer oratorio privado que consagró Dios con su presencia corporal, y en él oró, adoró y se sacrificó, así el primer oratorio público fue la cueva de Belén. Mírale adorado y glorificado de los ángeles, de los pastores, de los magos, para que se cumpla que el que se humilla será ensalzado.

Entra, alma mía, en este templo santo. Si no eres digna de entrar ni con los ángeles, ni con los sencillos pastores y creyentes magos, entra a lo menos con el buey y el jumento en este oratorio público del Hijo de Dios. Está abierto, junto al camino, no hay centinela que vigile su puerta... entra y oye las lecciones de sabiduría eterna que el Hijo de Dios y de María, Jesús, te da. Escucha los latidos de su corazón adorable, que puede ya aquí dilatarse más que en el seno de María, padeciendo por el hombre frío, hambre y desnudez. Solo una palabra pronuncia: Yo te amo, oro y sufro por ti. ¿Me amas tú a mí? - ¿Qué le respondes, alma mía, al Niño de Belén, el más hermoso entre los hijos de los hombres? ¿Le amas? ¿Le sirves?... Atiende a tus obras y no a tus palabras.

Afectos. ¡Oh Niño Jesús mío adorable! todo me predica que te ame y me abrase y consuma en tu amor. Tus lágrimas, tus vagidos, tus suspiros, tu pesebre, tus pañales, tus fajas, tu frío y desnudez, esa cueva y esas pajas, no cesan de clamarme que te ame. ¿Cómo, pues, Señor mío, no he oído esta voz, este sermón? ¡Oh alma mía! ¡Oh corazón mío! Amemos al Niño de Belén, todo amable, todo deseable, porque es suma bondad y

belleza y caridad. Amemos al Niño de Belén, todo humillado y despreciado, y mortificado por ti. A un niño, y si es niño hermoso, pobrecito y abandonado, ¿quién no le ama? Pues ahí está el niño Jesús en la cueva de Belén, en un establo, sobre pajas, en lo más rudo del invierno; Niño el más hermoso y agraciado que roba ¡tan hermoso es! todo el amor del mismo Dios, porque en él tiene todas sus complacencias. ¡Oh Niño Jesús! ¡Niño mío adorado! ¡Encanto y hechizo de mi corazón! ¡Oh niño mío, Jesús mío y todas las cosas! Tú sabes que te amo... ¡Róbame todo el amor de mi corazón! Haz que no viva ni muera sino consumido por la violencia sabrosa de tu amor. Amén.

Jaculatoria. Oh niño Jesús, rey de mi corazón, Tú sabes que te amo. Aumenta mi amor.

Práctica. Dar limosna a un pobrecito por amor al pobre Jesús

Ejemplo

Jesús se ofreció al Eterno Padre en el tiempo por la salvación de las almas; y por la conversión de las mismas suspiraba y oraba noche y día en el Canadá la venerable sierva de Dios María de la Encarnación, religiosa ursulina. Mientras una tarde del año 1640 encomendaba a Dios Nuestro Señor con todas las veras de su corazón las almas de aquellos infieles, y se deshacía en ardientes deseos de que fuese establecido el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo en aquellas provincias; le parecía en medio de sus quejas y desconsuelos que Dios no escuchaba sus plegarias ni atendía a sus ruegos como solía antes, cuando súbitamente oyó una voz interior que le dijo: "Pídeme por el corazón de mi Hijo, y serás oída". Este impulso de la gracia hizo tanto efecto en su alma que, puesta a orar al Padre por el corazón adorable de Jesús, sintió en su interior una estrecha comunicación con aquel corazón santísimo, pareciéndole oraba en unión con Jesús, que le animaba de una santa esperanza de que serían atendidos sus ruegos. De esta manera lo refiere la misma Venerable en una carta que acaba así: " Y no os maraville esto, porque ¿qué es lo que no se alcanza del Padre por intercesión del adorabilísimo corazón de su amado Hijo? Pidamos, pues, al Padre Eterno; pero pidamos por el corazón de su Hijo Jesús, y seremos mejor oídos.

Oración final.

DIA CUARTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la circuncisión

Composición de lugar. Contempla al tiernecito infante Jesús que derrama con gran dolor su sangre por tu amor.

Petición. Dame, Jesús mío, a padecer algo por tu amor.

Punto primero. El Corazón de Jesús, que ardía en amor de la humillación, no se contentó con aparecer pobre en Belén, sino que quiso ser humillado llevando marcado su cuerpo con la señal de los hijos de Adán pecador. El Corazón de Jesús que se consumía en deseos del sacrificio, quiso derramar ya en los albores de su vida su preciosa sangre, para mostrarnos mejor su amor. Sabía que sin efusión de sangre no

había remisión de los pecados, ni redención del mundo y por esto a los ocho días de nacido la derrama y se adelanta ya a su pasión cuando abierto su corazón de Padre, rotas las venas de su infinito amor, la había de dejar correr hasta su última gota. No se contentó el Corazón del niño Jesús Dios con dar suspiros, vagidos, lágrimas por amor del hombre: todo esto le pareció poco para demostrarle su amor y por esto derrama las primicias de su sangre preciosa para mejor probarle su amor... Esposo de sangre es Jesús para mi alma desde este momento. Cándido por su pureza, rubicundo por su amor. ¡Oh mi adorado niño Jesús! Dame permiso para entrar en lo recóndito de tu seno, de tu pecho, de tu corazón y dime ¿qué sintió tu corazón al sentir herida tu carne inmaculada, tu cuerpecito inocente y delicadísimo y derramar las primeras gotas de tu sangre? ¿Se estremeció de gozo, de amor o de dolor? - Todo esto sintió mi corazón en este paso, alma cristiana. Sentí dolor porque amaba, y en el amor no se vive sin dolor...

Sentí gozo porque satisfacía en algún modo mi ansia ardentísima de padecer por ti, para desagrar a mi Padre, para ser víctima por tu amor, por tus pecados, por los de todo el mundo. Yo he de ser bautizado con un bautismo de mi propia sangre, exclamaba, y ¡cuánto padezco hasta que llegue esta ocasión! ¡Oh mi adorado Jesús! yo te doy gracias por tu generosidad en derramar tan temprano tu divina sangre por mí, pecador. Haz que de ella me aproveche lavando las manchas de mis pecados y viviendo siempre inmaculado en tu presencia.

Punto segundo. Pondera, alma mía, el estremecimiento de amor y de dolor del corazón del niño Dios en este paso. No era Jesús como los otros niños que solo sienten dolor y lloran, porque Jesús preveía y sondeaba toda la grandeza de este dolor, y porque te amaba, todo le parecía poco para probarte su amor. No quiere que nadie tenga parte en los amores de tu corazón fuera de él; no quiere que a nadie ames tanto o más que a él. Quiere que todos tus amores los sujetes a su amor y a él le ames sobre todas las cosas. Por eso es para ti esposo de sangre, sangre derramada por ti en los albores de su vida con inmenso amor y dolor. ¡Oh alma mía! si hallas otro corazón que te haya amado y te ame tanto como el de Cristo Jesús y te haya dado y te dé pruebas tan grandes y evidentes de su amor, ya te doy permiso para que le ames más que a él. Pero no es posible hallarle, porque nadie ha padecido ni ha vivido vida de tan grande sacrificio por ti como Jesús. Ámale, pues, con todo tu corazón y abrázate con el sacrificio por su amor. Suple en ti lo que falta a la pasión de Cristo, padeciendo por él las contrariedades de la vida. ¿Quién no tiene mucho que sufrir todos los días por más que se esfuerce en evitarlo? Haz, pues, por amor del Corazón de Jesús y de tu alma, de la necesidad virtud, y abrázate con el sacrificio, con la cruz. No has tenido todavía que derramar tu sangre para probar a Jesús tu amor. Acepta, pues, los pequeños sacrificios, y únelos al del niño Jesús, que con esto se harán grandes y merecedores del premio de la vida eterna. ¡Oh mi amado Corazón de Jesús! sea el mío para mi Jesús por la virtud, el sacrificio y el amor. Amén.

Afectos. ¡Oh mi adorado niño Jesús! bastaba para redimirme un suspiro de tu corazón, una lágrima de tus ojos; ¿por qué, pues, derramas tu sangre preciosa? ¡Ah! ya lo comprendo. Lo que bastaba para mi redención no bastaba a tu amor, y por esto derramaste tu sangre con inmenso amor y dolor. Has recibido el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, y con las obras pruebas que eres nuestro Salvador, obrando

nuestra salud con la efusión de tu sangre. Venid, Jesús mío, y circuncidad los afectos de mi corazón, las delicadezas de mi cuerpo, las comodidades y regalos de mi desordenada vida y cumpla las promesas que hice en el santo Bautismo de renunciar a Satanás, a sus pompas y obras, sujetando mi carne al espíritu por la abnegación, la humildad, la mortificación de los sentidos y el sacrificio.

Sea vuestro santísimo nombre de Jesús, al que se inclinan los cielos, la tierra y los abismos, mi salud, mi consuelo, mi fortaleza, mi salvación. Imprimid vuestro nombre de Jesús en mi corazón por el amor y en mi exterior por la modestia. Sí, viva Jesús en mi alma por el amor. Viva Jesús en mi entendimiento por la verdad. Viva Jesús en mi memoria por el recuerdo de sus beneficios. Viva Jesús en mi cuerpo y en todo mi exterior por la mortificación y modestia cristianas, y viva y muera pronunciando con confianza y amor el dulcísimo nombre de Jesús mi Salvador y Redentor. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús mi Redentor, - Llenad mi corazón de vuestro amor.

Práctica. En la tentación y muchas veces al día repetiré: ¡Viva Jesús mi amor!

EJEMPLO

Habiendo santa Jacinta, cuando niña, vestido el hábito de la Tercera Orden Seráfica, amaba, sin embargo, desordenadamente las costumbres del siglo, sus pompas y vanidades, de todo lo cual triunfó la gracia por medio de una maligna fiebre que la puso a las puertas de la muerte y más que todo por una severa reprensión que le dio su confesor, la cual la hizo pensar seriamente en mudar de vida, crucificando su amor propio y copiando en su corazón la imagen de Jesús crucificado. De esta manera, en breve tiempo, aquella que había llegado a ser el escándalo de su monasterio fue ejemplo rarísimo de cristiana humildad y paciencia. El amor de su celestial Esposo le tenía continuamente ocupado el pensamiento dedicándose a obras de caridad y a ejercicios de penitencia. El celo por su honra y gloria la movió a procurar la salvación de muchas almas y a promover el culto de la Sagrada Eucaristía, donde mayormente resplandecen las finezas de amor del Sagrado Corazón. De esta manera vino a ser víctima agradecida de mortificación y de amor. La Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús venera a esta religiosa como uno de sus santos protectores. Imitémosla en su devoción.

Oración final.

DIA QUINTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Presentación en el Templo

Composición de lugar. Representate al niño Jesús en brazos de María, ofreciéndole a Dios en el templo.

Petición. Jesús mío, dame a conocer la generosidad con que os ofrecisteis por mí al Padre.

Punto primero. Cumplidos los cuarenta días que marcaba la ley de Moisés, María y José van al templo de Jerusalén a presentar a su hijo Jesús y rescatar al Hijo de Dios con cinco siclos y un par de tórtolas o dos pichones, porque eran pobres. Mira al santo viejo Simeón tomando al niño Jesús en sus brazos cómo canta el *Nunc dimittis*, y profetiza que Cristo está puesto en señal de contradicción, para ruina y salvación de muchos, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Contempla lo que sentiría y diría el corazón de Cristo Jesús al verse así ofrecido y rescatado como cualquier hijo de Adán pecador. Qué sentiría al pasar de los brazos de su Inmaculada Madre a los del sumo sacerdote y sobre todo a los del anciano Simeón... Oye el canto de este santo viejo y él te dirá mejor que todo, los afectos que comunica al alma el allegarse a Cristo, y estar en contacto con su purísimo corazón. Porque si en su infancia, cuando apenas despide los primeros fulgores y ardores este Sol de Justicia, así hace estremecer los corazones, como se ve en María, que entona el *Magnificat*, e Isabel, que canta las alabanzas divinas, y Simeón, que rebosa de gozo con el *Nunc dimittis*, ¿qué no hará cuando aparezca en su plenitud este Sol de Justicia? Mira a san Juan Evangelista reclinado sobre su divino pecho, y comprenderás los incendios amorosos e infinitos de este tiernísimo corazón. Pondera que lo primero que comunica este divino corazón a los que se allegan a él, es gozo inmenso, con tales avenidas, que no cabiendo en el corazón de sus amigos, sale fuera con cánticos de gozo y explosión de entusiasmo, expresión fidelísima de subido amor ¡Oh corazón de mi Jesús! dame el penetrar en lo íntimo de tu corazón en este paso, para ver la generosidad con que te ofreces al Padre en servicio de su gloria y salud de las gentes, para imitarte en esta generosidad sin límites. Déjame estar a tu lado y tenerte en mis brazos como el viejecito Simeón, para sentir más de cerca los ardores de tu tierno corazón de niño y así me abrase y consuma en los incendios de tu divino amor. Amén.

Punto segundo. Admira aquí, alma mía la generosidad de Jesús en este paso, y aprende a no ser regatona ni cicatera en el servicio de Dios. Jesús se ofrece sin reserva para siempre a su Padre celestial, y jamás revoca su voluntad. ¿Es así tu ofrecimiento al Señor? ¿Cuántas veces le has negado tus servicios y amor? ¿Cuántas veces te has arrepentido de haber sido justamente generosa con tu amado Jesús, y le has negado la ofrenda de tu amor, de tu gratitud, de tus obsequios? ¿Por qué temes darte del todo a tu Dios? ¿Por ventura no es él tu padre, que te ha criado y conservado, y te ha dado todo lo que tienes? ¿No es muy justo, pues, que todo lo emplees en su obsequio y amor, alma, vida y corazón, potencias y sentidos, salud, talento, fuerzas, riquezas? ¿Qué tienes que no lo hayas recibido de tan buen Padre y Señor? Vuelve, vuelve, pues, lo que es suyo a su dueño, y no te gloríes de los dones que te dio, ni los emplees sino en lo que fuere de su agrado, porque además de ingrata te probaría injusta, irracional.

Aprende de Jesús en este paso, alma mía, a ofrecerte otra vez y cada día toda entera y sin reserva al servicio y amor de Cristo, como víctima de propiciación, rogando por tus pecados y los de todo el mundo, y une esta tu ofrenda a la de Jesús y de María, para que sea más grata al Padre Eterno, porque nada puede agradar al Padre si no se le ofrece por las manos del Hijo, y nada puede agradar al Hijo si no se le ofrece por las manos de su Inmaculada Madre María.

En unión, pues, de Jesús y María, ofrece a Dios tu alma con todas sus potencias, tu cuerpo con todos sus sentidos, y sobre todo lo que más ama en ti, esto es, tu corazón, tu amor. Aprende, por fin, del corazón de Cristo Jesús la humildad, la obediencia, la gratitud, que te predica en este paso y procura, con la práctica de estas virtudes, que Jesús sea para ti Jesús y no señal de contradicción y de ruina, como lo es para muchos que no le conocen, ni le aman, ni le sirven.

Afectos. ¡Oh Corazón generosísimo de mi Jesús! ¡Cuán malo he sido! ¡Qué conducta tan vil, tan perversa, tan ingrata ha sido la mía para con vos! Con todos he sido generoso y cumplido y agradecido, menos con vos. ¿Qué mal me habéis hecho, oh bondadoso Jesús, para que me haya portado así con vos? Pero ¿qué digo mal?, ¿qué bien hay en mí que vos no me hayáis dispensado? Pues ¿por qué con todos he sido agradecido menos con vos?... Porque no medité vuestros beneficios, no medité vuestras bondades. Perdonadme, Señor mío Jesucristo, que ya quiero mudar de vida. Dadme afectos bastantes para saber agradeceros, bendeciros y alabaros por aquella amorosa misericordia con que os ofrecisteis al Padre por mi redención. Registrando lo que hay en mí solo hallo un obsequio, una ofrenda digna de vos, que vos me la pedís, que vos la deseáis, y que sin ella nunca podré contentaros, y con ella sí estará satisfecho de mí vuestro corazón. Dame, hijo mío, tu corazón, me decís... Ahí está, ahí lo tenéis, en vuestras manos lo dejo, dentro de vuestro corazón lo deposito. No me lo devolváis, porque os seré otra vez traidor. ¡Tantas veces os he prometido fidelidad! ¡Tantas veces os he ofrecido mi amor! Mas, ¡ay dolor!, ¡cuántas veces os he sido infiel e ingrato! Vos lo sabéis, Señor, pues lo sabéis todo. Pues ¿por qué digo esto? Porque quiero confesar una vez más mis ingratitudes y mi tibieza en vuestro servicio y amor. No lo merecáis, oh corazón amabilísimo de Jesús. Mas ya quiero mudar de vida. Haced que todos los latidos de mi corazón busquen vuestra gloria, todos mis suspiros vuestro amor. Purificadlo, abrasadlo, consumidlo y ofrecedlo con el vuestro al Eterno Padre, para que viva y muera consumido del divino amor. Amén.

Jaculatoria. Corazón generosísimo de Jesús, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Práctica. Repetir hoy y algunas veces en la vida el ofrecimiento: Vuestra soy, para vos nací, ¿Qué queréis, Señor, de mí?

EJEMPLO

Mucho provecho podemos sacar de la aparición que tuvo sor María Felicidad Espinelli, fundadora de las Capuchinas en la isla de Gracia, de Venecia. Esta Religiosa después que hubo cumplido con sus deberes fue según costumbre a recrearse un rato en el jardín, y paseándose y con la mente en el cielo, vio al buen Jesús en forma de niño, solo, dejado en tierra y abandonado de todos, tembloroso y derramando copiosas lágrimas. Enternecida sor María del estado en que se hallaba el Divino niño, arrojose a sus pies, suplicándole le manifestase cuál era la causa de tan lamentable abandono; a lo que respondió Jesús: "Todos me han abandonado; estoy solo, porque no hallo quien me quiera". Comprendió la buena religiosa cuán justo era el llanto de su Dios y Señor en vista de la ingratitud de muchos que le desprecian y le maltratan. Ofreció entonces sor María su corazón al amantísimo Niño, consagrándoselo enteramente, y fue tan grande la celestial dulzura que en aquellos momentos sintió en su interior, que la dejó bien persuadida de que había el Señor aceptado su ofrecimiento.

Oración final.

DIA SEXTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la huida a Egipto

Composición de lugar. Ver al niño Jesús y a su madre huir a Egipto guiados por san José.

Petición. Dame, corazón de Cristo, desprendimiento de todo lo criado por tu amor.

Punto primero. "Después de circuncidado y presentado al templo el niño Jesús, he aquí que un ángel del Señor se aparece en sueños a san José, diciéndole. Levántate, y toma al niño y a su madre y huye a Egipto y no te muevas de allí hasta que te avise: porque ha de suceder que Herodes busque al Niño para perderlo. Levantándose José, tomó al niño y a su madre de noche y se retiró a Egipto". Jesús huye... y de noche... y deja su patria... en el rigor del invierno y se va a Egipto, pueblo malo, idólatra, conducido en brazos de María y san José... Sal al encuentro en la soledad del camino, alma mía, sal al encuentro de estos pobres caminantes y pregúntales a dónde van. Pregúntales por el niño hermosísimo que llevan en brazos, y escucha con profundo respeto y amor, y medita lo que te dirán... Vamos a Egipto, huimos de nuestra patria, de noche, sin saber el camino ni el lugar, ni lo que nos sucederá. - ¿Por qué huís? - Porque un rey ha de buscar a este niño para matarle. - ¡Pobrecito Niño! ¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho ni puede hacer un niño recién nacido? ¿Quién es ese niño? ¿Cómo se llama? Dejádmelo ver, contemplar, llevarlo en mis brazos, para que descanséis en tan penoso camino... - Este niño, responde María, se llama Jesús; es Hijo de Dios e hijo de mis entrañas, Dios y hombre verdadero; ha bajado del cielo, donde moraba eternamente feliz, y se ha hecho niño por amor al hombre y para darle vida, salvarle y hacerle partícipe de su eterna felicidad... Y los hombres no quisieron recibirle en su casa al nacer y tuvo que nacer en una cueva, y al ser descubierto le buscan para matarle y huimos, porque así nos lo mandó el ángel del Señor... - ¡Pobre Niño! ¡Pobre madre! ¡Pobre padre mío san José! Dolorosísimo es este paso. ¡Quién pudiera aliviaros en vuestro camino y daros albergue en la pobrecita casa mía de mi corazón! ¡Oh buen Jesús, niño mío adorado, fugitivo de tu patria y de los hombres, tú que has hecho tan larga jornada bajando del cielo para buscarlos y hacerlos felices! ¡Mira cómo te pagan tanta dignación! ¡Oh hombres ingratos!, ¿por qué con tanto descomedimiento tratáis a vuestro Jesús? ¡Oh Jesús mío! ¿Qué siente vuestro corazón en este paso? ¿Qué afectos le dominan? dádmelos a sentir por vuestro amor. - La compasión, el amor, el desprendimiento de todas las cosas: he ahí, alma cristiana, los sentimientos de que se ha de revestir tu corazón si quiere acompañarme, consolándome en este paso. Compadece a los que me persiguen, ama a mis enemigos, no te apegues a las criaturas tan desgraciadas y que tan presto se mudan, fija solo los afectos de tu corazón en Mí, que soy tu Dios y no me mudo, y serás feliz en este triste destierro... ¡Oh Jesús mío! dadme gracia para aprender y practicar tan saludable lección.

Punto segundo. ¡Qué lección tan bella te da el Corazón de Jesús en este paso! Huye, te dice con su ejemplo, de todo lo que te estorba el cumplir la voluntad de Dios. Huye de tu casa, padres, parientes y amigos, y hasta de tu patria si esta es la voluntad de Dios. Huye de noche sin reparar en trabajos, ni peligros, ni sacrificios para evitar el pecado y las ocasiones próximas de pecar. Porque más vale tu alma y el agrado de Dios que todas las cosas... Huye Jesús de su patria para enseñarte que para el cristiano todo el mundo es patria, o mejor, todo el mundo destierro, porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos nuestra patria, que es el cielo. Allí están nuestros padres que nunca mueren; allí están nuestros hermanos verdaderos, los ángeles y justos que no se mudan; allí está la felicidad perfecta, el paraíso de delicias, el tabernáculo de Dios con los hombres... Huye, alma mía, a lo menos con el deseo, de este lugar de miserias y tu conversación sea más con los ángeles que con los hombres, pues el paraíso es tu patria, tu centro, el lugar de tu verdadera y perfecta felicidad. ¡Oh paraíso! ¡Oh paraíso! ¿Cuándo te poseeré? ¿Cuándo saldré de este destierro de Egipto, de la vida enemiga de tu nombre, ¡oh buen Jesús! y gozaré de tu presencia y felicidad? ¡Oh cuánto tarda! ¡Oh hermoso cielo! ¡Cuándo, cuándo te poseeré!... Solo con la esperanza de ser un día tu ciudadano, gustoso padeceré con paz todos los tormentos y trabajos de esta vida miserable y andaré como fugitivo y desterrado por el Egipto de la vida. Todo se pasa, alma mía; espera solo en Dios, que no se muda, porque solo Dios basta, y no ames cosa alguna fugitiva que más presto o más tarde, quieras que no, has de dejar.

Afectos. ¡Corazón amantísimo de Jesús! Tú huyes de la muerte en tu infancia en brazos de tus padres María y José, porque, corderillo tierno aún de un año, no eras apto para el sacrificio, porque habías de ser sacrificado, cuando fueses Cordero de Dios, por los pecados de todo el mundo. Es decir, huyeses de la muerte en tu infancia para reservarte para una muerte mil veces peor, más cruel y dolorosa e ignominiosa en la cruz. Oh Corazón Divino, ¡cuán desemejante es el mío del vuestro! Yo huyo siempre del padecer y de la cruz, aunque conozca que es voluntad de Dios, y busco siempre el regalo, la comodidad y el consuelo. ¿Cuándo Dios mío, me abrazaré con la cruz, y no buscaré en todas las cosas más que complaceros? Cortad los lazos de mi corazón, que me tienen atado desordenadamente e ignominiosamente a mí mismo, a las criaturas. Vos solo sois digno de poseer mi corazón y de y de reinar en él eternamente. Quiero, pues, empezar a vivir aquí por la gracia, la vida del perfecto amor que se ha de consumir en la gloria. No quiero amar ni servir a criatura alguna que me pueda faltar. Nadie puede darme lo que no tiene, el mundo, el pecado y la carne con todas sus concupiscencias pueden tan solamente excitar, avivar la sed de mi felicidad, mas no calmarla, porque son finitas y miserables. Tú solo, Jesús mío y todas las cosas, puedes hacerme feliz. No me abandones jamás. Ámete siempre y en todas las cosas, y haz de mí lo que quisieres.

Jaculatoria. Corazón de Jesús fugitivo a Egipto por mi amor, despréndeme de todo amor que no sea el tuyo.

Práctica. Estudiar el Corazón de Jesús, y aprender en él lo que debo amar y apreciar.

EJEMPLO

El Beato Jaime de Begaña, de la Orden de santo Domingo, ilustre por el esplendor de sus virtudes y milagros, era muy a menudo perturbado por algunas agitaciones y dudas acerca de la salvación de su alma. Temblaba de pies a cabeza, y derramaba abundantísimas lágrimas solo al recordar que podía quedar para siempre privado de la visión beatífica de Dios. A pesar de poner todo su estudio en confiar en la inmensa bondad y caridad infinita del Salvador, la consideración de la propia ingratitude y de sus continuas faltas traíanle a la mente los severos castigos de la divina justicia, de tal manera irritada que desaparecía de su mente todo rayo de esperanza. Hallándose un día en esta oscuridad y aflicción, recurrió con grande humildad a una imagen de Jesús crucificado, suplicándole le diese una señal de la salud de su alma. Al momento oyó una dulcísima voz como salida de la imagen que le decía: "Jaime, he ahí mi sangre; sea ella señal de tu eterna salvación". Y viose inmediatamente el buen Religioso salpicado de sangre salida milagrosamente del costado del Salvador. Cambiose repentinamente la tristeza en un indecible gozo, pareciéndole de allí en adelante, cada vez que contemplaba aquellas gotas de sangre divina, que tocaba el cielo con las manos. Desde aquel día fue devotísimo de la preciosa sangre y del Sagrado Corazón de Jesús del cual había sido derramada; creciendo cada vez más en el amor a la santa Eucaristía, donde vivo y verdadero, en el cuerpo y alma, está presente siempre el Salvador de los hombres.

Oración final

DIA SÉPTIMO

Se empieza con la oración para todos los días

Sentimientos del Corazón de Jesús en su permanencia en Egipto

Composición de lugar. Ver a la sagrada familia y al niño Jesús humillados y despreciados por aquel pueblo de idólatras.

Petición. Jesús mío, dame por tu corazón saber sufrir las impertinencias del prójimo.

Punto primero. "Huye a Egipto- dijo el Ángel a san José- y estate allí con el hijo y su madre hasta que yo te avise. Y permanecieron en Egipto san José con el niño y la madre hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo dicho del Señor por el Profeta: de Egipto llamé a mi Hijo".

Siete años se cree estuvo el niño Jesús en medio de este pueblo idólatra, que todo lo adoraba menos al verdadero Dios, que a todos amaba menos a los judíos... Aquí pasó Cristo Jesús su infancia; aquí soltó su lengua en la primera palabra; aquí sus pies anduvieron el primer paso; aquí su mente en lo exterior empezó hacer uso de su razón... Siete años de destierro los primeros y primicias de su vida, pasó Jesús con sus padres en este país idólatra. ¡Oh! ¡Cuánto había de sufrir su corazón, no solo por sí, sino por lo que veía sufrir a sus buenos padres María y José, que muchas veces ni tenían pan para comer!

Pidamos permiso para entrar en este corazón adorable. Este corazón amorosísimo, a quién devoraba el celo de la gloria de su Padre celestial, que arrojó del templo a latigazos a sus profanadores; este corazón mansísimo, que no pudo sufrir la

profanación del tiempo material, ¡cuánto había de sufrir, cuánto se había de contristar al ver aquella multitud inmensa de gentes, esclavos del pecado, adorando al demonio y en enemistad con Dios, su padre! Lo veía, lo sentía, se condolía, oraba, suplicaba... y no lo podía remediar... *Nondum venit hora mea*, repetía muchas veces para calmar las ansias incomprensibles de su corazón, de glorificar al Padre haciendo conocer su nombre a los hombres. *Non este voluntas ejus, qui missit me Patris... Non sum missus nisi ad oves quae perierunt ex Israel*. ¡Oh buen Jesús, oh celosísimo Jesús de la honra del Padre! Dame a sentir lo que tu corazón adorable sintió en este paso de tu vida, uno de los más penosos de ella. Te veías rodeado de almas idólatras, Tú que eres el verdadero Dios que habías bajado del cielo expresamente para salvarlas; veías que el demonio triunfaba de ellas, tú que habías bajado para destronarlo, y no obstante, te ves como condenado a una inacción inerte... ¡Oh, cómo nos enseñas, Corazón Divino, a aprender aquella lección tan importante de la vida cristiana: mejor es la obediencia que las víctimas, porque es la víctima mejor. Dame que te imite, Jesús mío, ofreciéndote muchas de estas víctimas para consolar tu obediente corazón.

Punto segundo. Este paso de la vida de Cristo te enseña, alma mía, lo que has de pensar y sentir, y cómo has de obrar cuando te veas rodeada de personas que tienen la desgracia de no conocer o no amar a Dios, y viven olvidadas o en oposición de sus deberes cristianos. Compasión deben causar a tu corazón, no ira, desprecio o indignación. *Misereor super turbas*, exclamaba el Corazón de Jesús en un caso parecido. Tengamos compasión de esta gente pobre y necesitada... ¡Ah! *si scires donum Dei!* ¡Oh si conocieses el don de Dios! no vivirías vida de idólatra, sujeto a la tiranía de los vicios y de las pasiones de ignominia. Mas esta compasión, alma mía, no debe ser estéril. Arguye, corrige, enseña, avisa, oportuna o importunamente, como enseña el Apóstol, con toda paciencia y doctrina, porque no sabes los designios de Dios sobre esos pobres pecadores. No sabemos la hora de su misericordia sobre estas almas. ¿Quién sabe si estos grandes pecadores serán unos Pablos o Agustínos con el tiempo? Y cuando la prudencia, no la de la carne, sino la cristiana, te impidiere el enseñar de palabra, el avisar, aconsejar, corregir, comunicar, siempre tienes a mano dos apostolados fecundos, los más universales y eficaces, que nadie ni nada te puede impedir su ejercicio, y éstos son: la oración y el sacrificio. Puedes siempre, alma mía, orar e instar a las puertas de la misericordia de este corazón adorable de Cristo que venga en socorro de sus siervos, aunque pecadores e ingratos, que ha redimido con su preciosa sangre. Mucho vale la oración asidua, perseverante y si no cesamos de clamar, no dejaremos de ser oídos, porque estamos ciertos que el Corazón de Jesús quiere lo que nosotros queremos y pide al padre celestial lo que nosotros pedimos, y esto es, que se conviertan y vivan los pecadores. Y si orar no pudieras, alma cristiana, en todo lugar y tiempo, puedes siempre sacrificarte por tus hermanos, sufrir por ellos, darles buen ejemplo con tu modestia cristiana, con la práctica exacta de tus deberes, y estos pequeños sacrificios, unidos a los del corazón de Cristo, tendrán fuerza efficacísima para la conversión y salvación de los pecadores. De esta suerte, revestido tu corazón con los sentimientos y afectos del Corazón de Cristo, será tu permanencia de gran provecho en medio de un pueblo pervertido y pecador, en este Egipto de la vida moderna y se hará de ti el más cumplido elogio como Jesús: Pasó haciendo bien, porque todo lo hizo bien.

Afectos. ¡Oh corazón adorable de Jesús! Yo quiero que me des a sentir como tú sentiste a vista de tantos pecadores, porque hoy, Jesús mío, el Egipto se ha trasladado a Europa y apenas hay fe verdadera en las almas, conocimiento y amor tuyo. Dame sentimientos de compasión, de dolor, de celo, pero regulado siempre por los designios de tu amor. Yo quiero, Señor mío Jesucristo, que tu sangre aproveche al mayor número de almas. Derramada está ya; hecho el gasto está; recogida se halla en los tesoros de tu Iglesia, y no deseas más que una ocasión propicia para dispensarla, aplicarla. Ayúdame, Jesús mío, en mis deseos y empresas. Yo quiero salvarte el mayor número posible de almas. Yo quiero ser la primera en los deseos y en el amor: yo quisiera amaros si fuera posible como vos mismo os amáis, y probaros con mis obras, salvándoos almas, la fineza y sobreminencia de mi amor; y como sé, Salvador del mundo, que en más apreciáis una alma que por mi oración e industrias santas os gane, que todos los obsequios que os pueda hacer, por eso quiero consagrarme toda enteramente a salvaros almas, porque además sé que si un alma os salvo, la mía está salvada también. Escogedme para esta divinísima empresa. Ayudadme y dadme gracia eficaz para cumplirla según vuestra voluntad, todos los instantes de mi vida. Hacedme cazadora de almas, robadora de corazones para vos, para que en la tierra satisfaga cumplidamente vuestros deseos, y en el cielo goce de gran gloria. María y José y Teresa de Jesús, san Francisco de Sales y san Miguel, ángeles de la guarda, ayudadme en esta tan divinísima empresa. Amén.

Jaculatoria. Jesús, José, María y Teresa, venid en ayuda del que en vosotros confía.

Práctica. Me preguntaré cada día: ¿qué almas quiere el buen Jesús que le salve?

EJEMPLO

Cuenta Blosio de un joven que, por imitar la vida oculta de Jesucristo, abrazó el humilde Instituto de san Francisco de Asís. Pues el demonio, envidioso de la salvación de las almas, buscó medio como sacarlo del puerto seguro de la religión y arrojarlo nuevamente en medio de los peligros del siglo, donde tantas almas caen miserablemente en sus redes. Ya el infeliz cedía a las sugerencias del maligno espíritu, y levantándose una noche, bajó en secreto a la iglesia con el intento de abandonar la casa del Señor saliéndose por la misma. Mas ¡oh misericordia de Dios! al pasar por delante del Santísimo Sacramento, apenas hubo hecho el acto de adoración acostumbrado, hallose como fuera de sí y vio con grande admiración los incomparables honores que los ángeles del cielo tributaban a un Religioso que poco antes había muerto. Doliéndose de su inconstancia y debilidad, demandaba humildemente auxilio a los bienaventurados y perdón a Dios nuestro Señor; y confirmándose en su vocación no cesaba de dar gracias y alabar la bondad y el amor de Jesús, que tan misericordiosamente lo había sacado del peligro, y afirmado más y más en su vocación religiosa.

Oración final.

DIA OCTAVO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en su vida oculta en Nazaret

Composición de lugar. Ver a Jesús, joven gallardo, crecer en gracia, edad y sabiduría en la casita deliciosa de Nazaret, pequeña, aseada, trabajando, orando y obedeciendo a María y José.

Petición. Revístemme, oh Corazón de Jesús, de tus sentimientos y afectos en la casita de Nazaret.

Punto primero. Otra vez se nos ofrece un misterio, a nuestro entender y juzgar incomprensible y hasta disparatado. ¿Cómo es esto? ¿No baja el Hijo de Dios del cielo a la tierra y se hace hombre para salvar al hombre, enseñándole el camino del cielo? ¿Cuántos años ha de vivir sobre la tierra? Treinta y tres. ¿Por qué, pues, pasa treinta años oculto, en un rincón del mundo, en trabajar de carpintero, en una modesta tienda, oficial de un pobre hombre y desconocido? ¿Es que se ha olvidado de su misión divina?... Esto discurre la razón humana... mas no es esta la razón divina... Cristo bajó a enseñar el camino del cielo, es cierto, y nadie más que Él ha podido decir a la faz del mundo, con toda verdad: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida." Mas hay dos modos de enseñar: con el ejemplo y con la palabra: el primero es el más importante, único necesario, el más digno de Dios...Y esto es lo que hace el Hijo de Dios *coepit facere et docere*: Empezó por obrar, y después vino el enseñar. Había de decir a los hombres todos: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón", y era preciso probarlo con el ejemplo. Había de enseñar a todas las generaciones la obediencia, la sumisión, el respeto a los padres y superiores, el amor al trabajo y el cumplimiento exacto de los deberes propios de su estado y condición y esto enseña con el ejemplo, que es la lección más eficaz, a todos los siglos, a todas las generaciones. Quien esto hace por treinta años seguidos, ¿nada hace para enseñar a las gentes el camino del cielo? ¿Por ventura no es esta la única enseñanza verdadera, propia y eficaz? ¿No se perdió el hombre, y no se ha perdido y pierde hoy el mundo por mucho hablar y poco obrar? Mucho charlatanismo, mucho ruido de palabras, muchos doctores teóricos, muchos libros, muchas disputas; pero las obras buenas, ¿dónde están? Palabras, palabras, palabras, solo da y dice el hombre para salvar el mundo, la sociedad; y Cristo Jesús, verdadero Maestro y Salvador del mundo, había de decir con su ejemplo: Obras, obras, obras, para que se creyese después su palabra. No todo el que *dice*: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la voluntad de mi Padre celestial. ¡Oh alma mía! entra con gran respeto en la casita de Nazaret, penetra en los sentimientos del Corazón de Jesús, y oirás esta sola palabra al contemplarle obediente a María y José, orando y trabajando en los más humildes oficios y faenas de casa y de casa pobre: Aprende de mí, que soy manso, humilde, obediente de Corazón. Aprende de mí, a cumplir tus deberes de hijo, de súbdito, de superior. ¿Puede darte mejor lección por treinta años su corazón adorable? Feliz serás si la aprendes, y sobre todo si la practicas.

Punto segundo. "El niño Jesús, dicen los Santos Evangelistas, crecía y se confortaba, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Vivía en Nazaret sujeto u obediente a María y a José, y Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres... Empezó un sábado a enseñar en la Sinagoga, y muchos oyentes se admiraban de su doctrina diciendo: ¿De dónde ha sacado éste todas estas cosas? ¿y qué es esta sabiduría que se le ha dado y los prodigios que por sus manos se hacen?"

¿Por ventura no es este el carpintero, hijo de María?" He ahí, alma mía, en que empleaba Jesús el tiempo en los treinta años de su vida oculta en Nazaret. Crecía y se mostraba más fuerte, y lleno de sabiduría y de gracia delante de Dios y de los hombres... Estaba obediente a José y a María, sus buenos padres... Trabajaba en su oficio de carpintero... era nazareno, esto es, santo en pensamientos, palabras, obras y deseos... se humilla y hace todo lo que puede para esconder y no revelar su divinidad, apareciendo y siendo tenido por galileo, oficial de un pobre carpintero, nazareno, de donde era fama que no podía salir cosa buena, todos, títulos para el mundo despreciables. Es verdad que admira y pasma a los doctores en el templo por su prudencia, por la sabiduría de sus respuestas; es cierto que sus primeros oyentes en la sinagoga de su pueblo se admiran, y no saben darse cuenta de su sabiduría y de su virtud, considerándolo como carpintero, hijo de María e hijo de un carpintero; se admiran, mas no se convierten no se les descubre el misterio de su divinidad. Descorre algo la punta de este velo, mas no se lo deja entender. A la manera que al asomar los primeros rayos de sol sobre el horizonte que ilumina algunas cimas de los más elevados montes, admiramos su claridad, mas no se nos descubre, así el Hijo de Dios en estos casos. ¡Oh sol de justicia, de verdad y de amor, Corazón de Cristo Jesús! gracias infinitas te doy porque a mí me has dado el poder ver y admirar este sol en el apogeo y zenit de su gloria, en la plenitud de las manifestaciones de las maravillas de su poder y de su amor. Haz que me aproveche de esta gracia singular y te ame con todo mi corazón. Amén.

Afectos. ¡Oh corazón de Jesús obedientísimo! examino mi corazón, y al compararlo en este paso con el tuyo lo veo perdido. Yo tan amigo de darme a conocer y de que me alaben, y tú, Jesús mío, tan enamorado de la oscuridad... Yo a veces mintiendo o exagerando para darme tono y aire y aparecer lo que no soy; ¡y tú, Jesús divino, ocultando lo que eres! Yo buscando siempre directa e indirectamente las alabanzas, la gloria, el aire popular; ¡y tú, Jesús dulcísimo, huyendo de los aplausos de la plebe! Yo... mas en todo soy lo opuesto a Jesús. ¡Oh mi adorado Jesús! Si tomando en vuestras manos mi corazón, como en otro tiempo la moneda del César, me preguntáseis: ¿De quién es esta imagen e inscripción?, ¿qué podría, qué debería responderos? ¿Por ventura es imagen de Cristo, de vuestro corazón adorable? No, que Cristo es manso y humilde de corazón, y yo soy orgulloso e iracundo de corazón. Cristo es paciente, sufrido, obediente, lleno de gracia, abrasado en caridad; y yo soy impaciente, mal sufrido, desobediente, amigo de hacer mi voluntad, lleno de miserias y pecados, consumido de la envidia, corroído del amor propio.

¿De quién es la inscripción que llevo impresa en mi corazón? ¿Quién y qué hay grabado en él que se ve por todo el mundo por la manifestación de sus obras? ¡Ay dolor! todo lo contrario de lo que lleva el corazón de Cristo Jesús. Con mis palabras y con mis obras voy diciendo a todo el mundo: aprended de mí el orgullo, la sensualidad, el egoísmo, todas las vilezas. Y Jesús con sus palabras y obras me repite a cada instante: Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón, lleno de gracia, de verdad y de caridad, y hallará paz tu alma.

¡Oh alma mía! yerras, yerras, andando por este camino. No te reconocerá el Padre celestial por suya en el día de la cuenta, si no te hallare conforme con la imagen de su

hijo Jesús. Enmiéndate, pues, y corrige según su original estas malas inscripciones. Porque de temer es, si continúas por este mal camino, que te diga al preguntarte como a los judíos: ¿De quién es esta imagen e inscripción? ¿Del César? ¿Del demonio? Pues dad al demonio lo que es suyo, y a Dios lo que es de Dios. ¡Qué desgracia sería esta para ti, alma cristiana! La mayor, ¿no es verdad? Pues enmiéndate con tiempo, y revístete de los afectos y virtudes del Corazón de Jesús, para ser toda de Jesús en vida y por toda la eternidad.

Jaculatoria. Jesús mío, haz mi corazón como el tuyo.

Práctica. Amar, o a lo menos sufrir callando, las humillaciones por Jesús.

EJEMPLO

La profesión religiosa es como un nuevo bautismo. En ella el alma amante de Jesucristo se limpia de toda mancha que le dejaron las culpas pasadas y se desposa con el amado de su alma. Ansiosa estaba la venerable Rosa Serio, novicia de las Carmelitas Descalzas, de que llegara el día de su consagración a Dios por medio de los santos votos. Un día, hallándose sola en el coro durante su fervorosa oración vio llenarse aquel lugar sagrado de una esplendísimas luz. Era la Reina de los cielos llevando en brazos a su divino infante Jesús, acompañada de una multitud de santos. Al verlos Rosa, postrose en tierra, y volvió a suplicar a la santísima Virgen intercediese por ella a fin de que mereciese la gracia de hacer su profesión religiosa. Entonces la Reina de los Ángeles, volviéndose a Jesús, le dijo: "Ahí tienes, Hijo mío, a tu Rosa, que quiere desposarse contigo"; a lo que contestó Jesús: "Conmigo se desposará, pero antes quiero que su corazón sea más hermoso". Al instante apareció a la buena religiosa que la Santísima Virgen le sacaba su corazón y lo exprimía para limpiarlo de todas las imperfecciones y defectos que tenía y, colocándolo en el pecho de su Hijo Santísimo, le dijo: "Recibe, hijo mío, el corazón de tu sierva; tal como está ahora, ya puede ser verdadera esposa tuya". Luego fue restituido a Rosa, que lo sintió totalmente humilde, dulce, paciente y lleno de divino amor. Jesús entonces, sacando de su Corazón una sortija de inestimable valor, en forma de corazón, la puso en el dedo de su sierva y le dijo: "Ya te he desposado con las arras de mi amor; mira este anillo en tus trabajos y aflicciones, y te hallarás fortalecida". Desapareció la visión, pero el contento de Rosa fue indecible, poniendo en práctica de allí en adelante los consejos de su esposo celestial.

Oración final.

DIA NOVENO

Se empieza con la oración para todos los días

Sentimientos del Corazón de Jesús en la disputa con los doctores

Composición de lugar. Contempla a Jesús lleno de gracia, sabiduría y verdad, asombrando a los doctores en el templo con sus preguntas y respuestas.

Petición. Dame a conocer y sentir, Jesús mío, los afectos de tu corazón en este paso.

Punto primero. "Iban los padres de Jesús todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua. A los doce años (edad en que los judíos destinaban a sus hijos a una profesión u oficio), Jesús subió a Jerusalén con sus padres, y se quedó allí acabada la fiesta, sin que lo conociesen, porque creyeron cada uno que iba en compañía del otro, hasta después de haber andado un día de camino, que lo buscaban entre los parientes y conocidos, y no hallándole, regresaron a Jerusalén en su busca, y después de tres días lo hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Al verle, quedaron sus padres admirados, y díjole su madre: ¿Por qué has hecho esto con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos con dolor... Y respóndele Jesús: ¿Qué es esto? ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas que conciernen a mi padre? No entendieron esta palabra María y José... y Jesús bajó con Ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto, y su madre conservaba todas estas palabras en su Corazón". ¡Cuántas lecciones admirables te da el Corazón de Jesús en este paso! La obediencia a la ley subiendo al templo; la obediencia a su Padre celestial antes que a sus padres terrenos; la prueba de su humanidad huyendo, y de su divinidad enseñando; la enseñanza de que si pierdes a Jesús le hallarás en el templo, en la oración, en el recogimiento; el desapego de todo vínculo desordenado de carne y sangre; la obediencia a los padres terrenos después de cumplir el mandato del Padre celestial, viniendo con ellos a Nazaret y estándoles sujeto; la diligencia de María y José en buscarle, creyendo no se hubiese subido al cielo y sobre todo la meditación del corazón de María acerca de estas divinas enseñanzas... Aprende aquí del corazón de tan buena madre a meditar las lecciones de vida eterna que te da su hijo Jesús con las palabras y el ejemplo, y pide que abra los ojos de tu alma para conocer los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios encerrados en este corazón adorable, para amarle e imitarle todos los instantes de tu vida. Amén.

Punto segundo. ¡Cuánto había de sufrir el corazón de Cristo en este paso, alma mía, al prever el disgusto inmenso que iba a dar a sus buenos padres María y José, quedándose, sin decirles palabra de aviso, en Jerusalén... sobre todo viendo que podía evitarlo tan fácilmente, previniéndoles que así lo quería su Padre celestial! María, tan sufrida, se queja en este paso de la pasada que les ha hecho su hijo Jesús, hasta entonces tan dócil. Mas no importa, dice Jesús: es voluntad de mi Padre celestial que me quede en el templo sin advertirlo a mis padres terrenos, y debo hacerlo, porque yo a esto he venido al mundo, a hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Yo hago siempre lo que es de su agrado; esta es mi comida y mi alimento; no lo que yo quiero, Padre mío celestial, sino lo que tú quieres, y en el modo y manera que tú lo quieres... ¡Cuánto tienes que aprender, alma mía, en esta lección de Cristo! Corazón más amante y más amigo de no dar disgusto a nadie no lo hay ni lo habrá sobre la tierra como el de Jesús: corazón de hijo que ame y reverencie con más profundo amor y respeto filial a sus padres, no lo puede haber sobre la tierra como el de Jesús, el más perfecto entre todos los hijos de los hombres. Pero Jesús mira al cielo, y primero es Dios que nadie: contentará a todos, no disgustará a nadie, si no se opone a la voluntad de su Padre celestial. Si le ha de disgustar en lo más mínimo, exclama mejor que la heroína de la gracia santa Teresa de Jesús que de él lo aprendió: Húndase el mundo antes que ofender a Dios; húndase el mundo antes que desagradar lo más mínimo a Dios mi padre. - ¡Qué lección tan admirable para tantas almas mezquinas, contemporizadoras, débiles, ingratas, pérfidas, que quieren contentar a Dios y a Belial,

a Cristo y a Lucifer, y concertar la voluntad y el vicio! ¡Qué lección tan saludable para tantos corazones que no miran al cielo, sino a la tierra; no a Dios, sino a los hombres; no a la eternidad, sino al tiempo, y van cojeando en el camino de sus deberes, viviendo una vida la más infeliz y desdichada! ¡Qué ejemplo para tantos y tantos cristianos que viven con el corazón dividido entre Dios y el mundo, entre su conciencia y su vida relajada, los cuales, como los judíos y Pilatos, cobardes y pérfidos, acaban por vender a Cristo Jesús, y entregarlo en manos de sus enemigos, vendiendo su conciencia, su dignidad, su alma, su felicidad temporal y eterna! ¡Oh corazón de Cristo! Yo también formé coro con estos insensatos, porque no veía o no quería ver si era voluntad de mi Padre celestial lo que hacía, y tomaba por norte de mis pasos, el qué dirán necio del mundo. Mas no será así en adelante: Dios lo quiere, es voluntad de mi Padre celestial; pues romperé con todos, porque más debo a Dios que a nadie. Sí, lo sufriré, lo sacrificaré todo, porque primero es Dios y mi alma, que todo el mundo. ¡Oh Jesús! Dame tu gracia para romper los lazos de carne y sangre aunque me cueste la vida, cuando se opongan al cumplimiento de tu santísima voluntad. Amén.

Afectos. ¡Oh corazón esforzado de Jesús! ¿Qué he hecho yo? ¡Cuánto me confundo con vuestro santo ejemplo en este paso! ¿Cuándo aprenderé vuestra lección? ¡Vos, niño tierno, amantísimo y obedientísimo, hacéis un vivísimo sacrificio por cumplir la voluntad de vuestro Padre celestial, y yo, hombre maduro, no sé hacer el más leve por salvar mi alma! A lo menos fuese humilde, Señor, a lo menos fuese humilde al ver mi inconstancia y flaqueza y frialdad en vuestro servicio. ¿Cuántas veces he sacrificado mi conciencia y dignidad de cristiano por no displacer a las criaturas, conociendo que os desagradaba a vos, Jesús mío?... Mas no será así en adelante, con la ayuda de vuestra gracia. Primero Dios que nadie. Primero contentar a mi Padre celestial que a todas las criaturas de la tierra, porque contento vos, mi Señor y mi Dios, ¿qué mal me puede venir ni pueden hacerme todas las criaturas? Y teniendo a vos agraviado, ¿de qué me puede aprovechar todo el valimiento de todos los poderosos de la tierra? Quien a Dios tiene nada le falta, porque vos solo le bastáis al alma. Básteme, pues, oh corazón de Jesús mío, en todas las cosas, saber que contento a vos, y burlarme he de todo el mundo y el infierno. No me dejéis, Señor, en mi flaqueza y mudad mi fortaleza con vuestra gracia. Amén.

Jaculatoria. Nada contra vos, mi Jesús y mi Dios. Húndase el mundo antes que ofenderos a vos.

Práctica. En todas las cosas levantaré la consideración al cielo, y veré ante todo si es del agrado de mi Padre celestial lo que voy a hacer.

EJEMPLO

San Luis Gonzaga miraba de continuo al Sagrado Corazón de Jesús con grandes ansias de unirse a él, como atestigua santa María Magdalena de Pazzis; y el mismo santo demostró cuán grato era a Dios propagar la devoción al Sagrado Corazón en su aparición al novicio de la Compañía de Jesús, Nicolás Luis Celestinos, en 10 de febrero de 1765. Estaba dicho novicio enfermo de gravedad, casi a las puertas de la muerte, cuando vio venir sobre su lecho de dolor al angélico joven Luis, consolándole y exhortándole a propagar la devoción al Divino Corazón de Jesús, tan acepta a Dios Nuestro Señor. Prometió de buen grado Celestinos extender esta devoción, recibiendo en premio de su Santo Protector la cura radical de su penosa y mortal enfermedad. En un instante fue de tal manera curado como si nunca hubiese tenido

mal alguno, dispuesto a emprender el tenor de vida común a todos los novicios. Púsose al momento el fervoroso novicio a cumplir su promesa, publicó por medio de la estampa la relación de su prodigiosa cura, aprobada por el Vicegerente de Roma, la cual difundida en breve tiempo por el mundo, sirvió para acrecentar admirablemente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Oración final.

DIA DÉCIMO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en su bautismo

Composición de lugar. Ver los cielos abiertos y la paloma que desciende, y oír la voz del Padre que dice: "Este es mi Hijo muy amado"

Petición. Dame, Corazón de Jesús, el revestirme de tus virtudes en este paso.

Punto primero. Cuando Jesús empezaba los treinta años, vino de Nazaret de Galilea al Jordán para ser bautizado por san Juan, que no quería bautizarle, diciendo: "Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?" Y Jesús le respondió: "Deja por ahora, porque así conviene, que nosotros llenemos toda justicia", y Jesús fue bautizado por Juan. Y se abrieron los cielos al ser bautizado Cristo y orando, y el Espíritu Santo bajó y se paró en especie corporal, como de paloma, sobre él, y se oyó una voz del cielo que decía: "Tú eres mi hijo muy amado, en quien me he complacido". Admira, alma mía, los afectos del Corazón de Cristo, en este paso, mostrado por las palabras y las obras... Tenía treinta años Cristo, y la primera acción es de humildad, de humillación profundísima. Mírale confundido con los pecadores, pidiendo ser limpiado, el que da la pureza y limpieza a todos los ángeles y hombres, a aquel que es la misma pureza e inocencia de Dios... Mira a san Juan, que conoció a Cristo, confuso y admirado resistiendo a los deseos de Cristo y solo por cumplir su voluntad le bautiza... ¡Oh corazón humildísimo de Cristo Jesús! bien puedes repetirme desde las aguas del Jordán con toda verdad: Aprended de mí, que soy humilde de corazón. ¡Ojalá yo aprenda esta lección que me das con tu ejemplo!

Pondera como el Padre con el Espíritu Santo quiere honrar a su hijo humillado, en este paso, para que se cumpla la sentencia: el que se humilla será ensalzado. Al orar Cristo y ser bautizado confundido entre los pecadores, se abren los cielos, y baja el Espíritu Santo en forma de paloma, y se posa sobre Cristo, para significar su pureza, su inocencia y la paz que traía al mundo y el Padre hace oír su voz diciéndole: "Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias". ¡Qué gozo, mi Jesús, Hijo sumiso de Dios, había de sentir tu corazón al oír resonar en tus oídos por primera vez públicamente la regalada voz de tu Eterno Padre mostrándote su predilección! Si a nosotros el demostrarnos una persona que nos ama no lo puede contener el corazón, ¡qué haría en ti oyendo la voz de Dios! ¡Qué saltos de júbilo! ¡Cómo se lo agradecerías y te ofrecerías otra vez a su servicio y amor! ¡Tú, mi humillado Jesús, que eras tenido como hijo de José el carpintero, eres declarado hijo natural del Eterno Padre! ¡Tú, que

parecías despreciable y como pecador delante de los hombres, apareces como el único objeto de las complacencias de Dios, y como único objeto digno de nuestro amor. Yo te doy mil parabienes, humildísimo Jesús mío, y pues tú me amas y tu Padre también me ama, ámeme yo, Corazón de Jesús, y en ti halle mis complacencias, Jesús mío y todas las cosas. Ojalá por mi semejanza a ti merezca oír también la voz del Padre que me diga: Tú eres mi hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, porque me amas con todo tu corazón.

Punto segundo. Examina tus sentimientos y tus afectos, alma mía, a la vista del ejemplo que te da el corazón de Cristo en este paso. ¿Amas, buscas, deseas, solicitas humillaciones, desprecios y cruz? ¿O a lo menos pides al humildísimo Jesús que te dé deseos de ser despreciada, y de aprovecharte de las ocasiones que se te presenten en la vida? ¿Qué te parece? ¿Mereces por tu vida que el Espíritu Santo descienda sobre ti en forma de blanca paloma para probar o manifestar al mundo tu inocencia? Y si inocente no eres, ¿a lo menos te has arrepentido, como el hijo pródigo y mereces que Dios Padre haga resonar complacido en el secreto de tu corazón: Éste es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias, porque le creía perdido por el pecado, y ha vuelto a recuperar mi gracia y amistad? Pues atiende bien, alma mía, que para ir al cielo no hay más que dos caminos: el de la inocencia y el de la penitencia; y si no mereces por tu arrepentimiento recobrar la amistad de Dios, no podrás otra vez entrar en el cielo, porque no serás hijo amado de Dios. ¡Oh alma pecadora! Corre al corazón de Cristo, y dale este gozo: pídele que te limpie de tus pecados por el bautismo de la penitencia, para que seas reconocida por hija suya adoptiva, aunque pródiga, por su Padre celestial. Ofrécele un corazón contrito y humillado, ya que no lo tienes inocente y puro, que no lo desechará, porque escrito está: Corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo despreciaras, no lo desecharás de tu presencia y amor. ¡Oh el mejor de los padres, corazón purísimo y humildísimo de Cristo Jesús! acepta mi pobre corazón de hijo pródigo, contrito y humillado, y por tus santas manos llegue a la presencia de tu Padre, y pídele que lo bendiga, que lo inflame de su amor, y viva y muera consumido en su amor. Amén.

Afectos. ¡Oh Señor mío y Jesús mío! ¡Tú, el Santo de los santos, vas a bautizarte entre los pecadores! ¿No bastaba a tu humildad en el primer paso de tu vida aparecer en el mundo en un pesebre, que quieres en el primer paso de tu vida pública aparecer más humillado aún que en el pesebre y en tu vida oculta? ¡Oh amor del corazón de Cristo! Tú le hiciste bajar a sumergirse en las aguas del Jordán, para llevar consigo purificado a todo el mundo. ¡Oh amor del corazón de Cristo! Tú le hiciste sumergirse en las aguas del Jordán, para sepultar y ahogar en ellas la vieja sinagoga, y sacar pura e inmaculada a su esposa la Iglesia, en cuyo seno fecundísimo purifica a sus hijos con las aguas del santo Bautismo. Yo también, Amor mío, fui purificado en esas aguas, el Espíritu Santo descendió sobre mi alma y me santificó, el Padre me aceptó por su hijo muy amado y fui hecho hermano tuyo, y fui consagrado templo y morada de toda la Santísima Trinidad. Mas ¡ay dolor! yo os contristé con mis pecados, profané este templo santo, os arrojé de él con gran descomedimiento. ¡Cuán grande ha sido mi ingratitude! Mas, gracias a vuestra infinita bondad, me queda el laborioso bautismo de la penitencia, compuesto de mis lágrimas y de vuestra sangre. Sumergidme en él, y quede por la contrición más blanco que la nieve, y ya jamás vuelva a contristar vuestro corazón por

el pecado. Hacedme cauto con mis caídas, para huir no solo del pecado, sino de toda ocasión de pecar; y dadme la perseverancia en vuestro servicio y amor. ¡Oh María, madre de la santa perseverancia, rogad a Jesús por mí! Amén.

Jaculatoria. ¡Jesús mío, complacencias de mi amor! Tú sabes que yo te amo.

Práctica. Aceptar en silencio las humillaciones que se nos ofrezcan en el día de hoy por Jesús.

EJEMPLO

Un sacerdote observó más de una vez al dar la Comunión a san Hipólito, que la Hostia se desprendía de sus manos atraída por el santo como el hierro es atraído por el imán; y que en esos momentos el rostro del santo se ponía de repente blanco como la nieve. Un día que Simón de Alne fue a comulgar, la Hostia que iba a recibir se cayó al suelo. Como el celebrante se bajara para cogerla, Simón le rogó esperase un momento hasta que hubiese preguntado a Dios si eran sus pecados la causa de esta caída. En el mismo instante la Hostia se elevó y fue a la boca de Simón. Un día santa Teresa fue arrebatada en éxtasis y elevada a una altura a que el sacerdote no podía llegar para darle la comunión. De repente vio la Hostia escaparse de sus dedos e ir a colocarse por sí sola en la lengua de la santa. El mismo favor fue concedido a Isabel de Jesús, a la que su confesor había impuesto como mortificación, el abstenerse de la santa Eucaristía. El bienaventurado Raimundo de Capua refiere que un día, volviendo de su viaje, santa Catalina de Siena le expresó un ardiente deseo de comulgar. Como estaba cansado, prefería no subir inmediatamente al altar; pero cediendo a instancias de la santa, dijo la misa. Cuando llegó al momento de darle la comunión, vio su rostro irradiar como el de un ángel; en vista de esto, dijo interiormente al Santo Sacramento: "¡Id, Señor, volando hacia vuestra desposada!" y en el mismo momento la Hostia que iba a tomar voló hacia santa Catalina. El mismo sacerdote añadía que había oído decir a personas de ambos sexos dignas de fe, que habían visto con frecuencia la Hostia volar a la boca de la santa, en el momento en que esta se aproximaba al tabernáculo para comulgar.

Oración final.

DIA UNDÉCIMO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en el desierto

Composición de lugar. Contempla a Cristo solo en el desierto por cuarenta días, ayunando rigurosamente.

Petición. Dame a sentir y copiar tus afectos, oh Corazón de Cristo, en este paso de tu vida.

Punto primero. "Jesús, lleno del Espíritu Santo, al instante lo llevó al desierto por cuarenta días para ser tentado por el diablo y estaba con las bestias, y después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, sin comer cosa alguna, tuvo hambre. Y acercándose el tentador Satanás, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan. Jesús respondió: está escrito: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo le llevó a la ciudad santa de

Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo. Porque escrito está: Que por ti ha mandado a sus Ángeles, y te tomarán en sus manos, para que no tropieces acaso contra piedra. Y Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás a tu Señor Dios. Otra vez tomó Jesús el diablo y lo llevó a un monte elevado, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, en un momento, y le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares. Díjole entonces Jesús: Marcha, Satanás, porque escrito está: Adorarás a tu Señor Dios, y a él solo servirás. Dejóle a Jesús entonces el diablo, y se apartó de él; y he aquí que acercándose los Ángeles, le servían".

Entra, alma mía, con gran reverencia a admirar los afectos del corazón de Jesús en este paso. ¡Mírale cómo huye a la soledad a conversar con el Padre, a pedirle por los hombres, a contemplar en quietud su bondad y divinas perfecciones! ¡Cómo se prepara con la oración y penitencia para la vida pública! ¡Cuánta docilidad en dejarse llevar por el Espíritu Santo al desierto! ¡Qué ayuno tan espantoso! ¡Qué combates tan terribles! Allí está solo con las bestias el Hijo de Dios. ¿Qué había de sentir su corazón adorable, todo bondad, verdad, vida, beldad y amor, al ser llevado en brazos del diablo, todo malicia y odio, mentira y muerte y fealdad? ¿Cómo te atreviste, Negrillo asqueroso, a llevar a la hermosura de los cielos en tus brazos? ¿Cómo te descomediste, odio implacable, a llevar en tus manos al mismo amor eterno e infinito? ... Mira cómo Jesús sufre las tentaciones de gula, y de vanidad o de soberbia, y cómo las vence para nuestro ejemplo con las palabras del Espíritu Santo... Mira cómo rechaza indignado la tentación de avaricia, y al exigirle que le adore, porque es injuria de Dios, su Padre, que no puede sufrir ni siquiera oír. Pondera la malicia y necedad del demonio, que promete lo que no tiene con tal pueda engañar y perder, y le ofrece los reinos de la tierra a aquel que da los reinos de los cielos, y la gloria del mundo al que da la gloria eterna del cielo, que es su Señor. Aprende de aquí a conocer los lazos, y las redes y engaños del diablo, padre de la mentira, Satanás, con la oración, el ayuno y mortificación, y a no dejarte vencer de él, porque Cristo le ató con cadenas como perro rabioso, que tan solo puede morder o dañar a los que a él se acercan. Resiste con la fe al diablo y huirá de ti con el rabo entre piernas, y te dejará en paz que te sirvan y den la enhorabuena los ángeles, como siervo bueno y fiel.

Punto segundo. Agradece a Jesús que por tu amor, por tu ejemplo y para merecerte fortaleza quiso ser tentado, y quiso serlo después del Bautismo para que entiendas que, al darte al servicio de Dios, debes preparar tu alma para la tentación, porque el que no ha sido tentado ¿qué puede saber? El demonio, como león rugiente, anda siempre alrededor nuestro para devorarnos: no duerme y ataca con más fuerza al principio para detener los primeros pasos en el camino de la virtud. Por esto es menester una grande y deliberada determinación de no volver atrás en los buenos propósitos, cueste lo que costare, murmure quien murmurare, con tal se llegue al fin, mas que se hunda el mundo. Si el demonio te ve con esta determinación, no se atreverá a tentarte; mas si te ve débil, vacilante, inconstante, no te dejará a sol ni a sombra, inconvenientes te pondrá y miedos que nunca acabe. El demonio, corroído de la envidia, quiere impedir a todo trance que el hombre vaya a ocupar los puestos que perdió por su soberbia en el cielo; quiere hacerle compañero de su infelicidad eterna: quiere poseer el corazón del hombre, que es trono de Dios. ¡Oh miserable de ti si te

entregas a este capital enemigo! Serás infeliz como él, pues no puede amar a Dios. Al contrario, si vences la tentación morarás en los tabernáculos de la paz y te adquirirás una espléndida corona de eterna gloria. Dios permite la tentación para tu provecho, para tu gloria, para ver que puede fiar de ti: pero como es fiel, jamás permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas. Pon en práctica los ejemplos o medios que te da Jesús para vencer la tentación, y no temas a los demonios más que a las moscas. El retiro, la soledad, te preservará de los peligros del mundo; el ayuno te preservará de las tentaciones de la carne; la palabra de Dios te libraré de las ilusiones del demonio, y sobre todo la oración te hará invencible a todos los ataques de los enemigos de tu alma. Huye, mortifícate, lee la divina palabra, medita las verdades eternas, y ten confianza, que Jesús ha vencido al mundo, al demonio y al pecado, y tú los vencerás también. ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nadie ni nada, porque es más fuerte que la muerte.

Afectos. ¡Oh Corazón tentado de mi adorado Jesús! ¡Cuánto me consuela y esfuerza el veros luchando con el demonio y saliendo vencedor! Si temo y tiemblo mirando mi debilidad y la astucia de mis enemigos, me siento lleno de valor y de coraje para luchar contra todo el mundo y el infierno al estar al lado de vuestro corazón, porque sois mi lugar de refugio, mi fortaleza y protección, donde no pueden llegar los dardos de mis enemigos. Grabad en mi corazón y en mi exterior: ¡Viva Jesús mi amor! y grite siempre vigilante este grito al ser tentado, para que nunca sea vencido. Acogedme en vuestro sagrado refugio, y nada temeré. Encerradme en esta fortaleza, y seré inexpugnable. Con vos venceré todos los obstáculos, y cantaré eternamente vuestras misericordias.

No os fiéis de mí, Jesús invencible, porque, más débil que Pedro, a pesar de mis propósitos y protestas os seré traidor. Esforzadme contra mí mismo, y venza y viva, y reine eternamente en mí vuestro corazón y vuestro amor. ¡Atrás, Satanás! Nada tienes que ver conmigo: soy de Jesús por naturaleza y por gracia y espero serlo por gloria eternamente. Amén.

Jaculatoria. ¡Jesús mío y todas las cosas! Tú sabes que te amo. ¡Viva Jesús mi amor!

Obsequio. En las tentaciones repetiré sin cesar: ¡Viva Jesús mi amor!

EJEMPLO

Se refiere que santa María Magdalena de Pazzis tenía el don de ver a Jesús en el seno de sus Hermanas bajo diversas formas. Unas veces lo veía con las facciones de un niño, otras le aparecía de edad de doce, de treinta y tres años, otras, en fin, lo contemplaba sufriendo y crucificado, según los deseos, el grado de perfección o de capacidad de cada religiosa. Una mañana de Pascua, cuando en la mesa del refectorio, su rostro se enardecía extraordinariamente; una de sus novicias se apercibió, y acercándose a ella, la dijo en confianza: "Madre mía, ¿de dónde os viene esta alegría? - De la belleza de la presencia divina, replicó la santa, porque veo a Jesús reposando en el corazón de todas las hermanas. - ¿Bajo qué forma? replicó la novicia. - Con toda la gloria de la Resurrección, tal cual la iglesia le representa hoy".

Oración final.

DIA DUODÉCIMO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en su predicación y vida pública

Composición de lugar. Contempla lo que dice y hace Jesús, recorriendo las ciudades, villas y aldeas de Palestina.

Petición. Dame, Jesús mío, sentir y obrar como tu corazón al pasar por el mundo, haciendo bien a todos.

Punto primero. Oye, alma mía, con la más profunda reverencia y amor, las palabras de Cristo al pasar por el mundo enseñando y haciendo bien a todos. Porque si de la abundancia del corazón habla la boca, claro está que oyendo sus palabras oyes, ves, sientes los latidos de su corazón adorable. Primeras palabras: *haced penitencia, porque está cerca de vosotros el reino de Dios.* - *Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre celestial, pues yo siempre la hago y busco su gloria.* - *Tengo compasión de las turbas. Venid a mí todos los que andáis trabajados y agobiados, yo os confortaré... tomad mi yugo, que es suave y ligero el peso mío, porque toda la ley está incluida en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.* - *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis paz para vuestras almas.* - *En vuestra paciencia poseeréis vuestra alma.* - *Bienaventurados los pobres, los mansos, los que lloran, los puros de corazón, los que padecen por la justicia; amad a vuestros enemigos y haced bien a vuestros perseguidores.* - *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas os serán añadidas.* - *El reino de los cielos padece violencia y solo los que se la hacen lo arrebatan.* - *Yo he venido a meter fuego en la tierra, y no deseo más sino que arda.* - *No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores.* - *De toda palabra ociosa han de dar cuenta los hombres en el día del juicio. El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.* - *No puede ser el discípulo más que el maestro. No temáis a los que solo pueden matar el cuerpo y no pueden matar el alma.* - *Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes y dalo a los pobres, y sígueme.* - *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos.* - *Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.* - *¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* - *No todo aquel que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial...* Con estas y otras palabras de vida eterna salidas de su corazón adorable enseñaba Cristo el camino del cielo a todos, anunciando tan divinas enseñanzas con parábolas y ejemplos y acompañándolas con milagros y curaciones y beneficios estupendos. Tantos fueron y tan grandes, que el pueblo, dejándose llevar de los impulsos de su noble corazón, exclamaba fuera de sí alborozado: "Jamás hombre alguno habló así. Todo lo hizo bien Jesús, grande profeta," y quería proclamarlo rey, si Cristo no se hubiese escondido... ¡Oh alma mía! con más razón que el pueblo judío, pues tú eres iluminada por la luz de la fe y has experimentado los beneficios de su redención copiosa, debes exclamar al meditar la doctrina de Cristo: Jamás hombre alguno habló tan celestial, tan divinamente como Jesús, porque ninguno tuvo un corazón tan divino, tan celestial, tan endiosado, tan unido a Dios,

porque es el corazón de Hombre Dios. Dame gracia, Jesús mío, por tu corazón, no solo de oír tus enseñanzas, sino de practicarlas, porque dicho por ti está: Solo el que *hace* la voluntad de mi Padre celestial entrará en el reino de los cielos.

Punto segundo. Haz un firme propósito, alma mía, de no pasar día sin leer, recordar o meditar las palabras de Cristo, porque recordándolas oirás los latidos de su corazón adorable y lo conocerás mejor, y mejor le podrás amar e imitar. Estas palabras de vida eterna, que son espíritu y vida de las almas, han de ser el alimento de tu corazón, si quieres tener salud espiritual robusta, perfecta, porque son palabras de Dios, pan todo celestial y divino. No vayas a buscar los charquillos, turbios siempre, de las verdades del hombre. Dile a Cristo con toda humildad y confianza: Señor mío Jesucristo, camino, verdad y vida de mi alma, no me hablen los doctores, los sabios, ni los Profetas: háblame Tú, verdad eterna, que abriste la boca de los profetas e iluminaste e iluminas a todo hombre que viene a este mundo. Callen en tu presencia todas las criaturas, y háblame tú, criador de ellas, que más provecho hace al alma una palabra salida de tu boca, que los más sublimes y bien compuestos discursos de los hombres. Tus manos me hicieron y me formaron: completa, pues, tu obra con tus instrucciones. Tú conoces mejor que nadie lo que falta de luz a mi inteligencia y de amor a mi corazón, para ser lo que tú quieres y en el grado que tú quieres y estos son, bien lo sabes, dueño mío, los únicos deseos de mi corazón, sediento de palabras, de vida eterna y de salud. En tu presencia está mi corazón y mi silencio te habla. Cansado estoy y fastidiado de los vanos discursos de los hombres, y desengañado por haber andado tras la mentira y por haber amado la vanidad. De tu corazón divino, del que salen todos los amores, salen también todas las verdades. Ame, pues, yo sobre todas las cosas tu corazón adorable, para que amando la fuente de toda bondad, ame la fuente de toda verdad y no sólo seas luz y vida eterna para mi entendimiento, sino amor y gozo cumplido para mi corazón, acá por gracia, y allá por lumbre de gloria abismada en tu amor. Despierta y aviva en mi corazón el amor a la verdad para que viva en él el amor a tu bondad. Amén

Afectos. Señor mío Jesucristo, que bajaste del cielo para enseñarnos con tu palabra y ejemplo el camino de la vida eterna; solo tus palabras sacian el alma. Al considerar tus divinas enseñanzas, mejor que Pedro me veo forzado a exclamar: Si te dejamos a ti, maestro infalible, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna. Sí, tú solo, Jesús mío, porque los otros hombres solo tienen palabras de vanidad y mentira. Todo hombre es mentiroso, y si alguna verdad enseñan, de ti la reciben como de su fuente, pues das a todos de las riquezas de tu corazón adorable. Por esto te pido, maestro único de la verdad, que me des un corazón dócil, para oír tu voz y tus enseñanzas, y sobre todo para ponerlas en práctica. Porque ¿de qué me aprovechará la verdad conocida y no amada, oída y no practicada? Solo me serviría de mayor condenación en el día del juicio. ¡Oh buen Jesús! dame un entendimiento lleno de tus máximas y doctrina evangélica, porque conocerte a ti es la vida eterna, mi mayor felicidad. Y dame sobre todo un corazón enamorado de estas verdades, de suerte que no solo me arrastre a su seguimiento fiel, sino que mueva a otros corazones a conocerte y amarte, corazones que están sentados en las tinieblas y sombras del error y del pecado, de la ignorancia y de la malicia. Envía un rayo de tu luz y renovarás la faz de la tierra deformada por el pecado. ¡Oh Corazón de Jesús, verdad, amor y vida de las almas! haz que no haya en todos los hombres más que un solo corazón y una sola alma. Amén.

Jaculatoria. ¡Cuán dulces son tus palabras, Corazón de Jesús, a mi corazón! Más que la miel a mi boca.

Obsequio. No pasaré día de mi vida sin recordar algunas palabras salidas del Corazón de Jesús.

EJEMPLO

De santa Gertrudis leemos, que jamás pudieron oscurecer la constancia y segura confianza que tenía en la benignísima misericordia de Dios, ningún peligro ni tribulación, ni la pérdida de sus casas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados y defectos propios; porque confiaba ciertísimamente que todas las cosas así prósperas como adversas, la Divina Providencia las convertía en su bien. Y una vez le dijo el Señor a esta santa virgen: "Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazón, y hace tanta fuerza a mi piedad que a semejante hombre, en cierta manera, ni le puedo favorecer por el contento que recibo en verle colgado de mí y por aumentarle el merecimiento, ni dejarle de favorecer por acudir a quien yo soy y a lo mucho que le quiero": habla a nuestro modo, como que el amor le suspende. De santa Matilde se cuenta que le dijo el Señor: "Mucho contento me da que los hombres confíen en mi bondad y presuman de mí, porque cualquiera que humildemente estuviere muy confiado y se fiare bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré más bien que él merece. Cuando uno más fiare y presumiere de mi bondad, tanto más alcanzará, porque es imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaría, habiéndolo yo prometido; y por esta razón le es provechoso al hombre que, esperando de mí cosas grandes se fíe bien de mí" ¿Y qué era lo que principalmente era razón se creyese de su inefable bondad? Le respondió: "Cree con fe cierta que yo te recibiré después de tu muerte como el padre recibe a su muy querido hijo y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y a mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad será bienaventurado". ¿Quién no se anima con estas regaladas palabras a confiar en el Señor?

Oración final.

DIA DECIMOTERCERO

Se empieza con la oración para todos los todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en su transfiguración

Composición de lugar. Ver a Jesús glorificado en alma y cuerpo.

Petición. Jesús mío y todas las cosas: *Jesus meus et omnia.*

Punto primero. ¡Jesús mío y todas las cosas! Esta es la compilación de los afectos que hemos de sacar de la Transfiguración de Cristo Jesús en el Tabor. Oigamos su historia.

"Jesús tomó a Pedro, a Santiago y su hermano Juan, y los llevó solos a un monte muy elevado. Y se hizo su rostro otro mientras oraba; y su vestido blanco y refulgente, y se transfiguró ante ellos, y resplandeció su rostro como el sol y sus vestidos blancos como la nieve, tales cuales no pudieran hacerlos ningún blanqueador sobre la tierra. Y he

aquí que aparecieron a ellos Elías y Moisés en la majestad, hablando con Jesús, y decían del exceso *de amor y de dolor*, que había de cumplir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros estaban oprimidos del sueño. Y sucedió que al apartarse Moisés y Elías de Él, dijo Pedro a Jesús: Señor, maestro, bueno es estarnos aquí, Si quieres, hagamos aquí tres tabernáculos: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías. No sabiendo lo que se decía, porque eran aterrados por el temor. Más mientras esto decía Pedro, he aquí que una nube luminosa los cubrió con su sombra. Y de la nube una voz decía: Éste es mi Hijo amado, en el cual yo me he complacido; oídle. Al oír esta voz, los discípulos cayeron sobre su rostro y temieron mucho. Y Jesús se acercó, los tocó, y díjoles: Levantaos y no temáis. Y levantando los ojos no vieron a nadie más que solo a Jesús. Al bajar del monte mandoles Jesús: A nadie digáis la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Y callaron los apóstoles buscando qué era esto: Cuando resucite de entre los muertos".

Entra, alma mía, en los afectos y sentimientos del Corazón de Jesús en este paso, y considera que aquella centella de su gloria era debida a su cuerpo y a su corazón, en todo tiempo unidos hipostáticamente al Verbo, mas eclipsada durante su vida mortal, para poder padecer por nosotros pecadores. ¡Qué hermoso y gozoso había de aparecer el Corazón de Jesús en este paso; con qué resplandores de gloria, pues era como el foco de aquel divino incendio! Si un rayo operó en Pedro y los apóstoles tal beatitud, ¡qué será cuando le contemplemos cara a cara en la plenitud de su gloria! Bien vale, alma mía, padecer ahora un poco con Cristo, para participar de esta gloria para siempre después con Él.

Punto segundo. Jesús mío y todas las cosas. He ahí el fruto que has de sacar, alma mía, de esta meditación. Si en Cristo, en quien habita la plenitud de la Divinidad corporalmente, tienes todas las perfecciones de Dios, todas las gracias, bellezas y atractivos del hombre, ¿qué más puedes desear? Jesús es verdad para tu entendimiento; dulce recuerdo y bienhechor para tu memoria; vida, amor y bondad para tu corazón.

Jesús es calma, paz y satisfacción cumplida para tus pasiones; deleite perfecto para tus sentidos. Sí, Jesús mío y todas las cosas: en verdad que no puedo buscar una gracia, una virtud, una belleza, una perfección que no esté en ti, Cristo Jesús. Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas las cosas nos es Cristo. Para el alma, para el cuerpo, para nuestras potencias y sentidos. Quedará harto, saciado todo mi ser, cuando apareciere tu gloria, Jesús mío y todas las cosas, como mostraste ya a tus discípulos en tu gloriosa Transfiguración. Tu Cuerpo glorioso, con los rayos de la Divinidad unida hipostáticamente a ti, será la gloria de todos los cuerpos bienaventurados, porque viendo tu claridad, tu belleza, tu sutileza, tu gloria, ya nada más tendrán que desear; quedarán hartos de gloria, de felicidad y de paz. Tu Divinidad con sus perfecciones infinitas llenará los senos inmensos de mi corazón y de mi alma y se verá forzado a exclamar: Jesús mío y todas las cosas. Satisfecho estoy ya, y nada me resta que desear y poseer fuera de vos, Jesús mío, porque ha aparecido de lleno tu gloria, sin nubes ni cortapisa, sin límites de tiempo y espacio. ¡Oh! yo estoy satisfecho; harto bueno es estarnos aquí, porque me ha aparecido toda la gloria de mi Jesús, que es para mí todas las cosas. Jesús mío y todas las cosas de paz, de felicidad, de hartura y de gozo

perdurable para mi alma y mi cuerpo, para mis potencias y sentidos. ¡Oh Corazón de Jesús, Hijo Unigénito del Padre! si tú eres el hijo amado del Padre, y el Padre se ha complacido bien en ti, ¿qué más puede desear mi corazón? ¿Por ventura puede ser más exigente que el corazón de Dios padre? Si Jesús es las delicias y las complacencias del Padre, ¿por qué no lo ha de ser para ti, corazón mío? Oye a Jesús, alma mía, sigue su doctrina y enseñanzas, imita sus ejemplos, y nada temas ni nada desee más que a Jesús y por Jesús, y ni aun al mismo Jesús ames sino porque es Jesús. ¡Oh Jesús mío! Sé tú en verdad para mi alma y mis sentidos, Jesús mío y todas las cosas, en vida, en muerte y por toda la eternidad. Amén.

Afectos. ¡Jesús mío y todas las cosas! o amarte o morir, porque una vida sin amarte es peor que la muerte. Ámete para vivir eternamente, dulcísimo Jesús, mío por creación, mío por conservación, mío por redención, mío por donación, mío por elección: *Totus in nostros usus expensas*, pues teniendo a ti, poseyéndote a ti, tengo todas las cosas que puedo apetecer del cielo y de la tierra, de Dios y de las criaturas, del tiempo y de la eternidad. Porque todas las cosas eres para mí, dulcísimo Jesús mío. Vida, dulzura, verdad, amor, paz, felicidad, hermosura, sabiduría, poder y hartura, cuanto puedo desear y amar, de bueno, de santo, de perfecto. Porque decir Jesús, es decir salud, salvación de mi alma y de mi cuerpo, y no lo fuera si no fuera Dios y hombre juntamente. Así pues, mi gozo sumo en este destierro será el poder repetir con verdad: ¡Jesús mío y todas las cosas! Jesús mío y todas las cosas. Jesús todo mío y yo todo de Jesús, y con Jesús nada me falta, nada más puedo desear, porque en él están todas las cosas, todas las gracias, todas las perfecciones y atributos divinos y humanos, porque es Dios y hombre verdadero. ¡Jesús mío y todas las cosas! Tú todo mío y todas las cosas ame por ti, en vida, en muerte y por toda la eternidad.

Jaculatoria. Jesús mío y todas las cosas, Tú todo mío y yo todo tuyo.

Obsequio. Hacerlo todo por Jesús, y con Jesús, en unión con Jesús.

EJEMPLO

La vida de la venerable María Vela, monja cisterciense de la ciudad de Ávila, está llena de prodigios y gracias admirables recibidas del amor de Jesucristo. Una mañana, después de haber recibido la Sagrada Comunión, fue arrebatada en éxtasis y tuvo esta visión: parecióle ver en un piélagos de vivísima luz y cerca de sí al buen Jesús, que con su benditísima mano le arrancaba el corazón y lo metía dentro de la sagrada llaga de su divino costado, uniéndolo a su Corazón Sacratísimo, de tal manera, que de dos parecía querer hacer solo uno, para que su sierva siempre estuviese unida a él en sus afectos y deseos, y en buscar en todo la mayor gloria de Dios.

Otra vez, también después de haber recibido el pan eucarístico, le pareció ver al Salvador que le mostraba la abertura de su costado y que le decía dulcemente: "sal, esposa mía, de todo afecto terreno; entra aquí, entra y repose tu alma en mi corazón". En aquel mismo instante sintió extinguido su amor propio, y enardecida en el amor divino, que a manera de incendio salía del Corazón de Jesús, cuyas vivísimas centellas inflamaban el pecho de tan privilegiada Esposa. Persuadióse entonces que quien desea arder en amor divino debe deshacerse de todo afecto terreno, y acercarse con las debidas disposiciones a menudo a la Sagrada Mesa.

Oración final.

DIA DECIMOCUARTO

Se empieza con la oración para todos los días.

El Corazón de Jesús Corazón de buen Padre

Composición de lugar. Representate a Jesús como buen padre, abrazando al hijo pródigo.

Petición. Jesús mío, dame a conocer los afectos paternos de tu corazón adorable.

Punto primero. Entre todos los títulos de que se gloria el Corazón de Jesús, dos son los que más campean en su boca en el Santo Evangelio: el de padre y el de pastor. Corazón amorosísimo y tiernísimo, que bajó del cielo para inspirar a los hombres confianza y ganarles el corazón por el amor y la compasión, no podía verdaderamente escoger otros títulos más adecuados a este fin. Todo el mundo sabe y ve por experiencia lo que es un buen padre y un buen pastor. Pues, he ahí, alma mía, al corazón de Cristo: corazón de padre, corazón de buen pastor. *Tam Pater nemo, tan bonus Pastor nemo.* Nadie hubo ni puede haber tan buen padre ni tan buen pastor... ¡Qué padre tan padre es el buen Jesús! ... Mírale retratado su Corazón paternal en la parábola del hijo pródigo. El hijo le pide la porción de su herencia y luego de recibirla huye lejos de su casa y de su vista sin pedirle permiso y contra su voluntad; malversa su herencia en mala vida; padece hambre, miseria; es un miserable haraposito, un pillote... Mas este mal hijo, al volver en sí, recordando el buen trato de su padre vuelve a su casa, y el padre corre a su encuentro, le abraza, le pone el mejor vestido, el anillo, celebra un espléndido banquete con música y convidados, con transportes de alegría y al mal hijo ni siquiera le recuerda sus extravíos, ni le deja confesar su culpa, porque ¡ay! lo tenía perdido y lo ha recuperado, lo creía muerto y está vivo, y con esto está satisfecho su corazón paternal. ¡Qué padre tan padre!... ¡Oh corazón de mi padre Cristo Jesús! Al contemplarte en este paso, ¡qué ganas no me dan de arrojarme a tus brazos aunque hijo pródigo, para gozar de tus paternales abrazos y sentir el calor y los latidos amorosos de tu adorable corazón!... Tan padre como tú nadie lo es ni lo puede ser, porque nadie nos ama, ni nos sufre, ni nos espera con tan subido amor... Dime, Corazón de Jesús, ¿qué sentiste cuando estabas abrazado con tu hijo pródigo, pecador? ¿Cómo no te dieron asco sus vestidos haraposos y mugrientos? ¿Cómo juntaste tu ropa a su ropa, tu corazón a su corazón, tus abrazos a sus abrazos, tu boca a su boca, tu adorable persona al más vil de los hombrecillos? ¿No recuerdas, sus extravíos, el agravio y la injuria que te hizo al dejar tu casa, al disipar todo tu patrimonio? Todo lo recuerda o mejor, todo lo ha olvidado mi corazón de padre, dice Jesús, *quia tam Pater nemo*, porque nadie tan buen padre como yo. Venid, pecadores y tristes y necesitados y atribulados, venid todos a mí, y os consolaré, os confortaré, os perdonaré, porque no hallaréis, ni hay, ni puede haber en todo el mundo otro padre mejor que yo... Vayamos, pecadores todos, con confianza y humildad y contrición, al corazón paternal de Jesús, fuente inagotable de dulzura, de clemencia y de amor. No importa hayamos sido grandes pecadores, peores que el hijo pródigo... Jesús es Padre,

es nuestro padre... Nadie tan padre nuestro como su corazón y esto basta: ¡oh qué padre tan padre! ¡padre mío de mi alma! yo también pequé delante del cielo y pequé contra ti. Perdóname... perdóname, que con tu gracia jamás ya me separaré de tu servicio y de tu amor.

Punto segundo. Pondera seriamente, alma mía, estas dos verdades, que te serán de gran consuelo y te alentarán a perseverar en el servicio y en la casa de tu Padre. La primera es que no puede acontecerte cosa alguna que no venga colada por las manos de este tu amorosísimo padre. Y que sin su permiso nadie te puede dañar, ni caer siquiera un cabello de tu cabeza... La segunda es que todas las cosas que te acontezcan, tanto prósperas como adversas, las ordena tu buen padre para tu bien temporal y eterno, y puede, y sabe, y quiere, porque es infinitamente bueno, sabio y poderoso, hacer que su voluntad se cumpla siempre y en todas las cosas... ¡Oh padre mío amorosísimo! ¡Con que ninguna pena, adversidad ni trabajo me pueden venir ni acontecer que no venga colada y registrada por tus manos! Todas las cosas que me vienen y acontecen por la mano de tan buen padre mío, me vienen todas, todas para mi bien y provecho... ¡Oh cuánto me animan estas verdades! Porque de una voluntad tan buena como la de Dios mi padre y que tanto me ama, bien cierto y seguro puedo y debo estar que no quiere para mí sino lo bueno y mejor, lo que más me conviene, aunque yo no lo comprenda bien.

Esta providencia tan paternal y tan particular que Dios tiene de mí, es una de las mayores riquezas y tesoros de que gozan los que aman y sirven por la fe a tan buen padre. Rodeado estoy, Jesús mío, como con escudo por todas partes de tu buena voluntad. ¿Qué tengo que temer? ¿Quién me podrá dañar? Como a la niña de tus ojos me tienes guardado, Jesús mío; en lo más secreto y amoroso de tu corazón me tienes escondido... ¡Qué verdad es esta tan rica, tan preciosa, tan estimable!

¡Qué corazón y amor de padre tienes tú, Señor mío Jesucristo, tan hermoso y bondadoso con todos tus siervos! Si te entregaste a ti mismo a la muerte por mí, ¿qué no harás por mí?, ¿qué no me darás? Si me has dado lo más, ¿cómo no me darás lo menos? Porque mi padre y mi madre me dejaron; mas por su cuenta el Señor me tomó. ¡Oh alma mía! ¡Cuándo acabarás de entender esta verdad tan fundamental y consoladora! ¡Oh cuán amparada y socorrida te sentirías en todas tus necesidades y trabajos!... Dime, alma desconfiada, con cuya desconfianza injurias sobremanera mi paternal corazón, te dice Jesús; si acá tuvieses un padre muy rico y poderoso y bondadoso y muy privado y favorecido del rey, ¿qué confiada y segura estarías en todos los negocios que se te ofreciesen que no te faltaría el valor y amparo de tu padre? ¿Pues con cuánta mayor razón ¡alma de poca fe! has tú de tener esta confianza y seguridad, considerando que me tienes por Padre a mí, en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, y que no te puede acontecer cosa alguna de la tierra sin que primero pase por mi mano?... Si esta manera de confiar tiene un hijo con su padre que le puede faltar, y con ella duerme seguro, ¿cuánto más la debes tener en mí, que soy más padre que todos los padres, y que en mi comparación no merecen los otros el nombre de padre? Porque no hay entraña de amor que se pueda comparar a los que yo tengo contigo, porque sobrepujan infinitamente todos los amores que pueden tener todos los padres de la tierra... De mí, tal padre y señor, ¿no puedes estar bien

confiada y segura que todo lo que te enviare será para tu mayor bien y provecho? Mira mi corazón alanceado por ti; mira mi sangre toda derramada por ti; mira mi vida toda dada por ti; mira mi cruz, mis espinas, mi Iglesia, mis sacramentos... ¿Puedes dudar de mi amor? ¿Qué más puedo hacer por ti para moverte con toda eficacia a la confianza en mi amor, providencia y protección tan paternal y particular que tengo de ti y de todas tus cosas? Haz lo que es en ti, y déjame tú a mí y no te inquietes por nada. Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama, y yo te amo en caridad perpetua... ¡Oh Padre mío y Dios mío! a vuestros paternales brazos me arrojo con toda confianza. Recibid en vuestra casa otra vez a este vuestro hijo pródigo que tanto os ha ofendido, y contadme a lo menos como uno de vuestros criados, pues no soy digno de ser llamado hijo vuestro, porque he pecado delante del cielo contra vos... Olvidad mis yerros pasados, que quiero siempre serviros y amaros y dar gusto a vuestro paternal corazón. Amén.

Afectos. Dios se ha encargado y tomado cuidado de mí y de todas mis cosas; no me faltará nada. Yo soy mendigo y pobre. Dios anda solícito y cuidadoso de mí. (*Psal. XXII et XXXIX*). Por estas verdades conozco, Dios mío, que hasta que ponga toda mi solicitud en vos, que tenéis cuidado de mí, nunca tendré paz ni verdadero reposo del corazón y siempre andaré turbado y desmayado. Hasta que me arroje y me ponga del todo en tus manos y me fíe de ti, sintiendo en mi corazón una muy familiar y filial confianza en ti, no viviré feliz. Quiero, Dios mío, hacer con vos aquel concierto admirable que hizo vuestra sierva santa Teresa de Jesús. Quiero olvidarme de mí y dejar mis trazas y cuidados para acordarme de vos y fiarme de vos solo. Haré lo que es en mí, cumpliendo mis deberes, y dejáreme a mí mismo y todas mis solicitudes en vos y no me inquietaré por nada. Quiero con vuestros hijos reposar en hermosísima paz y en los tabernáculos de la confianza, y en el descanso muy cumplido y abastado de todos los bienes (*Isa. XXXII*), y en paz juntamente dormir y descansar, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. (*Psal. IV*). No quiero sentir aquellos alborotos y congojas y desasosiegos que sienten los que miran las cosas y los sucesos con ojos de carne, sino antes estar con mucho gozo y alegría en todos los acontecimientos. Quiero abundar en esta confianza, porque con ella abundaré más en gozo y alegría espiritual, porque sé que cuanto más me fíe y ame, más quieto y seguro estaré de que todo lo convertiréis en mi bien y no puedo creer ni esperar menos de vuestra bondad y amor infinitos. Quiero cavar y ahondar bien, Jesús mío, en este amor, providencia y protección tan paternal y particular que tiene vuestro Corazón misericordiosísimo de mí y de todas mis cosas. Mis suertes están en vuestras manos, y vos estáis encargado de mí y tenéis de mí tanto cuidado como si no tuviérais otra criatura en el cielo y en la tierra que gobernar sino a mí solo. Tú tienes, Jesús mío, para mí entrañas tiernas y regaladas, más que de padre y más que de madre, pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber olvido de su hijo chiquito, y que no tenga corazón para apiadarse del que salió de sus entrañas, en ti, me dices, Señor, nunca jamás cabrá este olvido, porque en tus manos me tienes escrito, y tus manos están siempre delante de ti. (*Isa. XLIX*). Porque siempre me traes en las palmas y me tienes delante de tus ojos para ampararme y defenderme; porque mejor que la mujer que ha concebido y trae el niño en sus entrañas, y le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas, me traes tú en tus entrañas. No quiero, pues, tener zozobra ni perder mi quietud y sosiego por los diversos sucesos y acontecimientos de

la vida, porque sé que ninguna cosa me puede acontecer sin la voluntad de mi Padre celestial, y muy confiado estoy y satisfecho de tu grande amor y bondad, que todo será para mayor bien mío y todo lo que me quitaes por una parte me lo devolverás por otra en cosa que más valga. Solo te pido una cosa, Padre mío celestial, y es que siempre te sirva y te ame, y con esto haz de mí lo que quisieres, que está todo mi bien en contentarte. Amén.

Jaculatoria. Guárdame, Jesús mío, como a la niña de tus ojos en lo más recóndito de tu amoroso Corazón.

Obsequio. Servir al Señor con confianza y afecto filial como el mejor de los padres.

EJEMPLO

La vida de la gran sierva de Dios Hipólita Rocaberti, de la esclarecida Orden de Santo Domingo, está llena de maravillosas ilustraciones, con las cuales el Señor la hizo capaz del conocimiento de las cosas supremas. Un día, dedicado al Santísimo Sacramento, mientras con especial devoción asistía a la santa misa y meditaba el excesivo amor y caridad del Señor, fue arrebatada de improviso en espíritu. Parecíale ver al Salvador en la mesa acompañado de sus discípulos y que sacándose del pecho su Divino Corazón, lo reducía con sus benditas manos en forma de pan, y que después de bendecirlo lo distribuía no solo entre sus apóstoles, sino también daba a ella; la cual abismándose en su nada, así que hubo recibido el sagrado don se sintió de tal manera unida a su amado, que juzgaba haber perdido el propio ser por la dulce transformación de su espíritu con el cuerpo de Jesucristo. Probó mayormente los estupendos efectos de dicha transformación cuando poco después oyó del Salvador estas afectuosísimas palabras: *Ignem veni mittere in terram* - Fuego he venido a meter en la tierra; y en el mismo tiempo la hizo reclinar sobre su costado abierto señalándole el lugar y el modo con el cual pudiera fácilmente participar de las llamas santísimas de aquel amoroso fuego.

Oración final.

DIA DECIMOQUINTO

Se empieza con la oración para todos los días.

El Corazón de Jesús es corazón del buen pastor

Composición de lugar. Representate a Jesús rodeado de innumerables almas, que las regala y les dice: "Yo soy el buen Pastor".

Petición. Dame, Jesús mío, que siempre sea oveja dócil de tu manada, la más querida de tu corazón, y que siempre oiga tu voz.

Punto primero. "Yo soy el buen Pastor, dice Jesús, que da la vida por sus ovejas, que las lleva a los pastos de salud, que las protege, defiende y regala... Yo soy el buen Pastor, que entra por la puerta, y oyen las ovejas mi voz, y las llamo a cada una por su nombre y las llevo a pacer y voy delante de ellas y las ovejas me siguen porque conocen mi voz... Yo soy el buen Pastor, la puerta de las ovejas... Yo soy el buen Pastor, que viene para que tengan vida mis ovejas, y vida más abundante... Yo soy el buen Pastor, y

conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen... Yo soy el buen Pastor, que tengo otras ovejas que no son de este redil; y conviene traerlas, y oirán mi voz, y se hará un solo redil y un solo pastor". Con estas regaladísimas palabras parécenos ver al corazón de Cristo Jesús como se dilata y se recrea y se goza repitiendo que él es el buen Pastor. Así como no hay otro tan padre como Jesús, así tampoco hay ninguno tan buen Pastor. Vedle saltando los montes y traspasando los collados para hacer su oficio de pastor. Baja del cielo y se viste de pastor en el seno de una Virgen en Nazaret. Sale vestido de pastor, y ¡qué pastorcito tan agraciado! no han visto ni verán jamás las más lindas zagalas otro igual en los siglos... Sale vestido de pastorcito, y es presentado en el Templo, y marcado con la marca de sus ovejas, y huye a Egipto, y vuelve a su patria, y trabaja y anda y se ensaya en su oficio de pastor.

Deja las noventa y nueve ovejas en el aprisco y va en busca de la descarriada y al hallarla la lleva otra vez sobre sus hombros a su redil, lleno de gozo... Mírale cargado a este divino y gallardo pastor Jesús, lleno de gozo con la oveja descarriada, que se llama unas veces Samaritana, otras Zaqueo, o Magdalena, o Mateo, o mil otros... Contéplale llorando a tan Divino Pastor a la vista de las ovejas extraviadas de Jerusalén, porque rechazaban sus silbos amorosos, sus voces, sus amenazas... Mírale discurriendo sin descanso por todas las villas, ciudades y aldeas y montes de Judea, para recoger las ovejas perdidas... ¡Cómo trabaja todo el día y se fatiga, y la noche pasa en oración rogando al Padre para que envíe más pastores!... Pondera cómo clama al ver tantas gentes como ovejas sin pastor: *Misereor super turbas*: Tengo compasión de estas turbas, porque son a mis ojos como manadas de ovejas sin pastor... Contéplale, por fin, después de haber cumplido su misión divina sobre la tierra, cómo este pastor de las almas se sube a un árbol encumbrado, y allí extiende sus brazos, y deja abrir su pecho, del amor muy lastimado, y da su vida, y derrama toda su sangre, y se queda en alimento, y deja los pastos de salud en vida, doctrina y carne, todo para salud y vida, recreo y salvación de sus ovejas. ¡Oh buen Pastor, Cristo Jesús mío! ¡Oh! ¡nadie tan buen Pastor como Tú, mi Jesús! Tú solo, Jesús mío, eres el verdadero Pastor de las almas, que das la vida por tus ovejas... A ti solo siga mi alma, ame y adore con todo mi corazón. Amén.

Punto segundo. Entremos en el corazón amoroso de tan Divino Pastor, y midamos si es posible la profundidad, latitud y longitud, la extensión de la caridad que arde en su pecho para la salvación de sus ovejas, que son las almas. Aun en la cruz no se olvida de su oficio de buen Pastor, y olvida sus trabajos para introducir en su redil a la oveja descarriada del buen ladrón... Apenas muere se convierte el Centurión, y los soldados se dan golpes de pecho y confiesan que verdaderamente era Hijo de Dios... Contéplale en el cielo, y allí sentado a la diestra del Padre le verás cómo muestra sus llagas y pide por nuestro amor... Mírale en la Eucaristía de día y de noche ofreciéndose al Padre como víctima, a los hombres como alimento y consolador... Encerrado está en verdad y como muerto este Pastor en el Sagrario, pero tiene la lengua libre, y de continuo vocea a sus ovejas... ¿Qué son los remordimientos y los buenos pensamientos sino silbos de este amoroso Pastor?... Tiene las manos libres, y derrama sus tesoros de gracias. Tiene sobre todo su corazón libre y de continuo clama y bate las puertas de todos los corazones diciendo: Ábreme, hermana mía, ovejita mía... ¿No me conoces?, ¿no conoces mi voz?... Soy tu Jesús, a quien persigues, dice a los malos

como Saulo. Volved, prevaricadores, al corazón, dice a los pecadores. Dame, hija mía, tu corazón, dice a las almas perfectas. Y a todos: yo soy Jesús, el buen Pastor, que estoy a las puertas de vuestro corazón día y noche, y llamo... Abridme, porque el que me abra cenará conmigo en las praderas de eterna flor vestidas de la gloria, y no temerá al lobo infernal, ni podrán dañarle los pastos venenosos, ni temerá la muerte, porque yo seré su vida y su pasto, su gloria y su Pastor eterno.

¡Oh Corazón de Jesús! ¡Pastor y pasto, vida y dulzura de las almas! haz que siempre siga tu voz, y sea ovejita tuya la más regalada y más fiel en amarte y seguirte. Amén.

Afectos. ¡Oh buen Pastor mío Cristo Jesús! Yo sé que tú me amas, y que amas a todas tus ovejas, porque por todas y por cada una de ellas has dado la vida como buen Pastor; pero también sé que tienes tus ovejitas predilectas, y que éstas más cerca de Ti están, como Juan el discípulo amado y a éstas más regaladas y les das bocadillos más sabrosos, y las tratas con más fino amor... Yo quiero ser de tus ovejitas, Jesús mío; mas quiero ser de aquellas más allegadas a ti, que forman las delicias de tu corazón, que son las que más te aman y son amadas de Ti... Ya sé, oh buen Pastor, y lo reconozco y lloro, que yo he sido por algún tiempo oveja descarriada, que contristé tu buen corazón, que erré buscando pastos de salud en el vicio, y solo hallé veneno; pero el mal está hecho ya, y aquí me tienes deseosa de reparar el tiempo perdido probándote mejor mi amor... Acuérdate, Pastor mío, que me buscaste y te cansaste buscándome y por fin me hallaste y me volviste a ti... Acuérdate del gozo grande que yo di a tu corazón y al cielo cuando me convertí, porque oí y seguí tu voz... Por este gozo, Jesús mío, hazme la gracia de andar siempre cerca de ti, a tu lado, y de ser la más enamorada de tu corazón... Si yo no lo merezco, lo mereces tú, oh buen Pastor, para que brille más en mí tu misericordia, y este ejemplo mueva a otros corazones a amarte y servirte... Olvida lo pasado, oh tú, Pastor todo bondad, todo misericordia y no me dejes más en manos de mi propio consejo... Introdúceme y guárdame en tu corazón hasta verte en el reino de tu gloria. Amén.

Jaculatoria. Jesús, Pastor de las almas, multiplicad y enviadnos, sabios y santos sacerdotes.

Obsequio. Rogad todos los días a Jesús que envíe pastores según su corazón a su Iglesia.

EJEMPLO

La venerable sor Mariana, religiosa terciaria del padre san Francisco, empleándose con gran caridad por el amor de Jesús en servicio de los pobre enfermos de Toledo, vio un día aparecer a su amado Jesús muy fatigado, el rostro encendido, sudado copiosamente en forma de pastor, cargado con una oveja sobre sus espaldas y con un cayado en una mano cuyo remate era una cruz. Conmovida y humillada la venerable religiosa a la vista del amado de su alma, postrose a los pies del buen Pastor confesando ser ella aquella oveja descarriada, y la causa de sus trabajos y sudores al buscarla y cargarla sobre sus hombros con tanta solicitud, cuidado y amor. "Consuélate, hija mía, le respondió el amantísimo Jesús con dulzura, que tu buen Padre y Pastor ha salido en busca de ti, y hallándote te cuida con gran benevolencia. ¡Oh! ¡cuánto me afligen aquellas almas que, llamadas con silbos amorosos, con suaves inspiraciones y perseguidas por las tribulaciones, con todo no quieren rendirse a mi voz ni volver a mis brazos de Padre amorosísimo!" A tan justos lamentos, Mariana sentíase desfallecer, cuando el buen Pastor, viendo la aflicción de su predilecta, sentose a su lado y poniéndose la oveja sobre sus rodillas

empezó a contarle con cuánto gusto se había fatigado y padecido por la salud de las almas. Siete horas duró la visión, pareciéndole había transcurrido en un momento; encontrándola después otra religiosa compañera suya, postrada en el suelo y toda cubierta de sudor.

Oración final.

DIA DECIMOSEXTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en su entrada a Jerusalén

Composición de lugar. Contempla al buen Jesús aclamado por las turbas al entrar en Jerusalén sentado sobre un pollino.

Petición. Dame, Jesús mío, a conocer los sentimientos de tu humilde y manso Corazón en este paso.

Punto primero. "Cinco días antes de su Pasión quiso el Señor hacer su entrada triunfal en Jerusalén, y para que se cumpliesen las profecías, envió a dos discípulos a buscar un asno y un pollino, y poniendo sobre él los discípulos sus vestidos, le hicieron sentar en él". Mírale al manso y humilde rey Cristo Jesús sentado sobre el pollino, aderezado con las pobrecitas capas de sus discípulos, hollando la pompa mundana, camino de Jerusalén. Es rey de cielos y tierra; mas ¡qué pobreza, qué mansedumbre, qué humildad revela! ¡Cuán distinta de la fastuosa de los reyes del mundo! Mas contempla "cómo a deshora, por inspiración del cielo, le sale a recibir innumerable gente, y unos echan sus vestiduras al suelo, otros viene de Jerusalén con palmas en las manos en señal de victoria, y todos los discípulos y las turbas claman con gran gozo al descender del monte Olivete, y alaban a Dios diciendo a voces: ¡Hosanna, gloria al hijo de David, rey de Israel! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor; paz en el cielo y gloria a Dios en las alturas! ¡Hosanna, bendito el rey de Israel, que viene en nombre del Señor! Y toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste? y las gentes decían con gozo: Éste es Jesús, profeta de Nazaret". ¡Oh alma mía, corazón mío, lengua mía, manos mías! Acercaos y tomad también parte en este triunfo de nuestro rey Cristo Jesús, y con palmas en las manos y gozo profundo en el corazón clamad con todo fervor: ¡Bendito sea Dios, Jesús, rey de cielo y tierra, que vienes en el nombre del Señor! Hijo de Dios, toda criatura te adore, te ame, te sirva y te glorifique ahora y siempre. Amén.

Punto segundo. Mas entra, alma mía, en este paso en el Corazón Divino y olvida por unos momentos este ruido exterior... Contempla sus ojos piadosos y amorosos, y los verás arrasados en lágrimas... ¡Lloráis, Jesús mío! ¡Está triste, solo vuestro corazón en este paso glorioso, que es el objeto de estos triunfos y exclamaciones sin ejemplo! ¡Oh hija mía!, te dice Jesús, llora por Jerusalén ingrata, al verla dormida en el pecado, porque no conoce en este día las cosas que son para su paz y que ahora le están escondidas. "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados de Dios, ¿cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo

sus alas, y no quisiste? He ahí que se dejará desierta vuestra casa, ni quedará piedra sobre piedra". Jerusalén símbolo del alma ingrata, es la que arranca de mi Corazón estos suspiros, estas quejas, estas lágrimas. Tú ya sabes, hija mía, que para el corazón que ama ningún sacrificio le es penoso, ningún trabajo le es costoso, porque el amor hace ligero el trabajo, endulza el sacrificio, hace amable y deseable el dolor. Mas ¡ay! si todos estos sacrificios tan costosos han de ser para mayor castigo de quien se ama y por quien se hacen, entonces ¡oh! es incalculable el dolor que siente el corazón generoso. Por eso llora mi corazón en este paso, hija mía, porque prevé que todos los sacrificios de mi vida, pasión y muerte habían de ser inútiles para Jerusalén ingrata y que solo habían de aprovecharle para su mayor condenación. Pondera, pues, cuánto había de sufrir mi corazón en este paso, y por ello, olvidado de la pompa y alborozo exterior de mis discípulos y de aquel pueblo y aquellas tropas de niños que me alaban, solo me acuerdo de llorar sobre las desgracias de aquella ciudad deicida e ingrata, que dentro de cinco días había de clamar: ¡Crucifícale!, ¡no queremos que reine Jesús sobre nosotros; no queremos a Jesús, sino a Barrabás!... ¡Caiga su sangre inocente y divina sobre nosotros y sobre nuestros hijos!... ¿Has formado coro tú alguna vez, hija mía, con los pérfidos e ingratos judíos? Pues entonces tú también arrancaste lágrimas a mis ojos, gemidos de pena a mi bondadoso corazón. Sobre ti lloré, sobre tus desgracias, sobre tu pérfida conducta, alma ingrata. No renueves estas lágrimas, ni estos gemidos de dolor a mi corazón, que solo sabe amar, hacer bien y perdonar... Acógete a tu clemencia antes que te sorprenda la muerte, y vive en él amando, adorando y desagráviando, a tu más insigne Bienhechor. ¡Oh corazón de Cristo Jesús! perdona a este tu hijo pródigo, admíteme otra vez a tu amistad y compañía, que ya te prometo con la ayuda de tu gracia primero morir que volver a pecar. Amén.

Afectos. Bendito seas, Jesús mío, bienvenido a la casa de mi alma, a la pobre habitación de mi corazón. ¡Cuán bueno es tu corazón, Jesús mío, cuán bueno es! ¿Cómo te olvidas, Señor, que él ha sido cueva de ladrones y albergue de Satanás?, ¿tan pronto, Señor, te olvidas que has sido pérfido y desleal contigo, ingrato y traidor? ¡Tú a mí, Señor! ¡Tú a la pobre casa de mi alma! ¿Qué dirán las gentes que sepan mi conducta pasada, y vuestro rico proceder presente? ¿Por ventura vuestros dones de amistad y gracia no sufrirán menosprecio al verlos empleados en quien tanta prisa se ha dado en ofenderos? ¡Oh Jesús, rey de mi corazón, de mis afectos y de mi alma! quisiera decirlo con san Pedro al veros dentro de la pobrecita y ruin casa de mi alma: Apartaos de mí, Señor, que soy un gran pecador. Pero si vos os apartaseis de mí ¿dónde y a quién iré, si no es para perderme como me ha acontecido hasta hoy? ¡Oh Corazón de Jesús mío! Tú solo tienes palabras de vida eterna. Tú solo puedes labrar la felicidad de mi corazón. Tú solo, tus benditas manos, me hicieron y formaron: aquí, pues, han de darme lo que me falta para ser santo y feliz; aquí me han de quitar lo que me sobra de imperfecciones y miserias. Y pues tú eres rico con todas las riquezas de Dios, y sé que me amas, corazón de Cristo Jesús mío, esto me basta, y en ti confío que siempre te seré fiel y cantaré tus misericordias eternamente. Amén.

Jaculatoria. Corazón amabilísimo de Jesús, o amarte o morir.

Obsequio. Repetir muchas veces para consolar al Corazón de Cristo: Yo os adoro, Jesús mío, por los que no os adoran; yo os amo por los que no os aman; yo os alabo, honro y glorifico por todos los que os agravian.

EJEMPLO

Nuestro Señor Jesucristo profesa un amor especial de predilección a aquellas almas que más se distinguen en el padecer y en el amor y celo de la gloria de Dios. Entre los que más sobresalen de este dichosísimo número es la Seráfica Doctora santa Teresa de Jesús. No hay sino leer sus admirables escritos para convencerse de esta verdad. "Oh Señor mío, dice la santa, ¿qué puedo yo hacer por vos? Decid, dulce amor, decid, que a todo diré que sí. ¡Oh que tarde se han conocido mis deseos! Mil muertes pasaría yo muy de buena gana por salvar una sola de las muchas almas que se pierden. ¡Oh, vida larga, vida penosa, vida que no se vive, oh que sola soledad!, ¡qué sin remedio! Pues, ¿cuándo, Señor, cuándo?, ¿hasta cuándo?, ¿qué hacer, bien mío? por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi criador! que llagáis y no ponéis la medicina, herís y no se ve la llaga; matáis dejando con más vida; en fin hacéis lo que queréis como poderoso. ¿Y queréis vos sufra estas contrariedades? Sea, así, Señor, o padecer o morir, que no os pido otra cosa para mí". Así exclamaba el Serafín del Carmelo abrasada en amor grande de Dios. Acaeció una vez que fue a visitar a la santa un padre descalzo de la orden de san Francisco, recién llegado de las Indias. Contóle la infinita muchedumbre de almas que en aquellas tierras se perdían; y con estas noticias de tal manera la hirió en lo vivo y traspasó su corazón, que no parecía sino que en él le había hincado una saeta, que no la dejaba sosegar ni caber en sí; por lo que se fue a una ermita, y llena de lágrimas y suspiros, clamaba al Soberano Criador de las almas, a quien tanto le habían ofendido, que viese algún medio que pudiese hacer algo y fuese de algún provecho para ganar almas para él. Esto suplicaba con grandes instancias, hasta que una noche tuvo una visión en la que vio a Nuestro Señor Jesucristo que, consolándola, le dijo: "Espera, hija, y verás grandes cosas". Por lo cual quedó la santa muy consolada y animada, con deseos grandes de padecer por Dios.

Oración final.

DIA DECIMOSEPTIMO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la última cena.

Composición de lugar. Contempla al Corazón de Jesús en este paso, prodigando, derramando y agotando las riquezas de su infinito amor.

Petición. Jesús mío, dame los sentimientos de tu amor.

Punto primero. Manda Jesús a sus discípulos que le busquen un lugar grande y bien aderezado, para celebrar en Jerusalén la Pascua. Mira a tu Jesús, alma mía, que tiene en sus manos todo el poder del Padre; mírale como se levanta de la Cena cuando todos los apóstoles estaban sentados, y se quita sus las vestiduras de encima, y toma un lienzo y se ciñe con él, y echa agua en una vasija, y comienza a lavar los pies de sus discípulos y a limpiarlos con el lienzo que llevaba ceñido. Vencida la resistencia humilde de Pedro, y lavados todos los discípulos, incluso Judas, tomadas sus vestiduras otra vez, y sentado a la mesa Jesús, díjoles: "Yo, vuestro maestro, os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis lo que yo he hecho". Descubierta su dolor por la traición de

Judas, y manifestándosele al traidor y a su discípulo amado san Juan, que estaba recostado sobre su pecho, díjoles Jesús: "Con gran deseo he deseado comer este cordero pascual, antes que padezca". Y cuando estaba cenando tomó el pan, dio gracias y lo bendijo, y lo partió y dio a sus discípulos, y dijo: "Tomad y comed: este es mi cuerpo". Y tomando el cáliz dio gracias y se lo dio a ellos, diciendo: "Bebed de esto todos, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos, en remisión de los pecados". Y todos bebieron, y les dijo: "Cuántas veces estas cosas hicieréis, hacedlas en mi memoria". ¡Qué ejemplos tan estupendos de humildad! ¡Qué palabras tan regaladas de amistad! ¡Qué finezas nunca oídas de caridad! ¡Qué exceso del divino amor! ¡Qué milagro máximo entre todos los milagros hechos por Dios! ¡Qué padre tan amoroso! ¡Qué pastor tan solícito! ¡Qué Corazón de Jesús tan dadivoso! ¡Qué Dios tan casero! Medita... adora... da gracias... ama... admira...

Punto segundo. Pondera aquí el exceso de amor de Jesús... No se contenta con habernos dado todos sus dones, su ejemplo, su doctrina, si no se daba a sí mismo. Y esto es lo que hizo en esta noche última, la más memorable de su vida, cuando los hombres precisamente meditaban cómo darle muerte la más ignominiosa, y sacarlo de este mundo. Contempla al amantísimo Jesús cuando tenía el pan y el vino consagrados a sus manos... más aún, cuando se comulgaba con ellos... penetra en los secretos inmensos de su corazón... ¡Qué gozo al poder darse de esta suerte todo a sus amados hijos! ¡Qué deliquios de amor al ser el primer comulgante y recibirse sacramentado en su pecho! ¡Qué satisfacción tan purísima y completa al considerar que así estaría siempre y en todas partes con sus amados y amantes hijos hasta la consumación de los siglos, y juntaría su corazón con sus corazones, sus labios con sus labios, su alma con su alma con la unión más íntima en lo criado!... Preveía en verdad los sacrilegios, injurias, agravios y profanaciones que recibiría su amoroso corazón en este sacramento de amor; más no importa; todas las aguas de la contradicción, y malicia, y perversidad e ingratitud humanas no pudieron apagar los incendios infinitos de su corazón Divino, Y, rotas las venas de su corazón de Padre, quiere que corran de continuo sobre sus escogidos, embriagándolos con el vino de su caridad, convertido en su preciosa sangre para probar al hombre su amor, y consolarle y esforzarle en este destierro penoso, y darle la prueba más evidente de las riquezas insondables de su corazón amoroso. Ahí está Jesús en la hostia y en el cáliz. Sí, ahí está todo mi Jesús: su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, sus méritos infinitos. Sí, ahí está mi Jesús, vivo, real, personal, tan grande y tan amoroso como está en los cielos, como estuvo en este mundo derramando sus tesoros y sus gracias al pasar por él, haciendo bien a todos. ¡Oh mi Corazón de Jesús! ¡Quién no te amará! ¡Quién no deseará juntar su corazón a tu Corazón Divino, recibéndote con amor en el sacramento del altar!

Afectos. ¡Jesús mío! ¡Qué es lo que veo! ¡vos, majestad infinita, esplendor de la gloria eterna, a los pies de doce pescadores, del traidor Judas, lavándoles los pies! y yo tan vil y pecador, orgulloso y presumido, no quiero humillarme para servir a mis prójimos! ¡Qué veo, Señor! Veo al discípulo amado recostado sobre vuestro pecho... ¡Qué envidia me da! ¡Quién pudiera tener tal dicha, o ser a lo menos el discípulo más amado de vuestro corazón! Mas ¡ay de mí, pecador! ¡Juan era virgen, era puro, era inocente, y yo soy pecador, ruin, un piélagos de iniquidad!... Perdonadme, lavadme con vuestra

sangre preciosa, oh corazón de mi Jesús, y quedarte más blanco que la nieve. ¡Qué oigo, señor mío Jesucristo! ¡Tomad y comed; este es mi cuerpo! ¡Tomad y bebed; esta es mi sangre! ¿Pero oigo bien, Señor? ¿No me engañan los sentidos?... Esta voz es verdaderamente la voz del amado Jacob. ¿Este pan y este vino son realmente el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios hecho hombre? Sí, alma mía, debes creerlo, Jesús lo dice, creador de cielo y tierra y esto basta... Si pudo Jesucristo crear las cosas de la nada, y nosotros transformarnos en nuestra substancia el alimento que tomamos, ¿cuánto más puede transubstanciar el pan y el vino la palabra omnipotente del hijo de Dios? ¡Oh, Dios mío! ¡No quiero razones en el misterio de vuestro amor!... Bástame saber que vos lo habéis querido así para que yo lo crea. Creo, Señor; aumentad mi fe. Espero, Señor; aumentad mi esperanza. Os amo, Señor; aumentad mi amor hasta que os ame acá cuanto pueda y si fuese posible, como vos mismo os amáis, para ensayarme en el amor del cielo donde vos siempre me amareis y yo siempre os amaré y os daré gracias por toda la eternidad. Amén.

Jaculatoria. Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Obsequio. Comulgaré lo más a menudo que pueda, y renovaré la comunión espiritual.

EJEMPLO

Una de las mayores tribulaciones con las cuales fue probado san Pedro Mártir, la pasó en el convento de la ciudad de Como. Orando una tarde el santo mártir en su celda, apareciéndose tres santas vírgenes del cielo: Inés, Catalina y Cecilia, las cuales pusieron a conversar con él de cosas santísimas. Oyendo algunos frailes la voz de mujeres en la estancia de Pedro, le acusaron en pleno capítulo delante del prior de haber permitido la entrada a mujeres en el dormitorio, contra los institutos de su religión. El santo, que por humildad no quiso manifestar que aquellas voces eran santas del cielo, nada respondió a las acusaciones que se le hacían, sino que arrodillándose en medio, pidió perdón diciendo haber pecado. El prior imputó la falta más bien a simplicidad que a malicia; pero para ejemplo de los otros no quiso dejar pasar sin castigo esta transgresión; por lo que, en penitencia, lo mandó al convento de Jesi, y en ese lugar, hallándose una noche en oración vino a la mente la confusión y el destierro que sin culpa estaba padeciendo, y sobrecogido de natural debilidad, empezó a quejarse delante de un crucifijo en estos términos: "Señor, tú sabes soy inocente de todo cuanto me han acusado, y que jamás mi alma por tu gracia ha maquinado inmundos pensamientos. ¿Por qué, pues, has permitido quedase este tu siervo de tal manera infamado y castigado?" Entonces, Jesús desde la imagen respondióle: " Y Yo, Pedro, ¿qué males cometí que mereciese con tantos oprobios y contumelias ser condenado a muerte? Todo lo sufrí por tu amor; aprende; pues, de mí a soportar toda adversidad con amor y paciencia".

Oración final.

DIA DECIMOCTAVO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en el último sermón después de la cena

Composición de lugar. Pide permiso a Jesús para asociarte a sus Apóstoles y oír su último sermón.

Petición. Dame a sentir tus últimos latidos, los más amorosos, oh Corazón de Jesús, para inflamarme en tu amor.

Punto primero. Considera al buen Jesús en el sermón último de despedida, haciendo los oficios de maestro sapientísimo, de consolador piísimo, de abogado perfectísimo, de padre amorosísimo... "Hijitos míos, les dice, aún estoy con vosotros un poco... donde yo voy, vosotros no podéis venir ahora... Voy a aparejaros el lugar... No se turbe vuestro corazón... Creed y confiad en Dios y en mí... No os dejaré huérfanos... Yo volveré a vosotros... En el mundo tendréis apretura; mas tened confianza, que yo vencí al mundo... Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció a mí, y no puede ser el siervo más privilegiado que su señor, ni el discípulo más que su maestro. Sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creísteis en mí, que salí de Dios". ¡Oh que padre tan padre, alma mía, es tu buen Jesús! ¡Qué amigo tan fiel! ¡Qué consolador tan eficaz! ¡Qué maestro tan sabio! ¡Qué Dios!... ¡Oh Padre mío amantísimo! No quiero otro consuelo, ni saber otra cosa en este mundo, sino saber que tu corazón me ama, porque si me amas nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar a tus hijos... Ámete, pues, como tú me amas, corazón adorable de mi Jesús, y aunque lluevan trabajos y contradicciones, no podrán apagar el fuego de tu divino amor... Ámete, oh Dios de mi corazón y corazón de mi Dios, siempre y en todas las cosas con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente, con todas mis fuerzas y haz de mí tu siervo, tu hijo, tu amado, lo que quisieres... Dame tu amor y solo esto me basta, porque solo Dios basta a mi corazón, que lo criaste expresamente para amarte. Ámete yo siempre y sobre todas las cosas, oh corazón de mi Jesús, y haz de mí lo que quisieres.

Punto segundo. Oigamos otra vez los latidos amorosos del corazón adorable de Jesús."Hijitos míos, prosigue, como el Padre me amó, así yo os he amado: permaneced en mi amor... Si me amáis guardad mis mandamientos... Un nuevo mandamiento os doy y es que os améis unos a otros como yo os he amado... Éste es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os amé... Estas cosas os mando, que os améis unos a otros; con esto conocerán si sois mis discípulos, si tuviereis amor unos con otros... El que guarda mis mandamientos, ése es el que me ama, y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré a mí mismo... Si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amaré, y ambos vendremos a él, y haremos morada en él... Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Cualquier cosa que pidieréis al Padre en mi nombre él os la dará; y cualquier cosa que me pidieréis a mí, en mi nombre, también la haré. Todo lo que quisieréis pediréis, y dárseos ha. Tened fe en Dios, pues todo lo que pidieréis con esta fe, lo recibiréis. Yo os dejo mi paz. Yo os doy mi paz. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y le echarán al fuego y arderá. En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos. Vosotros sois mis discípulos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas a vosotros os llamaré amigos, porque os he manifestado cuanto sé de mi Padre. No me escogisteis vosotros, sino yo a vosotros; y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto

permanezca, a fin de que mi Padre os conceda todo lo que le pidieréis en mi nombre. Como mi Padre me ha amado, así yo os he amado: permaneced en mi amor". ¡Qué palabras de corazón de padre, de amigo, de esposo, de Dios!... Meditémoslas en silencio, y amemos, adoremos y sirvamos a tan divino amador.

Afectos. ¡Oh Jesús mío! No puedo repetiros más divinos afectos y súplicas a las puertas de vuestro adorable corazón, que los mismos que vos manifestasteis a vuestro Padre celestial en este paso. Dame permiso para que yo los repita con todo respeto y amor, con el mismo regalo, afecto y sentimiento que vos, y alcanzadme hoy por vuestras misericordias cuanto por mí entonces pedisteis. Amén.

"Padre, llegada es la hora; clarifica a tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique a Ti... Esta es la vida eterna, que te conozcan por el solo verdadero Dios y a quien enviaste, Jesucristo... Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste... Clarifícame, pues, oh Padre, cerca de ti mismo, con la claridad que tuve cerca de ti, antes que el mundo se hiciese. No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos... Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda éstos que me diste, para que sean una sola cosa, como yo y tú lo somos... el mundo los aborrece, porque no son del mundo... no te ruego que los saques del mundo, sino que los libres de mal... Santifícalos en verdad, tu palabra es la verdad... Así como tú me enviaste al mundo, yo los envío también al mundo, yo me santifico a mí mismo por ellos, para que ellos queden santificados en verdad... No ruego solamente por éstos, sino por todos los que han de creer en mí por medio de su palabra, para que todos sean una misma cosa; y como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que tú me enviaste... yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me enviaste; y que los has amado, como me amaste a mí. Padre, quiero para los que me diste, que a donde yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste. Padre justo, el mundo no te ha conocido, y estos han conocido que tú me enviaste; y yo les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo también en ellos". Amén.

Jaculatoria. Quisiera amaros, si fuera posible, como vos mismo os amáis, Dios mío: aumentad mi amor.

Obsequio. Repetiré nueve veces la petición del Pater noster: Santificado sea el tu nombre.

EJEMPLO

Para mejor entender por qué pasos fue subiendo la esposa privilegiada del Señor, santa Teresa de Jesús, hasta hacerse digna de tantas mercedes como recibió del amado de su alma, es menester saber la oración en que de ordinario se ejercitaba, la cual consistía en ponerse delante de Cristo, representándole junto a sí dentro de su alma. A veces discurría lo que este Señor había padecido por ella, y el amor con que había padecido le hacía derramar abundantes lágrimas: de aquí le nacía gran compasión y sentimiento de los trabajos de Cristo. Duró el discurrir y meditar poco tiempo, y así se acostumbró a otro modo de oración más alto y provechoso: procuraba traer presente dentro de su alma a Cristo Jesús, y acostumbraba a enamorarse mucho de su sagrada humanidad.

Una vez aparecióse Cristo Señor nuestro atado a la columna, y debajo del codo, desgarrado, un pedazo de su carne sacratísima, mirando a la santa: con la compasión que le causó se turbó toda y fue luego tocada y herida interiormente con un rayo de luz y de amor tan fuerte, que con solo considerar cuán mal había agradecido aquella llaga, le parecía que con un extraño dolor se le partía el corazón.

Crecía en su hermosa alma un fuego y continuo deseo de Dios, con el cual arrojaba muchas saetas de amor a su esposo, y éranle por el mismo Señor devueltas más y más inflamadas del sacro amor. Por este camino llevó el Señor a su sierva, siendo esta una manera excelente de aprovechar, pues como dice la misma santa: quien trabajare en traer consigo la preciosa compañía de Jesucristo, será cierto su aprovechamiento así en la oración como en las virtudes.

Oración final.

DIA DECIMONOVENO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en Getsemaní

Composición de lugar. Contempla al Corazón de Jesús solo, agonizando por tu amor en el huerto de Getsemaní.

Petición. Dame a conocer, oh corazón de Cristo, la grandeza de tu amor, y la profundidad de tu dolor en este paso.

Punto primero. "Después del sermón Jesús salió de Jerusalén, e iba según la costumbre al monte de los Olivos pasado el torrente de Cedrón, a donde había un huerto, Getsemaní, y entró en él Jesús y sus discípulos. Judas sabía este lugar, porque con frecuencia Jesús iba allá con sus discípulos. Al llegar allí, Jesús les dijo: Sentaos aquí mientras yo voy allí a orar. - Y tomó a Pedro, Juan y Santiago y empezó a atemorizarse y tener tristeza, pavor y tedio. Y les dice: Mi alma está llena de una tristeza mortal. Teneos aquí y vigilad conmigo. Orad, para que no entréis en la tentación. - Y se apartó Jesús de ellos como de un tiro de piedra, y arrodillado oraba... Cayó sobre la tierra, sobre su rostro orando, para que si pudiese ser pasase esta hora de él. Y dijo así: Padre, Padre, todas las cosas te son posibles; traspasa este cáliz de mí... Padre mío, si es posible, traspasa este cáliz de mí... Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz: mas no lo que yo quiero, sino lo que tú. Mas no como yo quiero, sino como tú. Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. - Jesús va a sus discípulos, y los encuentra dormidos, y dice a Pedro: Simón, ¿duermes?, ¿aún no has podido velar una hora conmigo? Vigila y orad, para no caer en la tentación, porque el espíritu está pronto, mas la carne es flaca. - Vuelve Jesús otra vez y ora diciendo: Padre mío, si no puede este cáliz pasar sin que yo le beba, hágase tu voluntad. - Y volvió de nuevo y los halló dormidos, y dejándolos volvió otra vez, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras" Estas idas y venidas de Jesús, alma mía, en este paso, te demuestran mejor que todos los discursos, la acerbidad del dolor de su corazón. Aprende del corazón de Cristo a orar con constancia, a orar con reverencia, a orar con fervor, repitiendo la misma plegaria en tus trabajos: Padre, Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya: no lo que yo

quiero, sino lo que quieres y como lo quieres, porque, como Padre mío que me amas, sabes lo que más conviene a mi corazón. Esta será siempre mi súplica, la súplica única de mi corazón porque tú me la enseñaste, y fue la de tu Corazón Divino toda tu vida, y más en este paso solemne: Padre mío, Padre mío, enséñame a hacer tu voluntad, para agradarte siempre y en todas las cosas, y ser feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Punto segundo. "Jesús, puesto en agonía, oraba con más prolijidad, y comenzó a sudar gotas de sangre, que corrían por todo su cuerpo sacratísimo hilo a hilo hasta caer en tierra". ¡Oh corazón de mi amado Jesús! ¿Qué es lo que veo? Después de la tristeza, pavor, tedio de vuestra alma, ¿sudáis ahora gotas de sangre? ¿Qué tempestades pasa en este momento vuestro Sagrado Corazón, bien mío?... Decídmelo por si acaso puedo calmar vuestro dolor. Estáis solo, Jesús mío, tristísimo, afligidísimo, desconsoladísimo; ¿admitiréis, mi ruin compañía? Dadme permiso, Señor mío Jesucristo, amado de mi alma, para acompañaros, porque aunque ruin, siempre os será compañía, y compasión habré de vuestra pena, agonía y dolor. Yo no veo verdugos que os azoten, ni soldados que os coronen de espinas, ni clavos ni lanzas que traspasen vuestras carnes; pues ¿cómo es este sudor, mi Señor Jesucristo?... - ¡Oh hija mía de mi corazón! alma cristiana, que te asocias a mi dolor en este paso, sábetete que tus pecados y los de todo el mundo que tengo presentes todos, todos son los que punzan mi amantísimo corazón, porque he salido fiador por todos ellos, para que sean borrados y perdonados. La traición de Judas, la negación de Pedro, la reprobación de mi pueblo escogido, la condenación eterna de tantas almas a pesar de mi pasión, y sobre todo el olvido y desagradecimiento de tantas almas que no habían de reconocer ni querer aprovecharse de este beneficio de tan costoso remedio, éstas son las fuentes principales de mi tristeza de mi agonía, de mi sudor de sangre.

Se puede evitar, hija mía, con tus oraciones, con tus enseñanzas, con tus buenos ejemplos y sacrificios, estos pecados, si logras convertir, santificar algunas almas, aliviarás mis dolores, consolarás mi corazón, y le confortarás mejor que el ángel en este paso de dolor. Trabaja con todo ahínco según tus fuerzas en conocerme y amarme con todo tu corazón, en evitar pecados tú y cuantas almas puedas: procura hacerme conocer y amar y desagrar y quedará consolado mi corazón que tanto te ama, como lo muestra derramando su sangre y que tan poco amado, tan mal correspondido se ha visto y se ve de todos los hombres.

Afectos. Contempla, alma mía, el rostro de tu amado Jesús en este paso... Aquella frente serena que esclarece la lumbre del cielo... aquella cara tan reverenciada de los ángeles, ¡cuán demudada está!... ¡goteada y cubierta toda de sudor de sangre!... aquellos ojos tan hermosos y piadosos, ¡cuán desfigurados!... Mira a Jesús, alma mía, en este paso y tórnale a mirar... mirarte a él con unos ojos tan hermosos y piadosos, que al cruzarse su mirada con la tuya te hará mucho bien... Dile: ¿Qué puedo hacer para consolaros, Salvador mío? ¿Qué debo hacer?... ¡Estáis solo!... ¿admitiréis mi ruin compañía?... Sí, la admitirá Jesús, hija mía, si procuras secar las fuentes de su tribulación y de su dolor. Tus pecados y los de todo el mundo... el olvido y desagradecimiento de tantas almas, que no habían de reconocer este beneficio, ni querer aprovecharse de tan costoso remedio: he ahí las causas de la agonía de Jesús...

¿Puedes tú hacer conocer y amar a Jesús, salvar muchas almas? Pues con esto complacerás y consolarás a su Divino Corazón.

¡Oh Jesús mío! quiero de veras enjugar vuestro sudor, aliviar vuestros dolores, trabajando con mis oraciones y buen ejemplo en la salvación y santificación de las almas... No quiero que vuestra sangre caiga en el suelo; caiga mejor en la tierra de nuestros corazones, para con ella ablandar su dureza y convertirlos a vos. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

Obsequio. Todas las noches al acostarme, antes de dormir, acompañaré unos momentos a Jesús agonizante, rogando por los agonizantes.

EJEMPLO

Santa Lutgarda, que desde niña había abrazado el instituto religioso de las Benedictinas, hallose al principio fuertemente tentada de volverse al siglo. Pronto, sin embargo, le vino ayuda del cielo: apareciósele el Redentor, y mostrándole su costado abierto le dijo: "Rechaza con horror los llamamientos del mundo, y pospón a mí tu enemigo. Fija los ojos en este corazón mío, y aprenderás lo que debes amar y lo que te ha de hacer eternamente feliz. Aquí están las verdaderas delicias y las consolaciones sempiternas". Recobrando ánimo a estas voces divinas, estuvo siempre firme en su vocación, llegando a ser tan amante de Jesús Crucificado que quedaba extasiada con solo mirar su imagen y contemplaba con tal afecto la pasión del Salvador, que llegaba hasta derramar lágrimas de sangre.

Oración final.

DIA VIGESIMO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús al ser entregado por Judas, preso y atado

Composición de lugar. Mira a Jesús besado por el traidor Judas y atado como un facineroso.

Petición. Jesús mío, dame a conocer los sentimientos de tu corazón adorable en este paso.

Punto primero. "Judas, que sabía el lugar de la oración de Jesús, habiendo tomado una gavilla de soldados y ministros de los pontífices y fariseos, vino allí con linternas y hachas y armas. Entonces va Jesús a sus discípulos y los halla dormidos, y les dice: Dormid ya y descansad: he ahí que ha llegado ya la hora, y el hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos: he ahí que ya está cerca el que me entrega. Aún estaba hablando Jesús, y he ahí que Judas, uno de los doce *apóstoles*, llega con la gente armada, él ante todos, y se acerca a Jesús para besarle, porque el traidor les había dado por señal: aquel a quien yo besare, aquel es, atadle, y

con cautela conducidle. Y al instante acercándose a Jesús, le dijo: ave, maestro. Y le besó. Y díjole Jesús: amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?" Admira, alma mía, en este paso la mansedumbre y humildad del corazón de Cristo Jesús. ¡Dejarse besar por una boca condenada! ¡Por una boca pérfida y traidora! ¡Qué sentiría el corazón de Cristo y el corazón de Judas en este paso, al ponerse se casi en contacto! ¡Oh! el Corazón de Jesús de sobra nos lo muestra al llamarle amigo, al llamarle por su propio nombre, al echarle en cara su pérfida inconstancia valiéndose de una señal de paz, de amor, de cariño, de amistad, todo por ver si le convertía. Mas ¡ay! obstinado en el pecado estaba el corazón de Judas; por esto como el fango y el cieno, acercándose al calor aun se endureció más. ¡Oh corazón amantísimo y tiernísimo de mi adorado Jesús! ¡Cuánto tuviste que sufrir en este paso! ¡Cuánta repugnancia hubiste de vencer, al dejarte besar por un discípulo traidor, agente de Satanás y de sus ministros! Mas ¡ay! Tú habías dicho: "Hágase, Padre mío, como tú quieres", y se había de cumplir su decreto, y tú te resignas a todo sufrimiento para seguir su voluntad. Dame gracia eficaz, Corazón dulcísimo de Jesús, para vencer mis repugnancias y amar a mis enemigos de todo corazón a tu ejemplo y por tu amor, para salvarme contigo eternamente. Amén.

Punto segundo. Admira aquí, alma mía, el amor solícito del Corazón de Jesús. Para dar una prueba de que iba a ser entregado en manos de los pecadores porque quiso, díceles a aquella falange de malvados: "¿A quién buscáis? - A Jesús Nazareno, dijeron. - Yo soy, les respondió Jesús, y al decirles. yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra. Preguntoles otra vez Jesús: ¿A quién buscáis? - A Jesús Nazareno, dijeron. - Ya os he dicho, repuso Jesús, que yo soy. Si me buscáis a mí, dejad ir a mis discípulos: para que se cumpliese la palabra: de los que me diste, ninguno perdí. Después de curar la oreja a Malco, cortada por san Pedro, díjoles: Habéis salido como a un ladrón con espadas y palos, cuando todos los días, estando con vosotros en el templo, no me prendisteis: mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas... Entonces se acercaron y pusieron las manos en Jesús, y le prendieron y lo ataron. Entonces los discípulos de Jesús, abandonándole, todos huyeron".

Pondera aquí, si una palabra de Cristo, que iba a ser juzgado como malhechor, así desconcierta y derriba a los armados malvados, ¿qué hará cuando venga como juez? Si contra mí es el enojo, dice Jesús, dejad en paz y en nada molestéis a mis discípulos. Aprended mi amor a los enemigos en la curación de Malco, y sabed que nada podríais contra mí, desarmado y desvalido, a pesar de vuestra fuerza si no fuese ya venida vuestra hora y el poder de las tinieblas. Por eso os doy permiso: venid, acercaos, atadme, prendedme; no haré resistencia, porque esta es vuestra hora.

¡Oh Jesús mío! León de Judá, preso en esta hora, como mansísimo Cordero de Dios, para ser desollado vivo por amor de los hombres, para satisfacción de nuestros pecados; ¿quién podrá medir lo que vuestro corazón y vuestro cuerpo han de sufrir hasta que entreguéis vuestro espíritu al Padre en el infame madero de la cruz...

¡Oh alma mía! contempla a tu Jesús desarmado en manos de los pecadores, siendo su hora y el poder de las tinieblas. Tres cosas aumentan el furor, rabia, crueldad y sed de venganza de los enemigos irreconocibles de Cristo Jesús: la mansedumbre de Jesús, la

hora de sus enemigos, la potestad del infierno. Dioles el Eterno Padre permiso más amplio para dañarle, que a Job, pues no solo como a este, figura tan solo de Cristo, le hirieron de los pies a la cabeza todo una llaga y lo dejan solo, sino que no paran de atormentarle hasta darle la muerte más afrentosa y más cruel, la muerte de la Cruz.

¡Oh Cristo mío, vendido, traicionado, atado y maltratado por mi amor! átame a tu servicio y a tu corazón con los cordeles del amor, más fuerte que la muerte, para que padeciendo contigo unos momentos en esta vida, reine después contigo en la eterna gloria. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús mío! Judas os vendió, y el judío os compró, mas yo os he adquirido sin ningún precio. ¡Oh!, ¡cuánto me gozo, Señor, en este paso! porque he salido el único ganancioso con este convenio, infame por la perversidad y crueldad de vuestros enemigos, pero dulcísimo por el fruto que da... Quisiera deciros al veros solo y abandonado en manos de vuestros enemigos: Yo no os dejaré, Jesús de mi alma, aunque haya de morir con vos; mas recordando la negación de Pedro, y la traición de Judas, dos discípulos vuestros muy amados, no me atrevo a presumir de mis fuerzas, porque conozco por la dolorosa experiencia mi propia fragilidad. Tenedme atado, Jesús mío, a vuestro servicio y amor todos los días de mi vida con los indisolubles lazos y cordeles de vuestro amor y temor, para que nunca me suelte ni os sea traidor... Tú todo lo puedes, mansísimo e invencible Jesús. Di, pues, a mis enemigos como dijiste a Paulo: "Yo soy Jesús", y que se conviertan y vivan. Dilo también a mis perseguidores, que son los enemigos de mi alma, cuando quieran atarme con sus viles cadenas del vicio y apartarme de ti, mi Salvador: Yo soy Jesús Nazareno: no quiero dañéis a mi discípulo: y caiga en tierra y sean vencidos y no me puedan dañar y sea siempre de grado o por fuerza tu prisionero de amor, que no me suelte de tu servicio, porque el servir a ti es reinar. Amén.

Jaculatoria. Mas causa en mí tal pasión – ver a Dios mi prisionero, - que muero porque no muero.

Obsequio. Procuraré atraer tantos corazones como pueda al conocimiento y amor de Jesucristo con mi oración y buen ejemplo.

EJEMPLO

El venerable padre Fr. Luis de Granada, que con transportes de júbilo santo veneraba la llaga del costado del Salvador, y por ella entraba en su Sacratísimo Corazón, acostumbraba cada tarde en memoria de la pasión de Cristo Señor Nuestro y por la conversión de los pecadores, tomar una sangrienta disciplina, cuyos chasquidos resonaban con grande estruendo en la calle cercana a su celda. Sucedió un día en la misma hora que maceraba su cuerpo, dos caballeros se dirigían a una casa de mal vivir pasando por debajo de la celda del venerable padre. Al oír tal estruendo de golpes imaginaron lo que podía ser, y compungidos comenzaron a decir uno al otro: "¡Miserables de nosotros! este siervo de Dios castigando tan fuertemente sus miembros, y nosotros, pecadores, vamos en busca de los deleites carnales. ¡Qué insensatos somos! ¿Qué será de nuestra alma? Pues los santos tanto padecen por la gloria eterna, y nosotros nos deleitamos brutalmente". Y sin hablar, tocados de la divina gracia y resueltos a mudar de vida, volviéronse cada uno a su casa. A la mañana del día siguiente ya estaban de vuelta al convento, averiguando que la celda correspondiente a la calle por donde ellos habían pasado habitaba el padre Luis de Granada, lo mandaron llamar, y uno después del otro postráronse a sus pies, e hiriéndose en el pecho y derramando lágrimas de verdadero dolor, le dijeron: "Padre, vuestra disciplina

de ayer hirió nuestro corazón, y nos ha alejado de nuestros placeres sensuales". Hicieron una buena confesión y se dieron desde entonces a un tenor de vida ejemplar. Si tanto pudo el ruido de los golpes en el corazón de aquellos jóvenes disolutos, ¿qué compunción no debería ocasionar en nosotros la consideración de los cruelísimos azotes del Salvador?

Oración final.

DIA VIGESIMO PRIMERO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús ante Anás y Caifás

Composición de lugar. Contempla a Jesús atado como un facineroso y llevado ante los tribunales de Anás y Caifás.

Petición. Jesús mío, dame los afectos de silencio, dignidad y conformidad en tu corazón adorable en este paso.

Punto primero. Mira a Jesús en estos pasos, que tienes muchísimo que aprender, alma mía. "La cohorte, el tribuno, los ministros de los judíos prendieron y ataron a Jesús, y primero lo condujeron a Anás, suegro de Caifás, por ser este pontífice aquel año, el cual había dado el consejo de que convenía muriese uno por todo el pueblo, y que no pereciese toda la gente. Anás envió a Jesús atado como estaba a Caifás, donde se hallaban reunidos los escribas y los ancianos. El Pontífice interrogó a Jesús, de sus discípulos y de su doctrina, y respondióle Jesús: Yo he hablado siempre públicamente en el mundo: Yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos, y ocultamente nada hablé. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que oyeron mis palabras: estos son los que saben lo que yo he hablado. Mas al decir esto, uno de los asistentes de los ministros dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿así respondes al Pontífice? Respondióle Jesús: Si mal he hablado, di en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?" Oh alma mía, ¿puede darse una respuesta más verdadera, más mesurada, más justa? Y no obstante, es Jesús castigado, insultado por descomedido, por haber faltado al respeto, por desacato a la autoridad del pontífice. Por eso el mansísimo Jesús, que después dio sus mejillas y todo su cuerpo para ser despedazado por los malhechores y verdugos, sin quejarse, como oveja delante del que le trasquila, aquí defiende su justo y recto proceder para nuestro ejemplo. ¡Pero mira con que sobriedad, con qué mansedumbre, con qué firmeza!... ¡Oh Corazón de mi Jesús! ¿Qué sentiste en este paso? El primer desahogo de las furias infernales fue el ataros con cordeles como facineroso, el segundo abofetearos por irrespetuoso delante del sumo pontífice y concilio: ¿cómo no se abre la tierra y se traga a este atrevido, o un rayo le parte, o el demonio se apodera de él y le sepulta al instante en el infierno? Mas no viéramos los ejemplos de la mansedumbre de Cristo, y por eso, después de pagar esta defensa de la justicia, calláis asimismo por nuestro ejemplo. Imíteos yo en tan delicado modo, Corazón de Jesús, justo y santo. Amén.

Punto segundo. "Jesús oye los falsos testimonios contra él y a pesar de las instigaciones del sumo pontífice para que se defienda, calla y nada responde. Admirado de este silencio, dícele el sumo sacerdote: Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios. Díjole Jesús: Yo soy. Tú lo has dicho. No obstante, pronto veréis, os digo, al Hijo del hombre sentado a la diestra de la virtud de Dios, que viene en nubes del cielo. - Blasfemó, respondió el pontífice. Ya no necesitamos de testigos. ¿Qué os parece? y todos respondieron: Reo es de muerte. Y los que tenían atado a Jesús le burlaban, golpeándole. Entonces le escupieron en el rostro, y con bofetadas le hirieron. Y velaron su rostro y le daban bofetadas en el rostro, diciéndole: Profetízanos, oh Cristo, quién es el que te ha pegado. Y blasfemando decían otras muchas cosas contra Jesús". ¡Qué noche de trabajos, alma mía, para el Corazón de Cristo! ¡Cómo se saturó de oprobios! Habían oído ya de boca del Pontífice y jueces aquellos sayones infernales que Jesús era reo de muerte y empezaron ya las vísperas de la fiesta haciendo con él toda clase de improperios, alentándoles en su mal intento el saber que con esto daban gusto a los jueces y desesperándoles, para hacerle más injurias, la misma paciencia y silencio inalterables de Jesús. Solo faltaba para aumentar este dolor la negación de su amado discípulo Pedro, que tres veces le niega con juramento, añadiendo que no conoce a Jesús. Pero Jesús mira a Pedro, y le convierte, y sus lágrimas son algún lenitivo al corazón de Cristo. ¡Oh Jesús mío! verdaderamente habéis entrado ya en el bautismo de oprobios que tanto ansiaba vuestro Corazón. Concededme a lo menos no aumentarlos con mis infidelidades, sino templarlos con mi amor y mi dolor. Yo soy, inocentísimo cordero, el que merece estar oprobios. Yo pecador e injuriador vuestro con vuestros mismos dones, yo soy el que merezco las bofetadas y burlas, golpes, salivazos y denuestos, porque he pecado contra vos. Pero vos, mansísimo Cordero, ¿qué mal habéis hecho? ¿A quién dañasteis? ¿A quién ofendisteis?... Mas ¡ay, Señor mío Jesucristo! ¡que habéis salido fiador por mis pecados, lleváis los pecados e iniquidades de todos nosotros, y por eso sufrís toda clase de tormentos, befas, escarnios, irrisiones, baldones, ignominias, hasta quedar saturado de ello! Yo bendigo y doy gracias a vuestro corazón adorable por tanta bondad, y os pido me perdonéis por vuestra infinita misericordia, pasión y muerte.

Afectos. ¡Qué desafío, Corazón de Jesús mío, habéis en esta noche con las furias infernales y sus satélites! Ellos quieren vencer vuestra paciencia, vuestra mansedumbre, vuestra dignidad, saturándoos de oprobios, befas, insultos y escarnios de todo género, y Vos respondéis con vuestro silencio con vuestra paciencia, con vuestra mansedumbre inalterable y esto mismo excita más y redobla su furor. ¡Oh Jesús mío! ¡Qué noche para tu corazón hambriento de oprobios... Jesús mío inocentísimo, manso cordero, ¡cómo os hieren, muerden y os devoran las furias infernales; y vos calláis y no os lamentáis! y yo, pecador, de mí, no puedo sufrir una palabra, un desprecio que tan merecidos tengo por mis enormes maldades y ofensas y desprecios hechos a vos! ¡Yo, que he merecido el infierno por mis pecados!... ¡Oh Jesús mío! ¿Cuántas veces y cuán justamente habéis exhalado una queja de dolor al ver como os insulté pecando y me habéis dicho: por qué me hieres? ¿Por qué traspasas mi corazón? ¿Por qué abofeteas mi rostro? ¿Por qué me insultas, me ofendes, a mí que soy la misma inocencia y tu Salvador? ¿Qué mal te he hecho para que así me maltrates? ¿No bastaban las befas y escarnios de los judíos, que tú, hijo mío, redimido con mi sangre, quieres otra vez renovar sus insultos? Si he obrado mal contigo, dime

en qué; y si bien, ¿por qué me ofendes? ¿Qué mal te he hecho yo, Jesús, que todos los bienes te he dispensado? Pues ¿por qué me hieres?, ¿por qué me hieres?, ¿por qué me hieres?..... Yo soy tu Jesús; ¿qué mal te he hecho?... ¡Oh Corazón de Jesús, basta, basta de reconvenciones, que mi corazón no puede sufrirlas, y se parte de dolor al considerar su fiera y desatentada conducta contra vos, mi Jesús, mi Dios! Perdóname mis ofensas pasadas, borra todas mis iniquidades, olvida mi negra ingratitud, pues no quiero ya contristar más tu corazón con mis pecados. Me pesa de haberte ofendido, porque eres bondad infinita y porque me amas con infinito amor, y propongo con tu gracia nunca más pecar, y amarte y servirte con filial amor, resarciendo la mala vida mía pasada con mis buenas obras. Amén.

EJEMPLO

Se cuenta de la gran sierva de Dios Ana de san Bartolomé, que encontrándose un día muy afligida por la persecución que sufría su predilecta madre santa Teresa de Jesús a causa de la probación del espíritu de la misma santa, y encomendando el asunto con ardientes lágrimas y gemidos al Señor, levantada en espíritu vio aparecer al Salvador en la misma forma que Pilatos lo mostró al pueblo judío, esto es, coronada de espinas su cabeza, las manos atadas, con una soga en el cuello, lívidos sus miembros y llagado de pies a cabeza, pareciéndole oír las vociferaciones del populacho que gritaba: *¡Crucifige, crucifige eum!* A estos desapiadados gritos y tan dolorosa representación la venerable Ana desfallecía, mas volvió en sí con estas dulces palabras que le dirigió el Señor: "Mírame bien, hija mía; contéplame por todas partes, y ve si tu aflicción puede compararse con mis penas. A pesar de tantos ultrajes mi corazón ardía en excesivo amor por ti". A estas amorosas voces, testificó después la buena religiosa que se sintió inflamada de tanto ardor de caridad, que hubiera sido para ella un consuelo el martirio más cruel que el Señor le hubiese concedido.

Oración final.

DIA VIGESIMOSEGUNDO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús ante los jueces Pilato y Herodes

Composición de lugar. Mírale a Jesús inocentísimo delante de Pilato y Herodes, y cómo es condenado y calla.

Petición. Dame, Jesús mío, saber sufrir y callar como vos y por vuestro amor.

Punto primero. Pasada toda la noche el buen Jesús, atormentado a merced de los pecadores, "así que llegó el día se juntaron los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y lo llevaron a su concilio, diciendo: Si tú eres Cristo, dínoslo. Y díjoles Jesús: Si os lo dijere no me creeréis, si os interrogare no me responderéis ni me soltaréis. Mas desde esto estará sentado el Hijo del hombre a la derecha de la virtud de Dios. Y todos dijeron: ¿Para qué buscamos testimonios? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca. Y levantada la multitud, llevaron de mañana a Jesús atado, de Caifás al Pretorio, y lo entregaron al presidente Poncio Pilato. Era de mañana. Y no entraron en el Pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua.

Salió fuera Pilato, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este Hombre? - Si no fuese malhechor, no te lo hubiéramos entregado. - Tomadlo vosotros, y juzgado según vuestra ley. - Es que a nosotros no nos es lícito matar a nadie. Empezaron a acusar a Jesús, diciendo: Le hemos hallado a este Jesús, seduciendo a nuestro pueblo y prohibiendo dar los tributos al César, y diciendo que él es Cristo Rey.

"Entró otra vez Pilato en el Pretorio, y llamó a Jesús, y Jesús estuvo ante el presidente, que le preguntó: ¿Eres tú rey de los judíos? - ¿Lo dices de ti mismo, repuso Jesús, u otros te lo han dicho de mí? - ¿Por ventura yo soy judío? respondió Pilato. Tu gente y tus pontífices te han entregado a mí; ¿qué has hecho? Díjole Jesús: Mi reino no es de este mundo, porque si mi reino fuese de este mundo, mis ministros pelearían para que no fuese entregado a los judíos: mas ahora mi reino no es de este mundo. - Luego, Tú eres rey, díjole Pilato. - Tú dices que yo soy rey, Yo para esto nací y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Díjole Pilato: ¿Qué es la verdad? Y sin esperar respuesta salió fuera para decir a los judíos: Yo no hallo causa alguna en él. Mas ellos gritaban: Trae revuelto todo el pueblo, enseñando por toda la Judea, desde la Galilea hasta acá. Y los ancianos y los sumos sacerdotes acusaban a Jesús de muchas cosas y Jesús callaba. ¿No oyes, díjole Pilato, cuántos testimonios dicen contra ti? Y Jesús callaba. Preguntóle otra vez Pilato: ¿Nada respondes? Mira de cuantas cosas te acusan. Y Jesús callaba y Pilato estaba muy admirado de este silencio".

¡Oh alma mía! ¡Cuántas lecciones te da el corazón mansísimo de Jesús en este paso! las acusaciones falsas de los judíos, las respuestas de Cristo a los judíos y a Pilato, y sobre todo su silencio al verse falsamente acusado y condenado... ¡Oh, cuánto has de aprender tú, que callas cuando has de hablar, y hablas cuando conviene callar! ¡Jesús mío! enseñadme a sufrir callando por vuestro amor, pues me lo enseñáis con tanto rigor. Yo lo merezco, porque he sido gran pecador.

Punto segundo. Pilato envió a Jesús a Herodes al saber que era galileo, de su jurisdicción Alegrose Herodes mucho viendo a Jesús, por lo que había oído de él, y porque esperaba ver algún milagro. Le preguntó mucho, y nada le respondió Jesús. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole constantemente, y Jesús calló. De modo que le despreció Herodes con todo su ejército, y se burló de él vistiéndole de blanco como loco, y lo reenvió a Pilato. - ¡Oh Jesús mío! loco sois en verdad, pero loco de amor y por mi amor, pues solo un exceso de amor de Dios al hombre podía sujetar a tan humillantes pruebas al mismo Hijo de Dios. "Y convocados los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y la plebe, les dice Pilato: Ni yo ni Herodes hemos hallado nada digno de castigo de muerte en Jesús. Yo le soltaré enmendado". ¡Oh Pilato, juez débil y perverso! no se enmendará Jesús de lo que ha hecho, ni puede, porque todo lo ha hecho bien, y solo ha hecho bien a todos. ¡Y por esto le quieres castigar!... ¡Oh mi Jesús!, ¡nunca me culpan sin culpas, y siempre quiero excusarme! no como vos, que siempre fuisteis inocente: dadme que os imite en vuestro amor a los desprecios, a las humillaciones y a la cruz, para ser digno discípulo de vuestro humildísimo y mansísimo corazón. Amén.

Afectos. Gracias infinitas te doy, mansísimo Jesús mío, porque por mi amor fuiste acusado, burlado y ultrajado. Bendigo con todo mi corazón vuestra bondad, que quiso sufrir estos insultos de los tribunales, y acusaciones para merecerme el ser excusado por vuestros méritos ante el tribunal de la divina justicia. ¡Oh llamas poderosas del divino amor de vuestro corazón adorable! Consumid la escoria de mis maldades antes de comparecer ante vuestro divino juicio, para que no seáis vos mi Juez en aquel día y momento tremendo, sino mi Salvador. Quitadme de la servidumbre del tirano del respeto humano, y confiese siempre delante de todos mis enemigos vuestra verdad y vuestra caridad. No me aterren los tormentos de los enemigos de vuestro nombre, porque al fin y al cabo solo pueden matar mi cuerpo, mas no mi alma, si yo no quiero. Dadme sabiduría y fortaleza cristiana para confesaros ante todo el mundo, repitiendo con mis palabras y mis obras: ¡Viva Jesús mi amor! ¡Viva Jesús mi Rey, mi Salvador! ¡Viva Jesús mi único Dios y Señor!... ¡Oh Jesús mío! Que vuestro corazón sea amado y adorado por todos los hombres, pues nadie mejor que él les ha probado el exceso del verdadero amor en el exceso del dolor. Ámete, Jesús mío, sobre todas las cosas, con todo mi corazón, y haz de mí lo que quisieres. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús saturado de oprobios por mi amor, ámete con todo mi corazón.

Obsequio. Perdono a todos los que me han ofendido, por amor a mi Jesús inocente ultrajado por mí.

EJEMPLO

Entre otras muchas mercedes que Jesucristo hizo a santa Lutgarda, no fue la menor la frecuente contemplación de sus sacratísimas llagas. Un día al darle la santa gracias por el amor con que las había recibido, suplicábale no permitiese que aquella sangre fuese en vano derramada por la salud de su alma. "Mira, le dijo el Señor, cómo mis llagas te llaman, y pide correspondas a tales finezas de amor". Otro día se le apareció nuestro Redentor con las cicatrices abiertas y derramando copiosa sangre, la cual era ofrecida por el mismo Señor a su Eterno Padre, para obtener el perdón de los pecadores; y vuelto a su privilegiada esposa, le dijo: "Mira cómo de continuo estoy haciendo oblaciones de mí mismo al Padre, por la salvación de todos los hombres. Pues así quiero que también tú procures, con todas tus fuerzas, ofrecerme a mí todas tus fatigas y padecimientos y todo tu ser, a fin de impetrar estas mis gracias; y para lograrlo mortificarás tu carne con penitencias y austeridades". Cada vez que oía la santa misa sentía repetir interiormente aquellas mismas palabras: "Quiero que también tú te ofrezcas a mí por la conversión de los pecadores". ¡Oh!, ¡de cuánto mérito es este ofrecimiento al Padre celestial cuando va unido con la sangre divina y méritos infinitos del Salvador!

Oración final.

DIA VIGESIMOTERCERO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús al ser pospuesto a Barrabás

Composición de lugar. Mira a Jesús humillado sobremanera y despreciado al ser pospuesto a Barrabás.

Petición. Dame a sentir tus afectos, oh Corazón de Jesús, en este paso.

Punto primero. "Por el día de la fiesta acostumbraba Pilato soltar el preso que le pidiesen los judíos. Había en la cárcel entonces un preso famoso que se llamaba Barrabás, sedicioso y homicida. La turba empezó a pedir a Pilato esta gracia, y les dijo: ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? Porque sabía que los sumos sacerdotes por envidia se lo habían entregado. La mujer de Pilato le envió a decir, cuando estaba sentado en el tribunal: No te metas con ese justo. Porque muchas cosas he padecido hoy en visión por causa de él. Mas los sumos sacerdotes y los ancianos persuadieron y concitaron a las turbas que pidiesen más bien a Barrabás y perdiesen a Jesús.

"Exclamó a un tiempo toda la turbadiciendo: Quita a este (Jesús), y suéltanos a Barrabás, sedicioso y homicida.

"Otra vez volvió Pilato a hablarles queriendo soltar a Jesús: ¿A quién queréis de los dos que os suelte? Otra vez, pues, clamaron todos diciendo: - No a este (Jesús), sino a Barrabás. Díceles Pilato: ¿Qué haré, pues, de Jesús que se llama Cristo? Mas ellos clamaban con más fuerza diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!

"Por tercera vez díjoles Pilato: ¿Qué mal ha hecho este (Jesús)? Ninguna causa muerte hallo en él. Le corregiré, pues, y le soltaré. Mas ellos instaban con grandes gritos, pidiendo que fuese crucificado, y sus voces prevalecían. Pilato juzgó concederles lo que pedían, y entonces les soltó a Barrabás." ¡Oh Cristo mío! No puede darse mayor humillación que la tuya en este paso lastimoso. ¡Tú, la misma inocencia, pospuesto a un facineroso infame! ¡Tú, Príncipe de la paz, pospuesto a un sedicioso! ¡Tú, la misma caridad, que venías a dar vida a todos dando la vida propia, pospuesto a un homicida! ¡Tú, que habías pasado por el mundo haciendo bien a todos y haciéndolo todo bien, condenado como el peor de los malvados!... ¡Oh mi Santísimo Jesús! ¡Qué afectos brotarían de tu corazón en este paso! ¡Qué eco harían en tu Corazón estas voces que cinco días antes te aclamaban por su Salvador!... Pero ¡ay! sedicioso sois, pero santo, que separáis los malos de los buenos. ¡Homicida sois, pero del pecado, que queréis clavar con vos en la cruz! Dadme que os imite separando lo precioso de lo vil, dando muerte al pecado en mi alma y en la de mis prójimos, para que solo viváis vos, verdadera vida de todos los corazones, por amor y gracia. Amén.

Punto segundo. "¿Qué haré, pues, de Jesús?" Esta pregunta te hace, alma mía, tu conciencia cuando quieres cometer el pecado y dar muerte a Jesús en tu alma, perdiendo su amistad y gracia. Quiero pasarme, dices, al bando de los pecadores, de los malvados, de Satanás. ¿Qué haré, pues, de Jesús? gritan la conciencia, la fe, la gratitud, tu ángel bueno. ¡Crucifícale, crucifícale! responden Satanás, el pecado, tu voluntad desordenada. Mas ¿a tu rey y señor, Cristo Jesús, quieres matar? ¿Qué mal Jesús te ha hecho?... ¡Oh alma mía! La pasión te ciega, el demonio vence, y peor que los judíos crucificas a Jesús otra vez, consintiendo el pecado. No quiero yo a Jesús, clamas, sino a Satanás, la satisfacción de mis pasiones. ¡Oh enorme ingratitud,

injusticia y vilipendio! ¡Cuántas veces lo cometí!... mas basta ya de pecados: perdóname, Jesús.

¡Oh alma mía! Si das muerte a Jesús en tu alma, ¿quién la consolará en sus penas, la ilustrará en sus dudas, la esforzará en sus combates, la sostendrá en sus tentaciones, la recreará con su amor y la hermoseará con su gracia? Mira que Jesús es para ti todas las cosas. Es verdad, Jesús mío, Jesús mío y todas las cosas. Mas ¡cuántas veces os he renunciado por un sucio deleite, por un puntillo de orgullo, por un vil interés! ¡Cuántas veces he oído las instigaciones de Satanás, y he rechazado vuestras celestiales inspiraciones!... Yo me cubro de confusión, y no me atrevo a presentarme delante de vos, Jesús mío, porque casi siempre he preferido la carne al espíritu, el sentido a la razón, las máximas del mundo a las de la fe, el interés mundano a los bienes eternos. Perdóname, Jesús, que ya quiero enmendarme.

Contempla, por fin, como Jesús, al ser pospuesto a Barrabás, no exhaló su corazón ningún lamento o queja, porque amaba tu salvación eterna. No se quejó de la ingratitud de aquel pueblo, ni de su inconstancia, él, que los había alimentado dos veces en el desierto obrando un milagro; él, que había curado sus enfermos, resucitado sus muertos, y cinco días antes había sido aclamado por su principal libertador. ¡Y tú no puedes sufrir una ingratitud, un desvío, un menosprecio, sin lamentarte y quejarte, y buscar en las criaturas consolación! Mira a Jesús, y no te quejarás de la ingratitud humana; ama a Jesús, en su pasión, y sentirás gozo como todos los Santos al sufrir algún trabajo o desprecio por tu Jesús.

Afectos. ¡Oh mi amado Jesús! ¡El más excelso y abatido de todos los hombres! cuando yo os considero pospuesto a Barrabás, no encuentro modos ni maneras bastantes para humillarme en vuestra presencia. Y cuando considero que yo he formado coro con mis malas obras con el pérfido pueblo judío, y he exclamado: No quiero a Jesús, prefiero a Barrabás, al pecado, y sea crucificado Cristo, no tengo palabras ni llanto bastante para probaros mi justo dolor... Oh Jesús, lumbré de la gloria y rey de los cielos y tierra; si para dejaros a vos hubiese escogido otra cosa mejor, y de más valor que todos los mundos, parece hubiera atenuado un tanto mi maldad; pero ahora ¡oh! con cuánta más razón que al pueblo judío podéis decirme: ¿Por qué me has deshonrado? ¿por un puñado de cebada, por un mendrugo de pan? ¿A qué me has comparado?... ¡Oh Jesús santísimo! justamente os quejáis de mi proceder vil... Yo lo reconozco: por eso os pido tengáis compasión de mí, según vuestra gran misericordia, porque mis pecados son tan grandes que no merecen perdón. Pero vuestra bondad y clemencia son infinitas, y por eso confío alcanzar misericordia y perdón, porque sois mi padre que me amáis, y vos mismo habéis asegurado que no rechazaréis un corazón contrito y humillado. Aquí tenéis el mío, Corazón clementísimo de Jesús: juntadlo, purificadlo con el vuestro, y alcanzadme el vivir y morir abrasado en vuestro amor. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús, humillado por mi amor, perdona y purifica mi corazón.

Obsequio. Rezar el miserere o el acto de contrición cuatro veces, por los pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión.

EJEMPLO

Santa Francisca, viuda, una mañana, después de haber recibido el sacramento del amor, fue arrebatada en espíritu y conducida en un bellissimo templo, donde vio un hermoso tabernáculo, sobre el cual había un candidísimo cordero con dos hatos de corderitos, uno a cada lado, admirablemente ordenados en ademán de hacerle reverencia. Luego oyó una suavísima armonía de voces, y entendió ser las alabanzas al Cordero Inmaculado, invitando dulcemente a los hombres a servirle con corazón limpio, con manos inocentes y con pureza de intención. Al terminar los cantos, oyó al Cordero de Dios que decía con ternura: "Quien tenga sed, venga a mí, que yo le daré de beber gratuitamente el agua de vida eterna". Corrió allí la santa, y vio que de su pecho salía una limpísima fuente, a la que acercó sus labios, y participó de aquel suavísimo licor que manaba del costado abierto, dentro del cual vio al Sacratísimo Corazón más resplandeciente que el sol, repitiendo con suavidad a cada palpitación: "Quien tenga sed, venga a mí".

Oración final.

DIA VIGÉSIMOCUARTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la flagelación y coronación de espinas

Composición de lugar. Mira a Jesús atado como cordero a la columna, sufriendo más de cinco mil azotes, y contéplale con amor, coronado rey del dolor.

Petición. Dame, Jesús azotado y coronado de espinas, sentir lo que tu corazón sintió.

Punto primero. "Después de haber satisfecho Pilato la voluntad de los judíos soltándoles a Barrabás, tomó a Jesús y lo azotó." Mira a este manso cordero en manos de los verdugos... le entran en una sala, le desnudan de sus vestiduras, hasta la túnica inconsútil, y le atan a la columna para desollarle vivo con crueles azotes... ¡Cómo se burlan al verle desnudo! ¡Qué confusión para el castísimo y modestísimo Jesús!... ¡Qué crueldad despliegan los sayones! cuatro son los que se renuevan a menudo, y renuevan su fiereza instigados por el demonio, por los sacerdotes, por el silencio y masedumbre de Jesús... Los instrumentos del castigo son ramas verdes llenas de espinas, y ramales tejidos de nervios de buey, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que penetran hasta los huesos... El cuerpo de Jesucristo es tierno y delicado, y muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió y con el trabajo de la noche y aquel día. El número de los azotes pasa de cinco mil...

Aplica tus sentidos, alma mía, en este paso. Contempla la soledad de Jesús... como no hay quien de él se duela y compadezca. Mírale como por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo... Pondera cómo aran los pecados sobre sus espaldas, y surcan sus carnes los azotes hasta penetrar en lo interior de ella... Considera todo su cuerpo hecha una llaga desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza... Mira su sangre, que por todas partes se derrama... oye el chasquido de los azotes, el clamor de los verdugos... Escucha el silencio de Cristo, que habla con más elocuencia que todos los discursos. Toma los azotes teñidos con la sangre divina... besa la tierra bañada con la sangre de tu criador..., recoge con suma veneración los pedazos de piel y

de carne del divino Jesús, esparcidos aquí y allá por el suelo con los azotes... abraza aquella santa columna, esmaltada con la sangre del Hijo de Dios. Percibe el olor y gusta estas bodas, que elevan al cielo olor de suavidad con toda clase de virtudes, sobre todo paciencia, mansedumbre, fortaleza, humildad y amor.

Punto segundo. "Entonces, esto es, después de haber azotado a Jesucristo, los soldados del Presidente, tomando a Jesús en el Pretorio, congregaron (alrededor de él) toda la cohorte. Y desnudándole de sus vestiduras, le acomodaron un manto de púrpura. Y tejiéndole una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su diestra. E iban ante él (Jesús), y decían: Ave, Rey de los judíos. E hincando la rodilla ante él (Jesús), le burlaban diciendo: Ave, Rey de los judíos. Y le daban de bofetones. Y escupiéndole, tomaron la caña y golpeaban su cabeza..."

¡Oh mi adorado Jesús! ¿Cómo podré quejarme de las contumelias, humillaciones y desprecios que me sobrevengan, de cualquier clase que sean, mirándote a ti en este paso? ¡Oh Jesús mío! El último grado y extremo de la contumelia es lo que pasa en ti en esta ocasión, porque, no una sola parte, sino todo tu cuerpo padece injurias. Tu cabeza sacrosanta es atormentada con la corona de espinas y con los golpes de caña. Tu rostro por las salivas; tus mejillas con la bofetadas: tus manos con la caña que te dieron por cetro; todo tu cuerpo por los azotes, por la desnudez, por la imposición de la púrpura, por la fingida adoración, como si temiesen dejar pasar algo que no redundase en tu contumelia y humillación... ¡Y yo me quejo, y no puedo sufrir la más leve desatención de palabra!... Señor mío Jesucristo, ¿en qué se conoce que yo soy tu discípulo? ¡Oh! Cámbiame este corazón duro y soberbio y dame, oh Corazón de Cristo, otro semejante al tuyo en la humildad y mansedumbre. Amén.

Afectos. ¡Oh amorosísimo Jesús mío, verdadero Cordero de Dios desollado vivo por mis pecados! Si miro a vuestro cuerpo, a vuestro exterior, yo no veo sino sangre y llagas; si penetro en vuestro corazón, yo no hallo sino dolor y amargura inmensas... No obstante, yo os adoro pegada mi frente al polvo como único rey inmortal y de todos los siglos, y con toda la Iglesia militante, triunfante y paciente, yo os doy gracias por todo lo que habéis padecido por mi amor. Sed para siempre el Rey de mi corazón y de todos los afectos de mi alma, porque nadie los ha comprado a tan alto precio, ni lo merece como vos. Cuanto os veo por mi amor más humillado, más amable y más amado sois de mi corazón. ¡Oh! ¿Quién pudiera presentaros todos los corazones de los mortales para que reinaseis por amor en todos ellos como soberano dueño? ¿Quién hay, Jesús mío, que así lo merezca como vos?... Tus manos me criaron y me formaron, tu providencia me sostiene y me gobierna, tu amor me acaricia y regala, y tu justicia me promete un reino eterno de gloria si te sirvo. Séame tu desnudez por manto de gloria, tus espinas por corona, tu silencio por mi defensa, tus azotes por mérito, para que algún día sea introducido en tu reino eterno de gloria. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús, sed todo mi amor por ser rey de dolor.

Obsequio. Me mortificaré en este día privándome de alguna cosa que más me plazca, para probar mi amor a Jesús.

EJEMPLO

Refiere Blosio, que un día santa Matilde deseaba con ardor extraordinario ser del número de aquellas almas fieles, a las cuales en la hora de la muerte Jesucristo les dirigirá estas palabras: "Venid, benditas de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo". Aparecióse a la santa el Divino Salvador, y después de haberle prometido esta gracia singular, dióle su Sagrado Corazón en prenda de su amor y de la palabra que le había empeñado, invitándola a encerrarse dentro del mismo como asilo seguro, especialmente al acercarse la hora de la muerte: *Semper maximeque in hora mortis*. De allí en adelante profesó esta dichosa sierva del Señor una devoción especialísima al Divino Corazón, y en los últimos momentos de su vida tuvo el consuelo de ser invitada al reino que le estaba preparado; su felicísima alma al separarse del cuerpo voló al cielo en el Corazón de Jesús, que había sido ya su morada en esta vida temporal.

Oración final.

DIA VIGESIMOQUINTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en el paso del "Ecce Homo"

Composición de lugar. Mira con amor a Jesús, que padece por ti sumo dolor.

Petición. Dame, Jesús, los afectos de tu corazón de este paso.

Punto primero. Salió otra vez Pilato fuera y dijo a los judíos: "Aquí os lo traigo (a Jesús) fuera, para que conozcáis que no hallo ninguna causa en él. Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura y díceles: *Ecce Homo*. He ahí el Hombre. Viéndole, pues, a Jesús los pontífices y los ministros, clamaban diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Díceles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle porque yo no hallo causa en él. Respondieron los judíos: Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Temió más Pilato al oír esto, y entró otra vez en el Pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres? Y Jesús no respondió. Díjole Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que yo tengo potestad de crucificarte y de soltarte? Respondió Jesús: No tendrías potestad alguna contra mí, si no se te hubiese dado de lo alto. Por eso el que me entregó a ti tiene mayor pecado. Por esto Pilato buscaba soltar a Jesús. Mas los judíos clamaban con más fuerza: Si sueltas a ese Jesús, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey, contradice al César. Al oír Pilato estas palabras, sacó fuera a Jesús, y se sentó en su tribunal, y dice a los judíos: He aquí a vuestro rey: Mas ellos clamaban: ¡Quítalo, quítalo; crucifícale! ¿A vuestro rey he de crucificar? díceles Pilato. Respondiéronle los pontífices: No tenemos otro rey que al César. Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se aumentaba el tumulto, tomó agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Soy inocente de la sangre de este Justo. Respondieron los judíos: Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces les entregó a Jesús para que fuese crucificado". ¡Oh alma mía, qué historia es esta tan penosa solo de oírla! ¿Qué había de ser, pues, el pasarla? Tres cosas debes ponderar en este paso: la malicia suma de los judíos, la debilidad sumamente culpable de Pilato, la inocencia y paciencia sobremanera admirable de Jesús, que calla y sufre tantas injurias. ¿A quién

imitas tú con tu conducta? Por ahí conocerás de quién eres discípulo, si de los pérfidos judíos, si del malvado Pilato, o del inocente y pacientísimo Jesús. Enmiéndate.

Punto segundo. Entra en el Corazón de Jesús en este paso, que él también te dice con amor grandísimo. *Ecce Homo:* He aquí el Hombre: He aquí el Hombre que te amó; He aquí el Hombre desfigurado por tus pecados; he ahí el Hombre Dios burlado, en que exceso de dolor se ve por tu amor... ¿qué dices a estas palabras? ¡Oh Jesús, verdadero Dios y hombre, despeñado a este extremo de miseria por mi amor! yo te adoro por mi Dios y Señor y te amo, bendigo, glorifico y alabo por mi Rey y Salvador. Cuanto os veo más abatido y humillado, más amable sois a mi corazón. Y en desagravio de los gritos de los malvados judíos, gritaré siempre con todas mis fuerzas: ¡Viva Jesús, rey inmortal y de todos los siglos!... ¿Viva Jesús, Señor de cielos y tierra!... ¡Viva, viva Jesús mi amor!... ¡Viva Jesucristo mi Redentor!

Pondera aquí la malicia refinada de los judíos, que con lo que más debía ablandarse su corazón y tener más compasión, esto es, el ver reducido al último extremo de miseria a su adversario, parece que esto les es aún motivo e incentivo de mayor encono y fiereza. ¡Ay! aquellas palabras: quítalo, quítalo; crucifícale, crucifícale; no tenemos otro rey que al César; su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos... son los ecos que repiten todos los pecadores obstinados al pecar, recordando la suma bondad y clemencia del divino y mansísimo Redentor, y a semejanza de los judíos quedan sujetos a la más cruel servidumbre, sin rey, ni sacerdote, ni sacrificio, ni templo, sujetos a la más degradada esclavitud del tirano de las almas, Satanás. ¿Has repetido tú también, alma mía, alguna vez estas palabras traducidas en obras?... ¿Qué impresión causa en tu corazón la vista del *Ecce Homo*? ¿Te mueve a compasión, o a más rabia, coraje y sed de venganza y crueldad? ¿Te mueve a amor o arrepentimiento, al ver lo que ha padecido por ti el *Ecce Homo*, o te muestras indiferente a su vista?... ¡Ay alma mía! He aquí el hombre, te aclama el Eterno Padre; he aquí el hombre Dios, Hijo mío Unigénito amadísimo, en quien tengo todas mis complacencias. Óyete, ámale, adórale, sírvele, pues por tu amor descendió de mi diestra desde el cielo y se sujetó a tantos trabajos, ignominias y dolores, oprobios de los hombres y abyección de la plebe... ¡Oh mi Jesús, Dios y hombre verdadero! yo te adoro por los que no te adoran, yo te amo por los que no te aman, yo te alabo, honro y glorifico por todos los que te agravian. Sírvate y ámete yo siempre, y haz de tu siervo lo que quisieres. Amén.

Afectos. ¡Cuántas veces, Dios mío, al reprenderme mi conciencia al ir a pecar y decirme: a tu Rey Cristo Jesús crucificarás, he exclamado: Yo no tengo otro rey que al César, que mis apetitos, mi regalo, mi voluntad!... ¡Quién dará llanto a mis ojos y compasión a mi corazón para llorar día y noche y compadecer al *Ecce Homo* de mi Divino Redentor Jesús! ¿Quién os ha puesto en este estado, Jesús mío? ¿Qué tirano ha descargado en vos, mansísimo cordero, su furor? Vuestra cabeza coronada de espinas; vuestro rostro cubierto de salivas inmundas y de sangre; vuestros ojos nublados por el dolor; vuestro cuerpo hecho todo una llaga, cubierto con un manto de púrpura para más burla y escarnio; vuestras manos que fabricaron los cielos y con tres dedos sostienen la mole del universo, sosteniendo una caña por cetro... ¡Oh! el amor a los pecadores os hace sufrir estos dolores. ¡A qué miserable condición os han reducido mis pecados! Mi avaricia, inocentísimo Jesús, os ha despojado de vuestras vestiduras,

mi soberbia os ha coronado de espinas, mi ira os ha cubierto de sangre, mi gula os ha dado palidez, mi impureza ha cubierto de llagas vuestro cuerpo y mi envidia lo ha vuelto lívido y destrozado... Vergüenza me doy, Jesús *Ecce Homo*, de presentare tan delicado delante de vos, que sois mi cabeza y yo vuestro miembro... Yo quiero amar esas espinas, que algún día han de ser para mí flores de gloria. Yo quiero ceñir esta corona de dolor, para ceñir después la de honor. ¡Oh alma mía! Más vale padecer ahora un poco con Jesús, que después padecer eternamente. Aquí, Dios mío, quema, aquí corta, aquí castiga, aquí no me perdones, con tal que eternamente me perdones. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús mi Redentor, viva y muera por ti de amor.

Obsequio. Rezaré la Coronilla de desagravios y alabanzas al Corazón de Jesús.

EJEMPLO

A menudo sucede dar el Señor pruebas indubitables de la futura resurrección, con estupendos prodigios. Admirable es lo que se lee, a este propósito, en la vida de san Estanislao, obispo de Cracovia. Reinaba en Polonia Boleslao, el cual indispuesto contra este santo prelado citolo a juicio, alegando le había usurpado un terreno. Estanislao, que poco antes lo había comprado para su iglesia, no hizo escritura que certificara su adquisición, y lo que es más, los testigos, intimidados, rehusaron confesar la verdad de la compra. Animado entonces el virtuoso prelado de una viva fe, y puesta toda su confianza en Dios, prometió llevar, después de tres días, a juicio, a la persona que se lo había vendido, la cual hacía tres años que había muerto. Pasados los tres días el santo obispo en oración y ayuno, la mañana señalada para el juicio, después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa, se dirigió en procesión a la tumba donde yacía el muerto, propietario antes de los terrenos dichos. Todos los concurrentes estaban en expectación, sin poder atinar lo que iba a suceder, cuando el santo prelado revestido de la autoridad divina, manda al difunto salga de su sepulcro y se presente a juicio. ¡Estupendo milagro! Obedece el muerto, resucita y se presenta lleno de vida a los ojos de aquella muchedumbre. Vase enseguida al rey, que, avergonzado, atónito y como aterrado, apenas cree lo que sus ojos ven. El resucitado declara haber vendido los terrenos y cobrado su precio. Luego, encomendándose a las oraciones del santo obispo para salir pronto del purgatorio, tornose a su sepulcro, y volvió a morir en presencia de una inmensa muchedumbre.

Oración final.

DIA VIGESIMOSEXTO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús llevando la Cruz

Composición de lugar. Mira a Jesús con la cruz a cuestas, consolando a su Madre Santísima y a las mujeres de Jerusalén.

Petición. Dame tus afectos, corazón mío de Jesús, para llevar como tú mi cruz.

Punto primero. "Después que burlaron a Jesús y le quitaron el manto y le vistieron de sus vestidos, le llevaron para crucificarle. Y llevando su cruz salió Jesús al lugar del

Calvario, o Gólgota. Y al salir hallaron a un hombre llamado Simón, que venía de la granja, y lo alquilaron para que llevase la cruz detrás de Jesús. Seguía a Jesús una multitud grande del pueblo, y de mujeres que lloraban, y se condolían de él (Jesús). Y vuelto a ellas díjoles Jesús: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, sino sobre vosotras mismas, y sobre vuestros hijos. Porque he aquí que vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no dieron de mamar. Entonces empezarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros, y a los collados: Sepultadnos: Porque si en el leño verde esto se hace, ¿qué se hará en el seco?”

¡Cuán compasivo y amoroso es tu corazón de padre, Jesús mío! Te olvidas de tus propios dolores y trabajos, para agradecer su llanto a las buenas mujeres que se compadecían de ti, y las consuelas y las ruegas que no lloren sobre ti, sino sobre sí, por las penas que les aguardan. ¡Bendito sea tan paternal corazón!... Haz, Jesús mío, que no busque sino complacerte, olvidándome de mí y de mis trabajos, para compadecerme de Ti en la persona de mis prójimos y así consolar de algún modo tu afligido corazón. Pondera además cómo llevas la cruz, alma mía. ¿Es con Jesús, o detrás de Jesús, o arrastrándola? ¿La llevas con garbo, con gusto o con disgusto? ¿La llevas con mérito o sin mérito?... Reflexiónalo bien, porque ya que es imposible que ni tú ni ningún mortal deje de llevar cruz, aunque sea rico y ensalzado, lo que importa es llevarla bien, esto es, con mérito. Haz de la necesidad virtud, porque de todos modos has de llevar cruz y si te impacientas la haces más pesada y pierdes el fruto. Llevar la cruz con Jesús es la única gloria y felicidad de este mundo; llevarla detrás de Jesús es mérito; mas llevarla arrastrando es deshonor y perdición. Acéptala con buena voluntad, pues te la envía tu padre que te ama, y con ella te has de labrar una corona de gloria eterna.

Punto segundo. Es tradición constante que Jesús, andando con su cruz a cuestras camino del Calvario, halló a su Madre Santísima en la calle de Amargura, que quiso, como buena madre, acompañarle en su sacrificio, por si podía con algún servicio mitigar su dolor. Oía la Virgen el tropel de las gentes y los caballos, y el ruido de las armas, y los ultrajes que se dirigían a su inocente hijo, y todo esto hería en lo más íntimo su maternal corazón. Cuando al salir a una encrucijada ve a su hijo Santísimo que apenas podía andar un paso, como otro Isaac, caminando al monte del sacrificio con la leña de él, y al mirarla Jesús se desmaya su tierno corazón. Los soldados empujan al Salvador, y hasta recriminan a esta mujer que le sale al paso, y las otras dos Marías, para calmar su enojo, responden a la increpación de la soldadesca desenfundada: Es su madre... ¡Es su madre! todo lo dice esta palabra, y es el mejor título y fuerza para respetar su dolor y su atrevimiento, si lo hubiese. Es su madre, esto es, es María madre de Jesús, hijo único de sus entrañas. ¡Oh! dadle paso franco para que pueda llegar a su hijo, y abrazarle y limpiar su rostro de la sangre y enjugar su sudor, y consolarle y mitigar su dolor... ¡Pobre madre! ¡Pobre hijo! Mas ¡ay!, ¡pobre de ti, pecador, si no te arrepientes y no secas con tu llanto las fuentes de este dolor del corazón del Hijo y de la Madre inocentísimos los más atribulados por tu amor! ¡Pobre madre mía! ¡Pobre madre! A la Verónica fuele permitido limpiar con su velo el rostro de su Divino Hijo, y recibir en premio su rostro impreso en su sudario; mas vos, oh María, ni este consuelo tenéis. Lleváis, en verdad, impreso en las telas de vuestro

corazón el rostro y los padecimientos de vuestro queridísimo hijo y esto basta a vuestro amor y dolor. Permitidme os acompañe en este paso, para que participando de vuestros dolores camino del Calvario, participe un día de vuestra gloria camino del cielo. Amén.

Afectos. Todo me predica, Jesús mío, que en el amor no se puede vivir sin dolor y que tus allegados han de llevar en pos de ti la cruz y contigo han de subir la calle de amargura hasta el Calvario, para ser como tú inmolados por la gloria del Padre y la santificación de nuestros pecados y por el bien del mundo. No quiero llevar, pues, la cruz alquilada como Simón Cireneo, sino como tu madre, con amor. No la quiero llevar arrastrando, sino sobre los hombros y con garbo por tu amor. Ya, pues, que es necesario llevar la cruz de grado o por fuerza, quiero hacer de la necesidad virtud, para que me aproveche para entrar en la gloria. Mas una cosa me consuela, Jesús mío, y es que tú me amas y conoces mis fuerzas, mis necesidades, y por lo mismo no permitirás jamás poner sobre mis débiles hombros mayor cruz de la que yo pueda llevar con honra tuya y provecho mío. No importa que alguna vez caiga con ella, como tú, en el camino de la vida, con tal que no la abandone, y vuelva otra vez a seguir el camino del Calvario de la vida, porque sé que tú me amas y me conoces, y tienes compasión de mí y eres fiel, y no permitirás ningún peso o trabajo que no sea para tu mayor gloria y bien de mi alma. Déjome, pues, en tus manos, manos benditas, manos de padre, que sé que me amas, y solo te digo: Revolvedme aquí o allí, que a todo diré que sí, pues por vuestra me ofrecí. ¿Qué queréis, Jesús, de mí?

Jaculatoria. Decid, dulce amor, decid, que a todo diré que sí. ¿Qué queréis, Señor, de mí?

Obsequio. O morir o padecer por vos, mi Dios: no os pido otra cosa para mí.

EJEMPLO

Bienaventurado aquel que, amando y venerando a Jesucristo, se une a los ángeles y santos del cielo; porque éstos, compartiendo con él los méritos de sus virtudes, adoran y embellecen el alma devota y santamente ocupada. Así fue revelado a santa Gertrudis. Asistiendo la santa un día, en unión de los Ángeles de la Guarda y de los santos sus devotos al santo sacrificio de la misa, tuvo la dicha de ver, después del *Credo*, al Divino Salvador mostrándole el corazón radiante de luz como si fuese un altar de oro. Súbitamente parecióle ver a todos los Ángeles Custodios y a todos los santos acercarse a Jesús, y ofrecerle los méritos de su Sagrado Corazón en alabanza y salud de la misma santa Gertrudis. Por último vio a su Ángel Custodio, que en un vaso de oro ofrecía al Divino Corazón las penas y tribulaciones de la misma sufridas por amor de Jesús. A las palabras del Prefacio: *Sursum corda*, vio como todos los santos, levantando sus corazones, los unían al Corazón Divino, y luego a la elevación le pareció que el Salvador de un modo inefable ofrecía su Sacratísimo Corazón, presentándolo en sacrificio a Dios Padre a favor de su predilecta esposa la santa Iglesia. Después fue la santa avisada por el Señor que rezase el *Pater noster* en aquella unión con la cual su Divinísimo Corazón había dirigido su oración por la salud de los fieles. Venido finalmente el momento de comulgar, acercose la santa a la Sagrada Mesa en unión de su celestial esposo, el cual la declaró cuánto gozaba de aquella dulcísima unión en que su espíritu se hacía una misma cosa con él en la Sagrada Comunión.

Oración final.

DIA VIGESIMOSEPTIMO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la crucifixión

Composición de lugar. Mira a Jesús pendiente de la cruz; óyete; considéralo.

Petición. Dame, Jesús mío, a sentir lo que tu Corazón sintió por mi amor en este paso dolorosísimo.

Punto primero. "Y llegaron al lugar del Calvario, y le dieron a beber a Jesús vino mezclado con hiel. Y como lo gustase Jesús, no quiso beberle. Y le crucificaron a Jesús en medio de dos ladrones, a la hora de tercia, para que se cumpliese la Escritura: Y fue reputado con los facinerosos. Los soldados, pues, al crucificar a Jesús tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes: una para cada soldado. La túnica inconsútil no la dividieron, sino echaron suertes sobre ella. Y Jesús decía desde la cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Pilato escribió el título en hebreo, en griego y en latín, y lo puso sobre la cruz y lo escribió así: Jesús Nazareno, rey de los judíos. Este título, pues, lo leyeron muchos judíos, porque el lugar donde fue crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad. Decían, pues, a Pilato los pontífices de los judíos: No pongas: rey de los judíos, sino que él dijo: rey soy de los judíos: Respondió Pilato: Lo que escribí, escrito está. Pasando delante de Jesús crucificado, le blasfemaban y sacudían sus cabezas, y decían: ¡Bah! Tú, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si Hijo de Dios eres, baja de la cruz. Asimismo los príncipes de los sacerdotes con los ancianos y los escribas, burlándose decían: A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse: si eres rey de Israel, baja ahora de la cruz, y creeremos en ti. Confió en el Señor; líbrele ahora si tanto le quiere: porque dijo: Yo soy Hijo de Dios. Burlábanse también de Jesús los soldados acercándose y dándole vinagre y diciendo: Si tú eres rey de los judíos, hazte salvo. Y lo mismo los ladrones que estaban crucificados con Jesús, le improperaban". ¡Oh Corazón de Cristo! Deseabas ser bautizado, saciado de oprobios, y lo vas logrando. Ya es llegada esta hora: tus discípulos te han abandonado; el pueblo, que tanto te admiraba, hasta en el suplicio de la cruz te afrenta; los sacerdotes y sabios y ancianos te insultan; los soldados se burlan de ti, y hasta los ladrones, compañeros de suplicio, te improperan. Nadie vuelve por ti. Y tú, ¡oh mi Jesús! callas... Y si hablas es para pedir perdón por los mismos que te insultan. ¡Oh Jesús mío! a lo menos me sea dado unirme a tu Madre y devotas mujeres y desagraviarte con mi amor y mi dolor. Concédeme esta gracia por María, tu afligidísima madre. Amén.

Punto segundo. Admira aquí, alma mía, la paciencia inalterable del Corazón de Jesús. Con una palabra, él que poco antes de prenderle había derribado a sus enemigos al suelo, podía también hacerlo ahora, y más aún, lanzarlos al infierno. Mas quiere salvar al mundo, y viene a perdonar, y no a castigar. Por eso, al oír la voz del ladrón arrepentido que clama desde la cruz: "Señor, acuérdate de mí al llegar a tu reino", le dijo Jesús *al instante*: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso". Donde no se sabe qué más admirar, si la petición del pecador arrepentido, o la concesión

inmediata de su petición. ¡Oh qué corazón de padre, de misericordia, de amor! ¡Cómo desde el suplicio de la cruz hace cátedra de absolución de las lamas! ¡Oh mi Salvador Jesús! oiga también de tu boca este tu siervo en la última agonía: Hoy estarás conmigo en el paraíso. Amén.

Pondera cómo Cristo quiere sufrir sin ningún lenitivo a su dolor. Gusta el vino mirrado para amargar su boca, más no lo bebe, porque quiere padecer con todo conocimiento y dolor. Propio es esto de los perfectos amadores, buscan el puro dolor para probar mejor su puro amor. Gusta el vino mirrado para amargar su boca, mas no lo bebe, porque quiere padecer con todo conocimiento y dolor. Propio es esto de los perfectos amadores, buscar el puro dolor para probar mejor su puro amor. Aprende de aquí, alma mía, a padecer por Jesús, no buscando consuelo en las criaturas, sino mirándote en las manos de tu Criador para mejor probarle tu amor. Porque ya sabes, además, que las criaturas las más de las veces, en lugar de mitigar tus trabajos al contárselos, aun te los aumentan, porque cuando Dios quiere que padezcamos, poco aprovecha el huir de la cruz, porque en todas partes nos sigue y es necesario llevarla de grado o por fuerza. Haz, pues, alma mía, de la necesidad virtud. Sube con Cristo y como Cristo a tu cruz, y ruega por tus perseguidores. Encomiéndate a tu madre la Virgen de los Dolores, y a tu Padre celestial, y entrega tu espíritu en sus benditas manos después de haber consumado el sacrificio de tu vida sobre tu cruz. Así tu vida será provechosa, tu muerte santa, y tu suerte eterna será el reinar con Cristo en la gloria. ¡Oh Jesús crucificado por mi amor! Crucifica aquí por tu servicio y amor mi carne con todas sus concupiscencias, para reinar contigo eternamente en la gloria. Amén.

Afectos. ¡Buen Jesús mío crucificado! ¡Cuánto tengo que aprender de ti en este paso! Yo que no busco sino libertad e independencia, ¿cómo me atrevo a presentarme en tu presencia crucificado por mi amor? Si yo soy tu siervo, ¿en qué me parezco a ti, único Señor? ¡Vos crucificado, y yo libre! ¡Vos clavado, y yo suelto! ¡Vos padeciendo y yo gozando! ¡Vos varón de dolores, y yo hombre de delicias! ¡Vos coronado de espinas, y yo coronado de flores! ¡Vos sin tener donde reclinar la cabeza más que un madero, y yo en cama blanda! ¡Vos desnudo, y yo inmodestamente vestido! ¡Vos agonizando en medio de los mayores y más acerbos tormentos, y yo viviendo y holgando entre risas y diversiones y pasatiempos! ¡Vos ramillete de mirra, y yo vaso de olores, siendolo de hediondez por mis pecados! ¡Qué es esto, Señor mío y Jesús mío! ¿Hasta cuándo seré desemejante a vos?... ¡Yo quiero reinar con vos en la gloria, y no quiero padecer con vos en la tierra; yo quiero ser del número de los predestinados, y no quiero parecerme en nada a vos! ¡Yo quiero solo acompañaros en el Tabor, y no en el Calvario! ¡Dónde está mi juicio! ¡Oh Jesús mío! Acábase aquí la pugna entre mi fe y mis obras, entre mi corazón y vuestro corazón, y no busque, ni desee, ni ame, ni solicite más que imitaros crucificado, para reinar con vos eternamente en vuestra gloria.

Jaculatoria. ¡Oh Jesús crucificado! no quiero gloriarme sino en vuestra cruz.

Obsequio. Crucificaré mis pasiones por amor de mi Jesús crucificado.

EJEMPLO

Se lee de la sierva de Dios sor Caridad de Gambará, religiosa dominica, que siendo niña y ocupada en devota oración delante un altar, parecióle ver al Salvador cargado con la cruz, y que de sus heridas manaba abundante sangre, que difundía una luz celestial.

Vuelto a la fervorosa doncellita con amoroso semblante, parece que le decía: "Hija mía, dame tu corazón". Al oír tan regaladas palabras, la animosa niña quiso desapropiarse de su corazón para darlo todo entero a aquel que benignamente se lo había pedido, y a quién por tantas razones le pertenecía. De allí adelante fue toda de Jesús, y vivió siempre en unión de su Sagrado Corazón.

Bienaventurado aquel que imitando a esta devota niña se consagra todo entero al amor de Cristo Jesús.

Oración final.

DIA VIGESIMOCTAVO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la cruz.

Composición de lugar. Mira a Jesús enclavado en la cruz, y oye sus palabras.

Petición. Dame, Jesús mío, que las palabras de tu corazón conviertan el mío.

Punto primero. "Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su Madre, María Cleofé y María Magdalena y el Discípulo amado. Habiendo, pues, visto Jesús a la madre y al discípulo que estaba en pie, a quien amaba, dice a su madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Después dice al Discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el Discípulo tomó a la madre de Jesús a su cuidado". ¡Qué honra para san Juan! ¡Qué consuelo para todos los cristianos! Desde hoy no estaremos huérfanos. La madre de Dios es nuestra madre. ¡Qué honra, y qué consuelo es el poder decir con verdad: La madre de Dios es mi madre! ¿Qué puedo temer? ¿Qué me puede faltar teniendo por madre a la misma madre de Dios? ¡Oh bondad del Corazón de Cristo! ¡Oh generosidad inmensa de tu amor! todo nos lo das, Jesús mío, en el exceso de tu dolor y de tu amor. Bendito seas, y gracias infinitas te doy por ello, pues aunque otra gracia no nos hubieses dado, este don bastaba para acreditar la grandeza y dignación infinita de tu amantísimo corazón. Tu madre es mi madre, madre mía de mi alma, madre mía de mi corazón. ¡Ojalá sepa aprovecharme de esta tu fineza inestimable, oh Corazón de Jesús mío, honrando, invocando, amando e imitando a tan dulce madre, para que ella sea mi vida, dulzura y esperanza en vida, en muerte y por toda la eternidad! ¡Oh María, madre mía! ved ahí a vuestro hijo, pobre pecador; guardadme como a la niña de vuestros ojos; salvadme, y rogad a Jesús, por mí, el más necesitado de vuestros hijitos. Amén.

Punto segundo. ¿Cómo has agradecido esta fineza incomparable del corazón de Cristo agonizante? ¿Cómo has cumplido su testamento solemne? ¿Has recibido como el Discípulo amado a tus cuidados la honra de tu Madre Santísima, María Inmaculada, Madre de Dios? ¿Qué has hecho por María Inmaculada, tu mejor madre? ¿Qué haces?

¿Qué piensas hacer?... Medítalo seriamente, porque te va en ello la vida o muerte eterna. Ningún devoto de María se condena, ni ningún hijo fiel de María se pierde. No lo olvides: Si quieres ir al cielo, María es la puerta, es la escala. Si quieres vivir, María es la respiración del alma cristiana. Si quieres verte libre de toda tentación y peligro, María es la torre de David inexpugnable. Si estás triste, María es la causa de nuestra alegría. Si estás enfermo, María es la salud de los enfermos. Si te sientes débil, María es la auxiliadora de los cristianos. En una palabra, todas las cosas hallarás en María, con María y por María, porque por María hallarás a Jesús fruto bendito de su vientre. A Jesús por María, porque es voluntad de Cristo que no descienda ninguna gracia a la tierra, sino por manos de María. Si Jesús es la fuente y plenitud de todas las gracias, de quien las recibimos todos, María es el canal, es la llave que abre esta fuente, es el acueducto de estas gracias que reparte a su voluntad. ¡Oh María, vida, dulzura y esperanza mía! *Monstra te esse Matrem*: Mostrad que sois mi Madre, y nada tendré que temer. ¡Viva María Inmaculada, Virgen y Madre de Dios y Madre mía! Amén.

Afectos. ¡Oh María Inmaculada! Acordaos que sois madre de todos los hombres, pero de un modo especial madre mía, porque sois madre de los pecadores. Y ¿quién más pecador que yo? Luego, ¿de quién debéis ser madre y más madre que de mí? No os olvidéis, pues, jamás, oh María, de este pobrecito hijo vuestro y esclavito de vuestras entrañas y cuanto mayor es mi ruin miseria, resplandezca mejor vuestra inmensa misericordia. Mostrad que sois mi madre, alcanzándome el perdón de mis pecados y la perseverancia y el aumento en vuestro amor y en el amor de vuestro hijo Jesús. Estos tus ojos tan misericordiosos vuévelos, oh María, a nosotros tus hijos, que gemimos y suspiramos desterrados en este valle de lágrimas y de dolor. Vuévelos, oh María, a nosotros, que solo con mirarnos ya nos haces felices. ¡Tiene tanta fuerza la mirada piadosa de una madre amorosa! ¡Ay! no hay corazón humano que la pueda resistir. Pues mucho menos podrán resistir los corazones cristianos tu mirada con piedad, oh madre nuestra María. Míranos, pues, con compasión, y no nos dejes, madre mía, hasta que formemos tu gozo y tu corona en el reino de la gloria. No permitas que ninguno de tus hijos se pierda. ¿Cómo lo había de poder sufrir tu maternal corazón? ¿Para qué quieres el cielo, tu herencia, oh madrecita querida, si no has de hacernos participar de él, a tus hijos, los pobrecitos pecadores? Vuelve, vuelve, pues, esos tus ojos tan misericordiosos a nosotros, María madre nuestra, y conviértenos y sálvanos.

Jaculatoria. ¡Oh María madre mía! ¡Tú eres la vida, dulzura y esperanza mía! ¡Sálvame!

Obsequio. No pasaré día sin invocar a María, rezándole el santo rosario.

EJEMPLO.

La bienaventurada Dorotea, de nacionalidad polaca, consumió su vida en el amor de Jesús y en la adoración de la santa Eucaristía. Levantábase de la cama al amanecer, dirigiendo todos los días sus primeros pasos a la casa del Señor para oír gran número de misas y hacer la corte a Jesús Sacramentado, de cuya presencia parecía no poderse separar; y no hallando reposo ausente de su amada compañía, pasó de la casa paterna a habitar en una estancia contigua a la iglesia, desde donde por una ventana que correspondía al altar del Santísimo Sacramento, día y noche adoraba a su dulcísimo esposo y señor. No pasó sin ser recompensado con singulares beneficios un obsequio tan constante y tan devoto.

Un día, después de haber recibido la Sagrada Comunión, apareciósele Jesús con su divina madre, dejándole en prenda de su amor, como esposa fiel, sus cinco llagas impresas en sus manos, pies y costado; otras muchas veces se le apareció el Divino Jesús, y al acercarse los últimos momentos de su vida, y después de haber recibido al Dios de amor como Viático, volviósele a aparecer con su Santísima Madre por la misma ventana que la sierva de Dios le adoraba continuamente, y confortándola en aquellos supremos instantes, la asistieron en la agonía, volando su alma a los cielos en compañía de Jesús y María.

Los labios de la difunta, que tantas alabanzas habían cantado a su Dios y Señor, quedaron humedecidos con tan suave y oloroso licor, que a su contacto muchos enfermos recobraban instantáneamente su salud perdida.

Oración final.

DIA VIGESIMONOVENO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la oración de la cruz

Composición de lugar. Contempla a Jesús orando en silencio a su Padre en las tres horas de tinieblas en la cruz.

Petición. Dame, Jesús mío, el orar con la reverencia, devoción y amor de tu corazón en este paso.

Punto primero. Después de cumplir Jesús sus deberes más sagrados con el prójimo, pidiendo perdón por sus enemigos, perdonando al ladrón arrepentido y prometiéndole aquel día la posesión del paraíso, dejando, en fin, arreglado el porvenir de su buena madre con encomendarla al cuidado del discípulo san Juan, a quién más amaba; quiere retirarse, digámoslo así, Jesús a lo secreto de su corazón, para negociar mejor y entretenerse a solas con su Padre celestial. Para esto hace silencio y soledad en su exterior por tres horas, disponiendo que desde la hora de sexta hasta la hora de nona se oscureciese el sol, y sobre toda la haz de la tierra se extendiesen las tinieblas, haciendo llanto y luto, a su manera, todas las criaturas a la agonía y muerte de su Criador. Ora Jesús, y a solas negocia con el Padre a sus anchas sin que el ruido exterior le pueda distraer. ¡Qué horas tan solemnes!... Entra, alma mía, con permiso de Jesús en estas tres horas de oración en el corazón de Cristo, y admira y readmira sus sentimientos, sus afectos, sus plegarias, su inmenso dolor y amor. Verdaderamente no hay ni ha habido ni habrá ya en el mundo horas más sublimes, solemnes y más divinas y de más grande negociación con Dios, entre el cielo y la tierra, entre la criatura y el criador. ¿No reparas? Al bullicio y algazara de los enemigos de Cristo, a sus gritos de blasfemia, de burlas y de improperios, se ha seguido un silencio sepulcral: solo se oyen los gemidos de la madre de Jesús y de las devotas mujeres que la acompañan. ¿No ves, alma mía? Apenas se divisa el cuerpo del Salvador desnudo en la cruz, porque las tinieblas en su compasión le han echado un manto piadoso que cubre su desnudez, que los hombres perversos le habían negado, robado, en un exceso de crueldad.

Sumo Sacerdote y Víctima, Redentor y Salvador del mundo, permitidme que os pregunte: ¡Oh Corazón de Cristo! ¿Qué hacéis en estas tres horas de silencio universal, de soledad, de tinieblas, elevado entre la tierra y el cielo, clavado en la cruz? - ¡Oh hijo mío! ¡Oro por ti, por todos los pecadores! Ofrezco mis dolores y mi sangre y mi vida al Padre, para aplacar su ira; negocio tu salvación y la de todo el mundo. Aún en estas horas solemnes, últimas de mi vida y de mi dolor, parece me olvido de mí, para acordarme de ti. - Gracias, Jesús mío, infinitas por tanta bondad. Verdaderamente tenéis corazón de padre, de esposo, de amigo, de Dios. haced que yo sienta y me aproveche de vuestro infinito amor y dolor. Amén.

Punto segundo. Y cerca la hora de nona interrumpió Jesús silencio y clamó con grande voz: "¡Dios mío, Dios mío! ¡Por qué me has abandonado?" Palabras son éstas del más paciente y sufrido de los hombres. ¡Quién podrá medir la profundidad del amor y del dolor que revela esta queja del corazón de Cristo! ¡Parece que despierta de un profundo y misterioso sueño, después de tres horas de ferventísima oración! Con grande voz, *voce magna*, pronuncia Cristo estas palabras, después de tres horas de silencio y soledad inmensa. ¡Oh! ¡Cuán grande debe ser la pena de su corazón, que así le obliga a quejarse al Padre! ¡Quién podrá sondearla!... "Mas sabiendo después Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed. Había un vaso lleno de vinagre, y corriendo al momento uno de los soldados llenó una esponja de vinagre, y la puso en una caña, y le daba de beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a quitarle de la cruz; y los demás decían: deja, veamos si viene por ventura Elías a librarle. Como recibiese Jesús el vinagre, dijo: Consumado está todo. Y Jesús, otra vez clamando con gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó su espíritu... Y al morir Jesús, el velo del templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo. La tierra tembló, y las piedras se rompieron. Los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que habían muerto, resucitaron y vinieron a la ciudad santa y aparecieron a muchos. Viendo el Centurión que clamando de esta suerte expiró Jesús y todo lo que se hizo, glorificó a Dios, y dijo: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios. Y lo mismo dijeron los guardas que estaban con él al ver el terremoto y lo demás que aconteció, y temieron mucho, y dijeron: Verdaderamente el Hijo de Dios era éste. Y toda la turba que presenciaba este espectáculo y vieron estas cosas se volvían hiriendo sus pechos. Y estaban lejos todos los conocidos de Jesús, otras muchas mujeres que le habían seguido a Jesús de Galilea y le servían viendo todas estas cosas". ¡Oh alma mía! Tú también puedes ver todas estas cosas en tu espíritu, y aprovecharte de ellas.

Pondera bien que de solas dos cosas se queja Jesús en la cruz: del abandono de su Padre, y de la sed que le aqueja. Uno tormento del alma; otro, tormento del cuerpo. ¡Oh mi Jesús! ¡Cordero verdaderamente asado por dentro y por fuera por el fuego de la caridad y por la sed del padecer! Reina en mi alma por el amor y el dolor, para que así entre y viva eternamente en el gozo de mi Señor. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús mío! ¡Con que tu padre te ha desamparado! Ahora que estás como víctima en los últimos momentos de tu vida dolorosísima, ¡tu padre te deja, te abandona! No lo podríamos creer si no lo oyésemos de tu boca ¡Oh Padre Eterno! Permitidme unir mi queja a la de vuestro inocente hijo, y os pregunte: ¿por qué se ve

vuestro hijo Jesús en este grandísimo apuro? ¿Qué mal os ha hecho? ¿Por qué se presenta, Señor, ante vuestros purísimos ojos vestido de pecador, cargado, como fiador, con todos los pecadores del mundo, por eso hacéis como si le abandonaseis? ¡Oh Dios mío! Pues eso mismo le hace merecedor más y más de vuestro agrado, pues por amor a los hombres ha querido hacerse anatema por sus hermanos, y clavar en la cruz, destruyéndola y cancelándola la cédula del decreto que nos era contrario. Mirad con amor el rostro de vuestro hijo, pues pocos momentos le quedan de vida para entregar su espíritu en vuestras manos de padre. Consoladle en su dolor, ya que los hombres ingratos, en lugar de calmar su sed abrasadora, le dan a beber vinagre, para poner el colmo a la crueldad e ingratitud, pues ni siquiera en su última hora, moribundo, en medio de los más exquisitos tormentos, le es dado recibir un consuelo de los mortales. ¡Oh Jesús mío! Calme yo tu sed con mi templanza y con mis obras de misericordia con el prójimo, sobre todo ganándote almas a tu servicio y amor, para que saciada tu sed mueras contento de mí, que todo me entregué a ti y me di. Amén.

Jaculatoria. Corazón de Jesús agonizante, apiadaos de mí, de los que mueren y de los errantes.

Obsequio. Me mortificaré en mis sentidos por consolar a Jesús y aliviarle en su pasión.

EJEMPLO

Determinó santa Gertrudis un día de san Matías, apóstol, dejar la comunión, difiriéndola para mejor ocasión por hallarse acosada de varias ocupaciones y más distraída de lo que solía, juzgándose por esto menos dispuesta, y le dijo al Señor: "¿Por qué pierdes los tesoros que habías de recibir hoy? Si no te hallas tan dispuesta, pídemela a mí y a mis santos, que tenemos la disposición que te falta, y llégate a la mesa aunque sea con vestido prestado, y no defraudes a tu alma de tan grande bien". Así lo hizo la santa, y después de la Comunión, en la que sintió abrasarse su corazón en vivas llamas de amor, acordándose que una conocida suya se había abstenido de la Comunión aquel día, le dijo al Señor: "¿Por qué permitió vuestra Majestad abstenerse de comulgar esta sierva vuestra, y que haya perdido tan gran bien?" Respondióla el Señor: "Ella ha tenido la culpa, que yo le franqueé mi mesa, y no vino a ella por su propio parecer". Con lo que entendió la santa que no gusta Dios de que las almas devotas que llama para su mesa se excusen de venir a ella.

Oración final.

DIA TRIGÉSIMO

Se empieza con la oración de todos los días.

Sentimientos de Jesucristo en la apertura de su lado y de su Corazón

Composición de lugar. Mira manar la sangre y agua del costado de Cristo.

Petición. Jesús mío, que con tanto amor nos dejáis abierto vuestro Corazón después de muerto, permitidme morar de continuo dentro de él.

Punto primero. "Los judíos, porque era la Pascua, para que no permaneciesen en la cruz los cuerpos en el sábado (porque era grande aquel día del sábado), rogaron a Pilato que se les quebrantasen las piernas y se quitasen de la cruz. Vinieron, pues, los soldados; y al primero que fue crucificado con Jesús, y al segundo, les quebraron las piernas; como le vieron ya muerto, no le quebrantaron las piernas, mas al venir a Jesús, como le vieron ya muerto no le quebraron las piernas sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y de continuo salió sangre y agua. Y el que lo vio de testimonio, y es verdadero su testimonio. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros creáis. Porque estas cosas fueron hechas porque se cumpliera la Escritura. No quebrantaréis hueso de él. Y a la vez otra Escritura dice: Verán al que traspasaron."

Pondera, alma mía, en este paso la malicia de los judíos y la bondad de Jesús. Ellos dirigieron la lanza para hacer esta contumelia a Cristo aun después de muerto pues no estaba satisfecha su sed de venganza después de haberle visto morir en medio de los mayores tormentos, que se ensañan con su cuerpo muerto; pero de la malicia de los hombres saca el amor de Jesús la prueba más evidente de su amor. Brota por milagro del corazón muerto de Cristo, al ser herido con la lanza, sangre y agua, de los cuales se formó la Iglesia, sus sacramentos admirables. Y nos quedó abierto el costado de Cristo para prueba evidente de su amor; para refugio de los atribulados, débiles, perseguidos y tentados; para asilo seguro y arca de salvación... ¡Oh bienaventurada lanza que tales prodigios obraste! ¡Yo te bendigo como instrumento de amor en manos de la Providencia!... ¡Ojalá me sepa aprovechar de tus beneficios! Amén.

Punto segundo. Ya tienes, alma mía, abierto el costado de Jesús; ya nada te impide ver ni penetrar en su corazón adorable. Se retiraron los soldados y los enemigos de Cristo. Cristo no tiene vida; clavado está en la cruz de pies y manos; no puede defenderse.

¿Quién te puede impedir el acercarte a él, el entrar en él? Allí solo está María, que tantas veces oyó los latidos de dolor ya en su seno, ya en sus brazos durante su vida. Solo allí está el discípulo amado, que en la última Cena reclinó su cabeza sobre este divino Corazón. Allí está María Magdalena, herida por un dardo santo de amor que salió disparado de este corazón, oyendo sus últimos amorosos latidos. Tú, pecador, que llegaste tarde y solo puedes gozarle después de muerto, no te privarán, porque son buenos y piadosos, que te aproveches en estos últimos momentos de contemplar este divino Corazón. Mira que son cortos, que luego depositarán en el sepulcro este cuerpo adorable. Acércate con gran reverencia: admira y mide la longura, la anchura de este corazón, la profundidad de la herida; toca y palpa, con profundo reconocimiento, mejor que Tomás, este precioso corazón; aplica tus labios a esta llaga del costado, y gusta de esta sangre y agua derramada por ti, y embriégate en su dulcísimo olor y sabor y suavidad. Oye, por fin, cómo este corazón difunto aún, habla, y resuenan aún los ecos de aquella voz que repite: "Venid a mí, aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón. Mirad este corazón Sacratísimo que tanto ha amado a los hombres, y tan mal tratado ha sido por ellos. Mirad este corazón traspasado, que os ha amado hasta el fin, y tan poco correspondido ha sido a su amor. Mirad cómo os he amado, cómo os amo a pesar de vuestro desvío y frialdad e ingratitud, y venid a este lugar de refugio, de amor y de dolor, que os queda abierto para siempre, para vuestro descanso, dicha y paz.

¡Oh corazón de Cristo mío! ¡Oh Jesús mío, muerto por mi amor! Permíteme, ya que dejaste las puertas abiertas al salir tu alma de esta casa de tu cuerpo, para ir a consolar a los padres del Limbo que esperaban tu venida; permíteme que yo me entre por ella aprovechando tan sabrosa ocasión, y more siempre en este lugar, principal asiento de tu amor y de tu dolor, para que solo viva y muera por tu amor, y sufra por ti todo dolor.

Graba, corazón de Cristo, con las últimas gotas de tu sangre y agua derramada por mi salud, graba en mi corazón con la pluma de la lanza, y escribe en él tu amor y tu dolor. Tu amor, para despreciar por ti todo otro amor. Tu dolor, para sufrir por ti todo dolor. Y viva y muera consumido en las llamas de tu amor, y te atraiga otros corazones que vivan y mueran solo por ti, rey de los corazones, voluntades y afectos de todas las criaturas. Amén.

Afectos. ¡Ave, corazón abierto de Jesús mi Redentor!... Tú eres, Corazón de Jesús mío, el tesoro de la Divinidad, el arca del Testamento, el trono del amor, el manantial de todas las gracias, la fuente de la vida; el asiento de la sabiduría y amor eterno. ¡Ave, corazón abierto de Jesús mi Redentor! Tú eres, corazón de Jesús mío, el océano de la divina misericordia, la puerta del paraíso, prenda de la divina alianza, templo de la eterna felicidad, refugio y morada de las almas castas, tus esposas, donde se embriagan con el vino y la miel más exquisitos. ¡Oh corazón de Jesús mío y todas las cosas! haced que mi alma esté siempre unida a vos, que vuestra voluntad sea la mía y la mía sea siempre conforme con la vuestra. ¡Oh corazón de Jesús! ¡Corazón de mi Dios y Dios de mi corazón! ¡Memorial perpetuo de todas las obras de Dios! Haz que mi vida no se ocupe sino en conocerte, amarte y servirte, para que empiece aquí en la tierra la vida que he de vivir en la eternidad. Vuestra soy, para vos nací. ¿Qué queréis, Jesús de mí?

Jaculatoria. Yo quiero vivir y morir dentro del corazón de mi adorado Jesús.

Obsequio. Haré cada día cincuenta actos de consagración a lo menos al Corazón de Jesús.

EJEMPLO

Refiere santo Tomás de Villanueva, que conoció y trató a una beata Agustina, la cual, como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así ella deseaba recibir a Jesús Sacramentado. Hacíasele tan arduo dejar un solo día sin comulgar, que habiendo en su lugar impedimento de entredicho, se iba a pie todas las mañanas por muy larga distancia a otro lugar a comulgar. Llegó, pues, el Jueves Santo y cuando ella fue a la iglesia ya estaba colocado el Señor en el monumento, y no había forma de recibir la Comunión Sagrada: empezó a derramar tantas lágrimas y dar tales gemidos y suspiros, que parecía que lloraba por algún hijo que se le acababa de morir; más cuando ella tan ansiosa así por su Dios lloraba y gemía, se le aparecieron en el aire visiblemente dos manos y en ellas el Santísimo Sacramento, de las cuales lo recibió, y se le trocaron sus amarguras en dulzuras, y sus aflicciones en regocijos y delicias.

Oración final.

DIA TRIGESIMOPRIMERO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en la resurrección

Composición de lugar. Contempla a Jesús glorioso saliendo del sepulcro.

Petición. Dame, Jesús, a sentir lo que tu corazón sintió en este paso.

Punto primero. Después que el cuerpo de Jesús fue bajado de la cruz y sepultado y su alma bajó al limbo a visitar y alegrar a los santos padres, cumplidos los tres días decretados por el Padre, resucitó glorioso de entre los muertos, para nunca más padecer ni morir. Contempla a ese guerrero invencible triunfante de la muerte, del infierno y del pecado, y más resplandeciente que el sol, y dotado de los dotes de los cuerpos gloriosos: impasible, ágil, sutil, claro. Mírale cómo duerme su cuerpo, todo desfigurado y ensangrentado y llagado, en el sepulcro, descansando de la batalla campal y trabajo y lucha inmensa que había sostenido con el pecado. Al llegar la hora, oye cómo le clama el alma de Cristo, que había ido al limbo a consolar y sacar a los santos padres de su prisión, y acompañada de miles de ángeles y santos y justos le grita al oído: "Surge, levántate, tú, cuerpo mío, que duermes, y te iluminaré con mi gloria". Y en un instante aparece aquel cuerpo más hermoso y resplandeciente que el sol, y el alma gloriosa de Cristo, mejor que cuando el sol embiste una nube opaca que la transforma en otro sol, lo transforma en cuerpo glorioso, claro, sutil, ágil, impasible. Contempla con gran gozo los himnos que cantan a Cristo glorioso los ángeles y justos, y acaba dándole gracias por todo lo que padeció por tu amor, y formando coro con ellos, repite alborozado: ¡Gloria, bendición, claridad, loor, alabanza y acción de gracias al Cordero de Dios muerto por los pecados del mundo, y ahora glorioso y triunfante para nunca más morir! Digno eres de estar sentado a la diestra del Padre y recibir las adoraciones, los homenajes, los servicios y alabanzas de todos los ángeles y hombres, por los siglos de los siglos. Amén.

Punto segundo. Entra, alma mía, en el corazón de Cristo vuelto a la vida, y nueva vida, y pídele te dé a sentir sus afectos y su gozo en este paso, cuando rotos todos los nudos que impedían que la gloria del alma beatificada redundase en el cuerpo pasible, obraba con holgura cumplida la Divinidad en la humanidad. ¡Qué golpe qué inundación, qué océano de paz y de ventura se derramaría en este Corazón y en este cuerpo!... Si según los dolores habían de ser las consolaciones, es imposible que nadie las pueda medir. Ya no padecerá más humillaciones, ignominias, ni desprecios, ni dolor, ni pena. Pasó el tiempo de la tristeza y de la agonía: hoy todo es gloria, bienandanza y paz. Es día del Señor, día que lo ha hecho el Señor para glorificar a su hijo muy amado y muy abatido... Mira al corazón de Cristo cómo no descansa ni reposa glorificado ya, apareciéndose a su Santísima Madre para hacerle participar de su gozo, toda vez que más que todos lo había sido de su dolor. Mira que castos abrazos se dan, que enhorabuenas por esta glorificación la madre y el hijo, que forman como una sola alma, un solo corazón... Mírale apareciéndose el mismo día a la enamorada Magdalena, a las devotas mujeres, a Pedro, perjuro arrepentido, a los discípulos de

Emaús desconsolados, a los discípulos, y por fin consolándoles y enseñándoles por espacio de cuarenta días, hablándoles en diversas ocasiones del reino de Dios, comiendo con ellos y dándoles muestras las más regaladas y patentes de su inmenso amor... ¡Oh corazón de Cristo! Verdaderamente eres corazón de padre, de amigo, de esposo, de Dios. Sí, largo eres en premiar a tus siervos y por eso los pruebas para que después sea mayor su gloria. Dame que te imite en tus dolores, para que sea partícipe de tu gloria. Amén.

Afectos. Admitidme, Jesús mío, a la gloria de vuestra Resurrección, dejando el sepulcro de mis pecados. ¡Oh! resucite con vos a nueva vida para nunca más morir. Dame un corazón nuevo, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud. No busque torcidamente mis gustos y mis deseos, pues no es conforme a tu espíritu. Ande yo en novedad de vida para agradarte y complacerte. Si tú eres mi modelo y mi ejemplar, oh Jesús mío, esto con justicia exiges de mí, que no vaya en pos de las criaturas y de las cosas de la tierra, sino busque las del cielo, donde Tú reinas coronado de gloria. ¡Oh qué mal me hacen este cuerpo y estos sentidos y pasiones, esta carne viciada, que, terrenos como son, solo buscan su complacencia y felicidad en la tierra! ¡Oh Jesús glorioso! elévame hacia ti. ¡Hazme desabrido y amargo todo lo de este destierro, y solo suspire por Ti, gloria consumada de mi alma y de mi cuerpo! ¡Jesús mío y todas las cosas! Tú todo mío por gracia y después por gloria; y yo todo tuyo por amor y gracia en ti, transformado por unión de voluntades y afectos, para que no viva yo, sino Tú, mi vida y mi Jesús, en mí. Amén.

Jaculatoria. Crea en mí un corazón puro, y renueva en mí un espíritu recto, Jesús glorioso.

Obsequio. Andaré en la presencia de Dios y en su servicio con espíritu de fe.

EJEMPLO.

Tan grande era el amor de Dios que ardía en el corazón de la seráfica virgen santa Teresa de Jesús, que le parecía le metían una saeta en sus entrañas y en su corazón, y no sabía ni qué hacer ni qué querer; solo hallaba alivio a su mal dando quejidos amorosos; no queriendo, por otra parte, se le acabase pena tan sabrosa, pues no hallaba en la vida deleite alguno que tanto contento le diese.

Y este divino fuego crecía tanto a medida que iba recibiendo mayores mercedes, que no fue posible estar por más tiempo encerrado en su corazón, por lo que un serafín, con un dardo de oro, de cuando en cuando abría un cráter en aquel volcán ardoroso, para dar paso a los incendios de amor.

Oigamos como refiere la misma Santa, uno de estos maravillosos hechos, acaecido poco antes de emprender la obra de la Reforma Carmelitana.

"Quiso el Señor que viese alguna vez esta visión: vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo con forma corporal; lo que no suele ser sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos que parece todos se abrasa. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan

grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad, que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento."

Oración final.

DIA TRIGESIMOSEGUNDO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús en su Ascensión.

Composición de lugar. Mira a Jesús subiendo por los aires al cielo con nube de gloria y majestad.

Petición. Corazón de Jesús, hazme vivir vida celestial.

Punto primero. "Por última vez Cristo apareció a sus Apóstoles y les dijo: Id por todo el mundo predicando el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo: mas el que no creyere, será condenado. Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, los llevó fuera a Betania; y elevadas sus manos les bendijo. Y sucedió que mientras los bendijo, se apartó de ellos y era elevado a los cielos, subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios. Y los mismos adorándole se volvieron a Jerusalén con gozo grande. Y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios. Y ellos anduvieron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando la palabra con los milagros consiguientes." He ahí, alma mía, el fin de la carrera de Jesús en este mundo. Cumplida la voluntad del Padre en todas las cosas, consumada la grande obra de la Redención de todo el género humano, fundada la Iglesia, instituidos los Sacramentos, instruidos los apóstoles en todo lo que debían hacer después de haberles prometido que estaría con ellos hasta la consumación de los siglos en el Sacramento del altar, en su doctrina, en su ejemplo y con su gracia, y que les enviaría el Espíritu Santo y les enseñaría y completaría todas estas cosas, se sube Jesús a los cielos desde el monte Olivete con grandísima gloria y majestad. - Mírale al buen Jesús glorioso subir por su propia virtud por los aires, y sentarse a la diestra de Dios Padre, como rey inmortal y de todos los siglos, acompañado de millares de ángeles y de justos que le aclaman en su subida por su Rey y Señor. - Asóciate tú también a este triunfo y toma parte en él, y con gozo grande bate palmas y da vivas a tu Jesús adorado, porque recoge hoy los laureles de su victoria y va a ocupar su trono y la posesión de su reino, preparándote también tu lugar y trono de gloria si le imitas en la constancia del padecer. Mira cómo todo se pasa. ¿Quién conoce a Cristo en este paso si le compara con el *Ecce Homo* o juzgado de los jueces, atado como un facineroso, azotado y coronado de espinas, con la cruz a cuestras o muriendo por fin en la cruz? Dichosos tormentos que ya pasaron y tanta gloria eterna le han alcanzado. Anímate, alma mía, a padecer con Cristo para reinar eternamente con Él. Ánimo, que todo se pasa. No seas boba. Más vale breve penar y eterno gozar con Cristo, que breve gozar y eterno penar.

Punto segundo. "Y comiendo les mandó a los apóstoles Jesús que no se apartasen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, que oísteis (dijo) por mi boca. Porque Juan bautizó en agua, mas vosotros bautizados seréis con el Espíritu Santo no después de muchos días. Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que sobrevendrá a vosotros y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria, y hasta los últimos confines de la tierra. Y dicho esto, viéndolo ellos, se elevó y una nube lo quitó de sus ojos y se volvieron a Jerusalén y todos ellos eran perseverantes unánimemente en la oración con las mujeres y María, madre de Jesús y sus hermanos."

¡Oh Corazón de Cristo glorioso, que subes a los cielos a gozar del reino de tu gloria que te ganaste con tus trabajos! permíteme que me queje dulcemente de ti con tu siervo Agustín: Fuiste consolador mío y no te despediste de mí; subiendo a lo alto diste la bendición a los tuyos y yo no lo oí; los ángeles prometieron que volverías otra vez al mundo y yo no lo oí... Mas me consuela que tú me viste, y te acordaste de mí y rogaste a tu Padre en el cielo por mí, repitiéndole: "Padre mío, yo quiero que donde estoy yo esté mi siervo que me diste". ¡Oh amabilísimo Jesús mío! al considerar que los ángeles y los hombres, los cielos y la tierra y los abismos se estremecen por el peso inmenso de vuestra gloria, mi corazón no puede contener su gozo. No quiero en la tierra otro placer que contemplar las delicias y grandezas de vuestra gloria, que un día ha de ser mi gloria. En mis tristezas y desmayos, en mis combates y desamparos, me bastará, Jesús mío, levantar mis ojos al cielo y fijarlos en la gloria de vuestro corazón y de vuestro cuerpo, y oír cómo me dice: "Ánimo, hija mía, no puede ser más el siervo que el señor. Si padeces un poquito por mí en la tierra, reinarás conmigo eternamente en la gloria. Arriba, pues, tu corazón con Jesús. Esfuérate y obra varonilmente, que todo se pasa menos la gloria que alcanzarás con tus penas.

Afectos. Tú has dicho, Jesús mío, que donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón. Si tú eres mi tesoro, Jesús mío y todas mis cosas, fuerza es que donde tú estás allí esté mi corazón, esto es, en el cielo, por los deseos y el amor. Más aún, Jesús mío; si tu corazón es mi corazón, debe estar mi corazón en el cielo contigo, amándote y adorándote entrañado en ti, que eres mi tesoro, el corazón de mi corazón. ¡Cómo, pues, puedo vivir olvidado de ti, Jesús mío! ¡Cómo puede vivir mi corazón divagando por este destierro y por este mundo miserable, poniendo mi afecto en las criaturas, que solo pueden darme lo que tienen, esto es, miseria y dolor! ¡Bien clamas, Corazón de Jesús mío, a los prevaricadores que vuelvan al corazón, porque fuera de él no pueden hallar paz y felicidad! ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Oh corazón de mi Dios! ¡Tesoro y corazón de mi corazón! Haz que no ame más que a ti, y por ti, y mi conversación sea en los cielos, y mis suspiros y mis amores y empiece aquí en la tierra a llevar la vida que eternamente me ha de hacer feliz. No me dejes a merced de las pasiones de mi corazón. Reina y gobierna mi alma y no permitas que nadie te robe tu tesoro, que es mi corazón, que tuyo es por gracia, tuyo por naturaleza, tuyo por elección. ¡Ojalá lo sea eternamente!

Jaculatoria. Oh hermoso cielo, donde reina mi Jesús, ¿cuándo te poseeré?

Obsequio. Desapegaré mi corazón de las criaturas, mirando en todas las cosas a la eternidad.

EJEMPLO

Celebrando san Piamón la santa misa, vio al lado del altar a un ángel de bellísimo aspecto, que tenía en la mano un libro de oro, y en él escribía los nombres de todos aquellos monjes que se llegaban al altar para recibir el cuerpo glorioso del Redentor. Pero observó que, al acercarse algunos a la Sagrada Comunión, tenía el ángel suspensa la pluma, y no escribía sus nombres. Acabado el Santo Sacrificio, llamó el santo a todos los religiosos cuyos nombres no había escrito el ángel; pidió a cada uno exacta cuenta de su conciencia, y halló que estaban manchados con culpas graves. Les indujo a todos a verdadera penitencia, y volviendo después a ofrecer el Santo Sacrificio, vio que el ángel escribía también los nombres de éstos en el libro de la vida.

Oración final.

DIA TRIGESIMOTERCERO

Se empieza con la oración para todos los días.

Sentimientos del Corazón de Jesús glorioso a la diestra del Padre

Composición de lugar. Mira a Jesús sentado en un trono de gloria inmensa a la diestra del Padre, interpelando por ti.

Petición. Dame, Jesús mío, el revestirme de los sentimientos y afectos de tu glorioso Corazón.

Punto primero. Subido es Jesús a los cielos y sentado está a la diestra de Dios, viviendo siempre, para interpelar por nosotros. He ahí, alma mía, la vida de Cristo Jesús en el cielo. Sentado a la diestra del Padre Eterno en un trono de gloria especial, recibe las adoraciones, alabanzas y bendiciones del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, por los siglos de los siglos. Su nombre solo de Jesús es tan poderoso y glorioso, que al pronunciarlo doblan su rodilla los cielos, la tierra y los abismos. Su cuerpo un día tan destrozado, es tan hermoso y despide rayos de esplendor y de gloria tan inmensos y subidos, que su vista forma las delicias y la bienaventuranza de todos los cuerpos de los justos... Ni la muerte, ni la enfermedad, ni el dolor, ni ninguna miseria le dominará jamás, viviendo nadando en un océano de felicidad perfecta que jamás podrá perder... Oh alma mía, alégrate con la gloria de tu Salvador y de tu Cabeza, porque es gloria de los miembros. Agradece a tu Jesús tanta felicidad, que la ha preparado también para ti, porque tú la goces y seas feliz con la misma felicidad y gozo que él lo es: padece ahora un poquito con Cristo, para después reinar eternamente con Él.

¡Oh corazón de mi amado Jesús! Ahora sí que podrás decir mejor que el profeta: *Satiabor cum apparuerit gloria tua:* " Seré saciado mi corazón al aparecer tu gloria", porque nada te puede impedir esta función bienaventurada y soberana. Pasaron ya los

días del invierno y del dolor, y ahora solo te queda la gloria y la felicidad eternas. Dichosos trabajos, que para tu cuerpo y tu alma tanta gloria te han proporcionado.

Punto segundo. Vive siempre Jesús en la gloria, para interpelar al Padre por nosotros. No creas, alma mía, que Jesús está ocioso en el cielo, o que abismado en aquel abismo de gloria se ha olvidado ya de los míseros mortales: no, no es posible. Jesús vive vida eterna en verdad, ha entrado ya en el gozo pleno de su Señor; pero esto le ha hecho, si se puede hablar así, más cuidadoso de nuestra suerte. Porque no tenemos un Pontífice que no sepa qué cosa es padecer, porque ha estado entre nosotros y sabe lo que son penas; porque ha sido hecho semejante a nosotros, y apuró hasta las heces el cáliz de la amargura y del dolor: por esto no nos deja huérfanos y se quedó con las llagas, para recordar mejor lo que le costamos y presentarlas al Padre para doblar e inclinar mejor su clemencia. Y como si esto no le bastara a su cuidadoso corazón paternal, ha querido obrar un prodigio continuo e inefable, multiplicándose acá en la tierra para quedarse sacramentado en el augusto Sacramento del altar, en tantos lugares como habitase el hombre, mostrándose tan regaladamente enamorado de nosotros como si no pudiese vivir feliz sin la compañía del hombre. Y el hombre ¡oh Jesús mío! os paga estas finezas de amor divino con ingraticudes, olvido, injurias, sacrilegios... ¿Qué es el hombre, Cristo mío, para que así te acuerdes de él, y le visites y le acompañes, y no contento con interpelar por él siempre en el cielo glorioso, te multiplicas sacramentado para hacerlo también desde todas partes del mundo, desde los rincones del Sagrario? ¡Oh fineza nunca oída! ¡Oh amor incomprensible de mi Jesús! ¡Oh caridad infinita de un Corazón Divino!... Sean, Jesús mío, tus oraciones tan eficaces para mí, que me conviertan, y viva y muera consumido de amor por Ti. Amén.

Afectos. ¡Cuánto me gozo, Jesús mío de mi corazón, al recordar que eres para mí Pontífice y Abogado Padre y Protector desde este hermoso cielo y desde el Sagrario! Siempre, al pedir en tu nombre una gracia al Padre, daré una mirada al Sagrario y al cielo, y uniré mis súplicas e intenciones de tu corazón adorable. ¿Qué sé yo lo que me conviene, Señor? Acaso si me dieras lo que te pido y anhela mi corazón sería para perdición de mi alma, pues no conozco el plan de tu providencia sobre mí. Solo sé, Jesús mío, que por muchas tribulaciones, a tu ejemplo, he de entrar en el reino de la gloria. Solo sé que debo pasar por el fuego y el agua antes de llegar y gozar del refrigerio, pero sé que tú me amas, corazón de Jesús mío, más que mi padre y mi madre y todos los que me aman y quieren bien y me lo pueden querer. Por lo mismo, descansaré en tu providencia y amor, no queriendo violentar las trazas admirables de tu providencia paternal, sino tan solo conocerlas para adorarlas, amarlas y seguirlas dócilmente, exactamente. No quiero adelantar el reloj de tu providencia adorable, sino mirarlo y observarlo para hacer en cada hora lo que tú me señales, pues esto será lo mejor para mi alma y para mi gloria, porque sé que me amas y todo lo ordenas para mi bien. Haga yo, pues, siempre tu voluntad soberana así en la tierra como en el cielo, y haz de mí lo que quisieres, porque está todo mi bien en contentaros. Amén.

Jaculatoria. Ámete yo más que a mí, y a todas las cosas en ti, ¡oh Corazón de Jesús!

Obsequio. Me dejaré en todas las cosas en manos de Jesucristo mi Padre y Dios, porque esto es lo más acertado.

EJEMPLO

San Luis, rey de Francia, tenía gran fe en este Divino Sacramento. Celebrándose misa en la capilla real sucedió que, al elevar la Hostia consagrada, apareció a los ojos de todo el pueblo Jesucristo, en forma de un hermoso niño. Rogado el sacerdote de no retirar las manos hasta que el rey fuese sabedor del milagroso suceso, para que tuviese también el consuelo de hallarse presente a tal espectáculo, corrieron algunos de sus cortesanos a su sala para enterarle; el señor rey les respondió de esta suerte: "Vaya enhorabuena a mirar semejantes prodigios quien no crea que Jesucristo está presente en la Hostia consagrada, que yo lo creo más firmemente que si lo viera con mis ojos", y no quiso salir de su estancia.

Oración final

ÍNDICE

Prólogo

Advertencias importantísimas

Bienes excelentísimos de esta devoción

Promesas vinculadas a esta devoción

Práctica de esta devoción

Oración para todos los días

Oración final para todos los días

Día de preparación.- Invitación del Corazón de Jesús a todos los corazones

Día I.- Sentimientos del Corazón de Jesús en el primer instante de su unión hipostática con el Verbo.

Día II.- Afectos del Corazón de Jesús en el seno de su madre la Virgen María.

Día III.- Sentimientos del Corazón de Jesús en el nacimiento en la cueva de Belén.

Día IV.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la circuncisión.

Día V.- Presentación en el templo.

Día VI.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la huida a Egipto.

Día VII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su permanencia en Egipto.

Día VIII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su vida oculta en Nazaret.

- Día IX.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la disputa con los doctores.
- Día X.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su bautismo.
- Día XI.- Sentimientos del Corazón de Jesús en el desierto.
- Día XII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su predicación y vida pública.
- Día XIII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su Transfiguración.
- Día XIV.- El Corazón de Jesús, corazón de buen padre.
- Día XV.- El Corazón de Jesús es corazón del buen pastor.
- Día XVI.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su entrada en Jerusalén.
- Día XVII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la última Cena.
- Día XVIII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en el último sermón después de la Cena.
- Día XIX.- Sentimientos del Corazón de Jesús en Getsemaní.
- Día XX.- Sentimientos del Corazón de Jesús al ser entregado por Judas, preso y atado.
- Día XXI.- Sentimientos del Corazón de Jesús ante Anás y Caifás.
- Día XXII.- Sentimientos del Corazón de Jesús ante los jueces Pilato y Herodes.
- Día XXIII.- Sentimientos del Corazón de Jesús al ser pospuesto a Barrabás.
- Día XXIV.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la flagelación y coronación de espinas.
- Día XXV.- Sentimientos del Corazón de Jesús en el paso del Ecce Homo.
- Día XXVI.- Sentimientos del Corazón de Jesús llevando la cruz
- Día XXVII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la Crucifixión.
- Día XXVIII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la cruz.
- Día XXIX.- Sentimientos del Corazón de Jesús en la oración de la cruz.
- Día XXX.- Sentimientos de Jesucristo en la apertura de su lado y de su corazón.
- Día XXXI. Sentimientos del Corazón de Jesús en la Resurrección.
- Día XXXII.- Sentimientos del Corazón de Jesús en su Ascensión.

Día XXXIII.- Sentimientos del Corazón de Jesús glorioso a la diestra del Padre en el cielo.